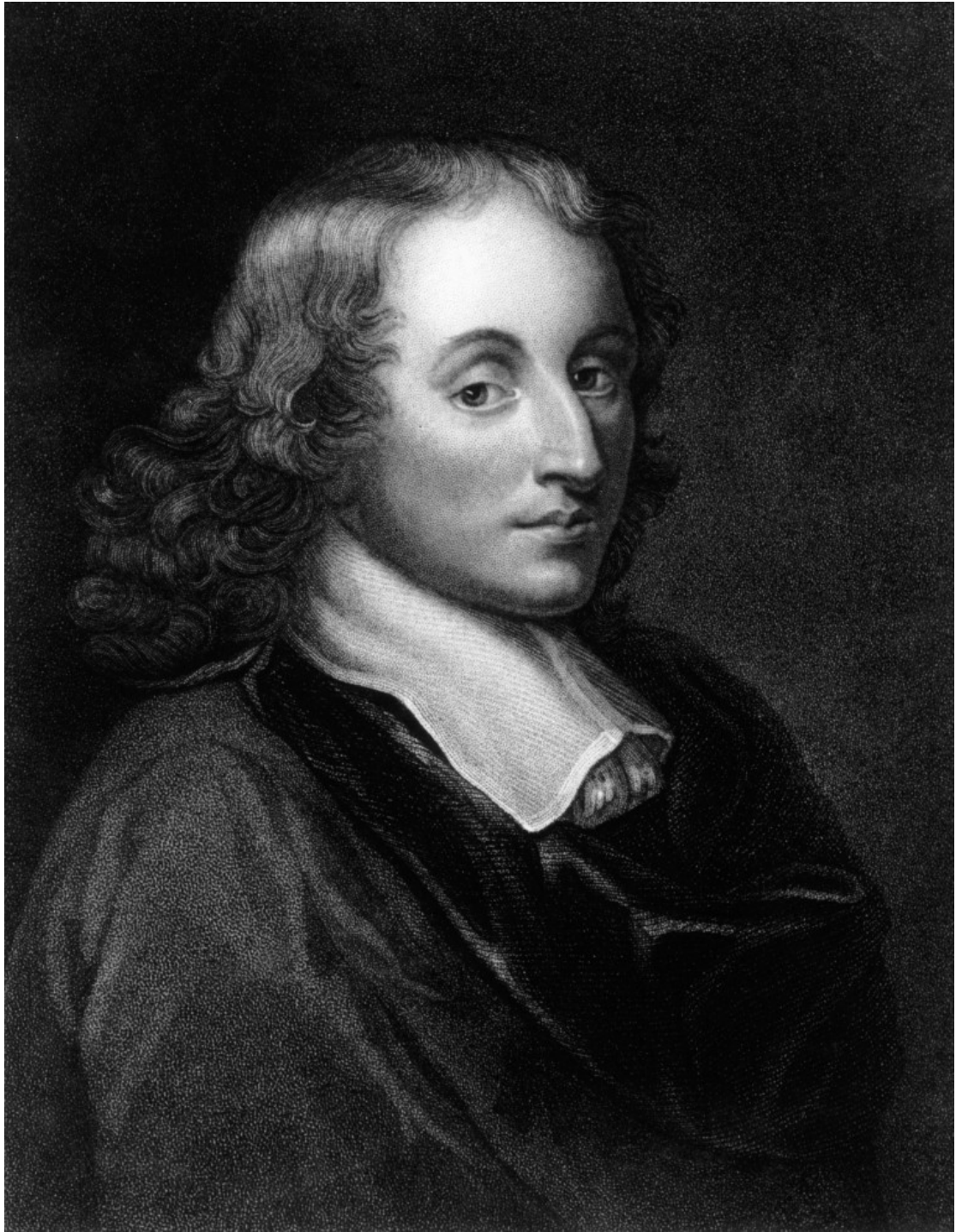


Pensamientos

Blaise Pascal



Sección I

1. DIFERENCIA ENTRE EL ESPÍRITU DE GEOMETRÍA Y EL ESPÍRITU DE FINURA. -En el primero, los principios son palpables, pero están alejados del uso común; de suerte que cuesta trabajo volver la cabeza hacia este lado, por falta de hábito; pero por poco que se vuelva hacia él, se divisan de lleno los principios; y sería menester tener un espíritu absolutamente falso para razonar mal con principios que caen tan de su peso que es casi imposible pasen inadvertidos.

Pero en el espíritu de finura, los principios son de uso común, y están ante los ojos de todo el mundo. No es menester volver la cabeza ni hacerse violencia; basta tener buena vista, pero es menester tenerla buena de veras; porque los principios están tan desleídos y son tan numerosos, que es casi imposible que se nos escapen. Ahora bien: la omisión de un principio lleva al error; por esto es menester poseer visión muy clara para ver todos los principios, y luego espíritu preciso para no razonar falsamente con principios conocidos.

Todos los géometras serían, por tanto, finos si tuvieran buena vista, porque no razonan falsamente sobre los principios que conocen; y los espíritus finos serían géometras si pudieran acomodar su visión a los principios inusitados de la geometría.

Lo que hace, pues, que ciertos espíritus finos no sean géometras es el que no puedan en manera alguna volverse hacia los principios de la geometría; pero lo que hace que los géometras no sean finos es que no ven lo que tienen delante, y que acostumbrados a los principios perfilados y globales de la geometría, y a no razonar sino después de haber visto bien y manejado sus principios, se pierden en

las cosas de finura, en que los principios no se dejan manejar de esta suerte. No se ven apenas, se sienten más que se ven; cuesta infinitos trabajos hacerlos sentir a quienes no los sienten por sí mismos; son cosas tan delicadas y numerosas, que es menester un sentido muy delicado y agudo para sentir las, y juzgar derecha y justamente de acuerdo con este sentimiento, sin que las más de las veces sea posible demostrarlas por orden como en geometría, porque no es así como se poseen los principios de ella, y sería una faena infinita el intentarlo. Es preciso ver súbitamente la cosa en un solo golpe de vista, y no con un razonamiento progresivo, por lo menos en una cierta medida. Y acontece raramente, por esto, que los geómetras sean finos y que los finos sean geómetras, debido a que los geómetras quieren tratar geoméricamente estas cosas finas, y resultan ridículos intentando comenzar con definiciones siguiendo por los principios, cosa impropcedente en esta suerte de razonamientos. No es que el espíritu no lo haga; sino que lo hace tácitamente, naturalmente, y sin reglas, porque su expresión excede a todos los hombres y su sentimiento no pertenece sino a pocos.

Por el contrario, a los espíritus finos habituados a juzgar de un golpe de vista, les extraña tanto -que se les presenten proposiciones de las que no entienden nada, y para penetrar en las cuales hay que pasar por definiciones y principios, tan estériles sin costumbre de ver en detalle-, que se ven repelidos y sienten repugnancia.

Pero los espíritus falsos no son jamás ni finos ni geómetras.

Los geómetras que no son sino geómetras tienen, pues, el espíritu recto, pero con tal que se les expliquen bien todas las cosas con definiciones y principios; si no, son falsos e insoportables, porque no son rectos más que apoyándose en principios bien esclarecidos.

Y los finos que no son sino finos no pueden tener la paciencia de descender hasta los primeros principios de las

cosas especulativas y de imaginación, que jamás han visto en el mundo, y son absolutamente inusitadas.

2. Diversas especies de sentido recto; unas, en cierto orden de cosas, y no en los demás, en los cuales extravagan.

Unos deducen bien las consecuencias de unos pocos principios, y es una rectitud de sentido.

Otros deducen bien las consecuencias de cosas en que hay muchos principios.

Por ejemplo, los unos comprenden bien los efectos del agua, en lo cual hay pocos principios; pero sus consecuencias son tan finas que sólo una extrema rectitud puede llegar hasta ellas.

Y aquéllos, quizá, no por eso solamente sean grandes geómetras, porque la geometría comprende un gran número de principios, y un espíritu puede ser de tal índole que pueda penetrar perfectamente unos pocos principios hasta el fondo, sin que fuera capaz de penetrar en modo alguno las cosas en que hubiera muchos principios.

Hay, pues, dos suertes de espíritu: uno que penetra viva y profundamente las consecuencias de los principios, el espíritu de precisión; otro, que comprende un gran número de principios sin confundirlos, es el espíritu de geometría. El uno es fuerza y rectitud de espíritu, el otro es amplitud de espíritu. Pero el uno puede darse perfectamente sin el otro, pues el espíritu puede ser fuerte y angosto, y puede ser también vasto y débil.

3. Los que están acostumbrados a juzgar según el sentimiento, no entienden una palabra de las cosas de razonamiento, porque quieren penetrar primeramente con un solo golpe de vista y no están habituados a inquirir los

principios. Y los otros por el contrario, los que están acostumbrados a razonar por principios, no entienden una palabra de las cosas de sentimiento, pues inquieren en ellas sus principios y son capaces de ver con una sola mirada.

6. Como se estropea el espíritu, así se estropea también el sentimiento.

Se forman el espíritu y el sentimiento por las conversaciones. Se estropean el espíritu y el sentimiento por las conversaciones. De esta manera, las buenas o las malas lo forman o lo estropean. Es, pues, de primera importancia saber escoger, para formarlo y no estropearlo; y no puede hacerse esta elección si no se tiene ya formado y no estropeado. Y esto constituye un círculo; son bienaventurados los que salen de él.

14. Cuando un discurso natural pinta una pasión o un efecto, se descubre dentro de sí mismo la verdad de lo que se escucha, la cual no se sabía que estuviera ahí, de suerte que nos sentimos inclinados a amar a quien nos la hace sentir; porque no nos ha exhibido su haber, sino el nuestro; y así este beneficio nos lo hace amable, aparte de que esta comunidad de inteligencia que con ella tenemos inclina, necesariamente, nuestro corazón a amarla.

15. Elocuencia que persuade por dulzura, no por imperio; en tirano, no en rey.

La elocuencia es un arte de decir las cosas de tal manera: 1º. Que aquellos a quienes se habla puedan entenderlas sin trabajo y con agrado. 2º. Que interesen en forma que el amor propio les lleve más bien a reflexionar sobre ellas.

Consiste, pues, en una correspondencia que se trata de establecer entre el espíritu y el corazón a quienes se habla, por un lado, y por otro, los pensamientos y

expresiones de que se sirve, lo cual supone que se ha estudiado perfectamente el corazón del hombre para conocer todos sus resortes y para encontrar después las justas proporciones del discurso adecuado. Es menester colocarse en el lugar de los que han de escucharnos y ensayar en su propio corazón el giro que se da al discurso, para ver si el uno está hecho para el otro, y si se está seguro de que el auditorio se ha de ver como obligado a rendirse. Es preciso refugiarse lo más posible en lo natural sencillo; no hacer grande lo que es pequeño, ni pequeño lo que es grande. No basta que una cosa sea hermosa, hace falta que sea adecuada al tema, que no haya en él nada de más ni nada de menos.

20. ORDEN. -¿Por qué me voy a empeñar en dividir mi moral en cuatro puntos mejor que en seis? ¿Por qué colocaré la virtud en cuatro, en dos, en uno? ¿Por qué en «abstine et sustine» mejor que «seguir la naturaleza», o «conducir sus asuntos particulares sin injusticia», como Platón o cualquier otra cosa? Pero, diréis, se recapitula todo en una frase. Sí, pero ésta es inútil si no se explica; y cuando se llega a explicarla, en cuanto se abre este precepto que contiene a todos los demás, surgen éstos en la primera confusión que se quiere evitar. Así, pues, cuando todos están encerrados en uno, están en él escondidos e inútiles, como en un cofre, y jamás comparecen más que en su natural confusión. La naturaleza los ha establecido a todos sin encerrarlos a unos en otros.

22. No se diga que no he dicho nada nuevo: la disposición de las materias es nueva; cuando se juega a la pelota, ambos jugadores juegan con la misma pelota, pero el uno la coloca mejor que el otro.

Tanto da que se diga que me he servido de palabras antiguas. Como si los mismos pensamientos no formaran, por una diferente disposición, el cuerpo de un discurso distinto, al igual que las mismas palabras forman distintos pensamientos por su diferente disposición.

23. Las palabras diversamente ordenadas constituyen

diversos sentidos, y los sentidos diversamente ordenados producen diferentes efectos.

25. ELOCUENCIA. -Hace falta lo agradable y lo real; pero hace falta que lo agradable esté a su vez preñado de verdad.

26. La elocuencia es una pintura del pensamiento; y por esto, los que después de haber pintado añaden algo más, hacen un cuadro en lugar de un retrato.

27. MISCELÁNEA. LENGUAJE. -Los que hacen antítesis forzando las palabras son como los que hacen falsas ventanas por simetría: su norma no es hablar con precisión, sino hacer figuras precisas.

28. Simetría en lo que abarca una mirada, fundada en que no hay razón para hacerlo de otra manera; y fundada también en la imagen del hombre, de donde resulta que no se busca la simetría sino en anchura, no en altura ni en profundidad.

32. Hay un cierto modelo de agrado y de belleza que consiste en cierta relación entre nuestra naturaleza, débil o fuerte, tal como ella es, y la cosa que nos agrada.

Todo lo formado conforme a este modelo nos agrada: casas, canciones, discursos, versos, prosa, mujeres, pájaros, ríos, árboles, habitaciones, vestidos, etc. Todo lo que no está hecho conforme a este modelo desagrade a los que tienen buen gusto.

Y así como hay una relación perfecta entre una canción una casa, hechas según el buen modelo, porque se asemejan a este único modelo, aunque cada una según su género, así también hay una perfecta relación entre las cosas hechas según un mal modelo. No es que el mal modelo sea único, porque hay una infinidad de ellos; sino que cada mal soneto, por ejemplo, cualquiera que sea el falso modelo

según el cual se haya hecho, se asemeja perfectamente a una mujer vestida según este modelo.

Nada da a entender mejor lo ridículo que es un falso soneto que el considerar su naturaleza y su modelo, e imaginarse inmediatamente una mujer o una casa hechas según este modelo.

33. BELLEZA POÉTICA. -Al igual que se dice belleza poética, debería decirse también belleza geométrica y belleza medicinal; pero no se dice. La razón es que se sabe cuál es el objeto de la geometría, que consiste en pruebas, y cuál es el objeto de la medicina, que consiste en la curación; pero no se sabe en qué consiste el agrado, que es el objeto de la poesía. No se sabe lo que es este modelo natural que hay que imitar. Y a falta de este conocimiento, se han inventado algunos términos curiosos: «siglo de oro, maravilla de nuestros días, fatal», etc., y se llama a esta jerga belleza poética.

Pero quien se imagine una mujer hecha según este modelo, consistente en decir simplezas con frases solemnes, verá una bella señorita llena de espejos y cadenas, y se reirá de ella porque se sabe mejor en qué consiste el agrado de los versos. Pero los que no entienden de esto la admirarán en estos arreos; hay muchos pueblecitos en que se la tomaría por una reina; y por esto, a los sonetos hechos conforme a este modelo los llamamos reinas de pueblo.

37. Puesto que no se puede ser universal y saber todo lo que se puede saber acerca de todo, hay que saber poco de todo. Porque es mucho más hermoso saber algo de todo que saberlo todo de una cosa; esta universalidad es la hermosa. Si se pudieran tener las dos, tanto mejor; pero si hay que elegir, es menester elegir aquélla, y la gente lo sabe y lo hace, porque la gente es con frecuencia buen juez.

43. Algunos autores, hablando de sus obras, dicen: «Mi libro, mi comentario, mi historia», etc. Huelen a burgueses que tienen bienes raíces y siempre un «en mi casa» en la

boca. Harían mejor diciendo: «Nuestro libro, nuestro comentario, nuestra historia», etc. Visto que de ordinario hay en ello más de cosecha ajena que propia.

45. Las lenguas son cifras en que las letras no se cambian por letras, sino las palabras en palabras, de suerte que una lengua desconocida es descifrable.

50. Un mismo sentido cambia según las palabras que lo expresen. Los sentidos reciben de las palabras su dignidad, en lugar de conferírseles. Hay que buscar ejemplos...

Sección II

60. PRIMERA PARTE. -Miseria del hombre sin Dios.

SEGUNDA PARTE. -Felicidad del hombre con Dios.

De otra manera:

PRIMERA PARTE. -Que la naturaleza está corrompida. Por la naturaleza misma.

SEGUNDA PARTE. -Que hay un reparador. Por la Escritura.

61. ORDEN. -Hubiera acometido este discurso con un orden como el siguiente: para mostrar la vanidad de toda clase de condiciones, mostrar la vanidad de las vidas comunes, y después la vanidad de las vidas filosóficas pirronianas, estoicas; pero no resultaría el orden. Sé algo de esto y

que pocas gentes lo entienden. Ninguna ciencia humana puede respetarlo. Santo Tomás no lo ha respetado. La matemática lo respeta, pero es inútil en su profundidad.

62. PREFACIO DE LA PRIMERA PARTE. -Hablar de los que han tratado del conocimiento de sí mismo; de las divisiones de Charron, que deprimen y aburren; de la confusión de Montaigne, el cual había notado ya el defecto de un método recto, y que para evitarlo brincaba de un tema a otro, que buscaba el aire puro.

¡Estúpido su proyecto de pintarse a sí mismo!, y ello no de pasada y contra sus máximas, desfallecimientos que pueden acontecer a cualquiera, sino por sus propias máximas y en virtud de un intento primero y principal. Porque decir estupideces por azar y por debilidad es un mal corriente; pero decir las de intento es lo que no es soportable, y decir alguna cosa como la siguiente...

65. Lo que Montaigne tiene de bueno no puede lograrse sino difícilmente. Lo que tiene de malo, prescindiendo de las costumbres, se entiende, pudo ser corregido en un momento si se le hubiera advertido que era demasiado embrollado y hablaba demasiado de sí mismo.

66. Hay que conocerse a sí mismo: aunque ello no sirviera para encontrar la verdad, serviría por lo menos para arreglar su vida, y nada más justo que esto.

67. VANIDAD DE LAS CIENCIAS. -La ciencia de las cosas exteriores no me consolará de la ignorancia de la moral en los momentos de aflicción; pero la ciencia de las costumbres me consolará siempre de la ignorancia de las ciencias exteriores.

69. DOS INFINITOS, MEDIO. -Cuando se lee demasiado deprisa o demasiado despacio, no se entiende nada.

72. DESPROPORCIÓN DEL HOMBRE. -He aquí dónde nos llevan los conocimientos naturales. Si no son verdaderos, no hay verdad en el hombre; si lo son, encuentra en ellos un gran motivo de humildad, al verse obligado a rebajarse de una u otra manera. Y puesto que no puede subsistir sin creer en ellos, deseo que antes de entrar en mayores inquisiciones acerca de la naturaleza, la considere alguna vez con seriedad y a sus anchas, que se mire también a sí mismo, y viendo en qué proporción está... Contemple el hombre, pues, la naturaleza entera en su elevada y plena majestad, aparte su vista de los objetos bajos que la circundan. Contemple esta resplandeciente luz colocada como una lámpara eterna para alumbrar el universo, que la Tierra le parezca como un punto rodeado por la vasta órbita que este astro describe y que se asombre de que esta vasta órbita no es a su vez sino una fina punta respecto de la que abrazan los astros que ruedan por el firmamento. Pero si nuestra vista se detiene aquí, que la imaginación vaya más allá; antes se cansará ella de concebir que la naturaleza de suministrar. Todo este mundo visible no es sino un rasgo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. No hay idea ninguna que se aproxime a ella. Podemos dilatar cuanto queramos nuestras concepciones allende los espacios imaginables, no alumbraremos sino átomos, a costa de la realidad de las cosas. Es una esfera cuyo centro se halla por doquier y cuya circunferencia no se encuentra en ninguna parte. Finalmente, es la más grande nota sensible de la omnipotencia divina el que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento.

Vuelto a sí mismo, considere el hombre lo que es él a costa de lo que es; considérese perdido en este cantón apartado de la naturaleza; y desde esta célula en que se halla alojado, me refiero al universo, aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades y a sí mismo en su justo precio. ¿Qué es un hombre infinito?

Pero para presentarle otro prodigio igualmente sorprendente, que busque dentro de lo que conoce las cosas más delicadas. Que un cirón le ofrezca en la pequeñez de su cuerpo partes incomparablemente menores, piernas con articulaciones, venas en sus piernas, sangre en sus venas, humores en esta sangre, gotas en sus humores, vapores en estas gotas; que, dividiendo todavía estas últimas cosas,

agote sus fuerzas en estas concepciones y que el último objeto a que pueda llegar sea ahora el de nuestro discurso; ¿pensará tal vez que es ésta la extrema pequeñez de la naturaleza? Voy a hacerle ver aquí dentro un nuevo abismo. Voy a pintarle, no solamente el universo visible, sino la inmensidad concebible de la naturaleza, en el recinto de este compendio de átomos. Que vea en él una infinidad de universos, cada uno con su firmamento, sus planetas, su tierra, en la misma proporción que en el mundo visible, en esta tierra, animales, y finalmente cirios, en los cuales encontrara lo que han dado los anteriores; y al encontrar todavía en los otros la misma cosa sin fin y sin reposo, que se pierda en estas maravillas, tan pasmosas en su pequeñez como lo son las otras por su extensión; porque ¿quién no se admirará de que nuestro cuerpo, que antes no era perceptible en el universo, imperceptible en el seno del todo, sea ahora un coloso, un mundo, o más bien un todo respecto de esa nada a que no se puede llegar?

Quien se considere de esta suerte, se aterrará de sí mismo, y considerándose sostenido en la masa que la naturaleza le ha otorgado, entre estos dos abismos del infinito y de la nada, temblará ante la visión de estas maravillas; y creo que su curiosidad se trocará en admiración y estará más dispuesto a contemplarlas en silencio que a investigarlas con presunción.

Porque, finalmente, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre nada y todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio le están invenciblemente ocultos en un secreto impenetrable, igualmente incapaz de ver la nada de donde ha sido sacado y el infinito en que se halla sumido.

¿Qué hará, pues, sino barruntar alguna apariencia del medio de las cosas, en una eterna desesperación por no conocer ni su principio ni su fin? Todas las cosas han salido de la nada y van llevadas hasta el infinito. ¿Quién podrá seguir estas sorprendentes andanzas? El autor de estas maravillas las comprende. Ningún otro puede hacerlo.

A falta de haber contemplado estos infinitos, los hombres se han lanzado temerariamente a la investigación de la naturaleza, como si fueran proporcionados a ésta. Es extraño que hayan querido comprender los principios de las cosas y llegar con ello hasta conocerlo todo, por una presunción tan infinita como su objeto. Porque no hay duda ninguna que no se puede concebir este intento sin una presunción o sin una capacidad infinita, como la naturaleza.

Cuando se sabe esto, se comprende que habiendo la naturaleza grabado su imagen y la de su autor en todas las cosas, casi todas ellas tengan algo de su doble infinitud. Y vemos así que todas las ciencias son infinitas por la extensión de sus investigaciones; porque ¿quién duda de que la geometría, por ejemplo, tenga una infinidad de infinidades de proposiciones que exponer?; son también infinitas en la multitud y delicadeza de sus principios; porque ¿quién no ve que aquellos que se presentan como últimos no se apoyan en sí mismos, y que, apoyados sobre otros, que tienen a su vez por apoyo a otros, no toleran jamás un último? Pero hacemos con los que aparecen últimos a la razón como con las cosas materiales, en las cuales llamamos punto invisible a aquel allende el cual nuestros sentidos no perciben nada, aunque divisible infinitamente y por su naturaleza.

De estos dos infinitos de ciencias, el de lo grande es mucho más sensible, y por esto es por lo que llego a poco menos que a pretender conocer todas las cosas. «Voy a hablar de todo», decía Demócrito.

Pero la infinidad en pequeñez es mucho menos visible. Los filósofos han pretendido, sin embargo, llegar a él, y es aquí donde todos han topado. Es lo que ha dado lugar a estos títulos tan corrientes: «De los principios de las cosas», «De los principios de la filosofía», y otros semejantes, tan fastuosos en realidad, aunque menos en apariencia, que es este otro que hace saltar los ojos: «De omni scibili.»

Se cree, naturalmente, ser mucho más capaz de llegar al

centro de las cosas que de abarcar su circunferencia; la extensión visible del mundo nos sobrepasa visiblemente; pero como somos nosotros los que sobrepasamos las cosas pequeñas, nos creemos más capaces de poseerlas, y, sin embargo, no hace falta menor capacidad para llegar hasta la nada que para llegar hasta el todo; y es menester tenerla infinita tanto para lo uno como para lo otro, y me parece que quien hubiera comprendido los últimos principios de las cosas podría llegar también a conocer hasta el infinito. Lo uno depende de lo otro, y lo uno conduce a lo otro. Estos extremos se tocan y se reúnen a fuerza de estar alejados, y se encuentran en Dios y solamente en Dios.

Reconozcamos, pues, nuestro alcance; somos algo y no somos todo; lo que tenemos de ser nos arrebató el conocimiento de los primeros principios que nacen de la nada; y lo poco que tenemos de ser nos oculta la visión del infinito.

Nuestra inteligencia posee, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo rango que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza.

Limitados en todos los sentidos, este estado que ocupa el medio entre los dos extremos se encuentra en todas nuestras potencias. Nuestros sentidos no se dan cuenta de nada extremo: demasiado ruido, ensordece; demasiada luz, ofusca; demasiada distancia y demasiada proximidad, impiden la visión; demasiada longitud y demasiada brevedad en el discurso, lo oscurecen; demasiada verdad, nos pasma (conozco quienes no pueden entender que si se resta de cero cuatro, queda cero); los primeros principios tienen para nosotros demasiada evidencia, demasiado placer incómodo; demasiadas consonancias son desagradables en música; y demasiados beneficios irritan, queremos tener con que sobrepagar la deuda: «Beneficia eo usque laeta sunt dum videntur exsolvi posse; ubi multum antevenere pro gratio odium redditur.» No sentimos ni el calor extremo ni el frío extremo. Las cualidades excesivas nos son enemigas y no sensibles; no las sentimos ya, las padecemos. Demasiada juventud y demasiada vejez privan de espíritu, las cosas extremas son para nosotros como si no fueran, y nosotros tampoco somos respecto de ellas: nos escapan, o nosotros a ellas.

He aquí nuestro verdadero estado; es lo que nos hace incapaces de saber ciertamente y de ignorar absolutamente. Bogamos en un vasto medio, siempre inciertos y flotantes, empujados de un extremo a otro. Si damos con un término a que pensamos vincularnos y en que pensamos afianzarnos, titubea y nos abandona; y si lo seguimos, se nos escapa de las manos, se desliza y nos huye con una fuga eterna. Nada se detiene por nosotros. Es el estado que nos es natural, y, sin embargo, el más contrario a nuestra inclinación; ardemos en deseos de encontrar una sede firme y una última base constante para edificar sobre ella una torre que se alce hasta el infinito, pero todos nuestros cimientos se quiebran y la tierra se abre hasta los abismos.

No busquemos, pues, punto de seguridad y de firmeza. Nuestra razón se ve siempre decepcionada por la inconstancia de las apariencias; nada puede fijar lo finito entre los dos infinitos que lo envuelven y le huyen.

Una vez bien comprendido esto, creo que cada cual quedará tranquilo en el estado en que la naturaleza le ha colocado. Estando este medio que nos ha sido legado en herencia siempre distante de los extremos, ¿qué importa que el hombre tenga un poco más de inteligencia de las cosas? Si la tiene, toma a aquéllas desde un poco más arriba. ¿No se halla siempre infinitamente alejado del término?; y la duración de nuestra vida, ¿no está igualmente, infinitamente, alejada de la eternidad, aunque dure diez años más?

Ante la visión de estos infinitos, todos los finitos son iguales; y no veo por qué asentar su imaginación en uno más bien que en otro. Nos apena la sola comparación que establecemos entre nosotros y lo finito.

Si el hombre fuese lo primero que se estudiase a sí mismo, vería lo incapaz que es de seguir adelante. ¿Cómo es posible que una parte conozca el todo? Pero aspirará tal vez a conocer por lo menos las partes con las cuales guarda proporción. Pero las partes del mundo guardan entre sí una

relación tal y una tal concatenación las unas con las otras, que creo imposible conocer la una sin la otra y sin el todo.

El hombre, por ejemplo, tiene relación con todo lo que conoce. Necesita lugar para contenerlo, tiempo para durar, movimiento para vivir, elementos para componerlo, calor y alimentos para nutrirlo, aire para respirar; ve la luz, siente los cuerpos; finalmente, todo se alía con él. Para conocer al hombre es preciso, pues, saber de dónde viene el que tenga necesidad de aire para subsistir; y para conocer el aire, saber por dónde tiene éste relación con la vida del hombre, etc. La llama no subsiste sin aire; por tanto, para conocer la una es preciso conocer al otro. Siendo, pues, todas las cosas causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas e inmediatas, y manteniéndose todas por un nexo natural e insensible que liga las más alejadas y las más diferentes, tengo por imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como conocer el todo sin conocer particularmente más partes.

La eternidad de las cosas en sí mismo o en Dios tiene también que pasmar a nuestra pequeña duración. La inmovilidad fija y constante de la naturaleza, la comparación con el cambio continuo que acontece en nosotros tiene que producir el mismo efecto.

Y lo que remata nuestra impotencia para conocer las cosas es que ellas son simples en sí mismas, y nosotros estamos compuestos de dos naturalezas opuestas y de distinto género: alma y cuerpo. Porque es imposible que la parte que razona en nosotros no sea sino espiritual; y si se pretendiera que fuéramos simplemente corporales, ello nos excluiría mucho más del conocimiento de las cosas, puesto que nada hay tan inconcebible como decir que la materia se conoce a sí misma; no es posible conocer cómo habría de conocerse a sí misma.

Y así, si somos simplemente materiales, no podemos conocer nada en manera alguna, y si estamos compuestos de espíritu y de materia, no podemos conocer perfectamente las cosas

simples, espirituales o corporales.

De aquí viene el que casi todos los filósofos confundan las ideas de las cosas, y hablen de las cosas corporales espiritualmente y de las espirituales corporalmente. Porque dicen audazmente que los cuerpos tienden a bajar, aspiran a su centro, huyen de su destrucción, temen el vacío, que la naturaleza tiene inclinaciones, simpatías, antipatías, cosas todas que no pertenecen más que a los espíritus. Y hablando de los espíritus los consideran como en un lugar, y les atribuyen movimientos de un lugar a otro, cosas que no pertenecen sino a los cuerpos.

En lugar de recibir las ideas de estas cosas puras, las teñimos con nuestras cualidades e impregnamos con nuestro ser compuesto todas las cosas simples que contemplamos.

¿Quién no creará, viéndonos componer todas las cosas de naturaleza y de espíritu, que esta mezcla nos había de ser muy comprensible? Es, sin embargo, la cosa que se comprende menos. El hombre es para sí mismo el más prodigioso objeto de la naturaleza; porque no puede concebir lo que es ser cuerpo y menos todavía lo que es ser espíritu, y lo menos del mundo, cómo un cuerpo puede estar unido con un espíritu. Es éste el colmo de la dificultad y, sin embargo, es su propio ser: «modus quo corporibus adhaerent spiritus comprehendi ab hominibus non potest, et hoc tamen homo est».

Finalmente, para consumir la prueba de nuestra flaqueza, terminaré con estas dos consideraciones...

76. Escribir contra los que profundizan en las ciencias: Descartes.

77. No puedo perdonar a Descartes; bien hubiera querido, en toda su filosofía, poder prescindir de Dios; pero no ha podido evitar el hacerle dar un papirotazo para poner el mundo en movimiento; después de esto, no le queda sino

hacer de Dios.

78. Descartes, inútil e incierto.

79. DESCARTES. -Hay que decir en líneas generales: «Esto sucede por figura y movimiento», porque es verdad. Pero decir cuáles y componer la máquina es ridículo. Porque es inútil, incierto y penoso. Y aun cuando fuera verdad, no creemos que toda la filosofía merezca una hora de esfuerzo.

82. IMAGINACIÓN. -He aquí la parte que decepciona en el hombre, esta maestra de error y de falsedad, tanto más embustera cuanto que no lo es siempre; porque sería regla infalible de verdad si fuera infalible de mentira. Pero siendo casi siempre falsa, no da señal ninguna de su cualidad, marcando con un mismo carácter lo verdadero y lo falso.

No hablo de los locos, hablo de los más cuerdos; entre ellos es donde la imaginación tiene el gran don de persuadir a los hombres. Por mucho que la razón grite, no puede poner las cosas en su punto.

Esta potencia soberbia, enemiga de la razón, que se complace en controlarla o en dominarla, para mostrar cuán poderosa es en todo, ha establecido en el hombre una segunda naturaleza. Tiene sus afortunados, sus desgraciados, sus sanos, sus enfermos, sus ricos, sus pobres; hace que la razón crea, dude, niegue; suspende los sentidos, les hace sentir; tiene sus locos y sus cuerdos; nada nos produce tanto despecho como ver que llena a sus huéspedes de una satisfacción mucho más plenaria y entera que la razón. Los hábiles por imaginación se complacen a sí mismos de modo muy diferente a como los prudentes pueden complacerse razonablemente. Miran a las gentes con imperio; disputan con audacia y confianza; los otros, con temor y desconfianza; y esta alegría de semblante les otorga, con frecuencia, una ventaja en la opinión de los que escuchan; de tal manera los prudentes imaginarios gozan de favor ante jueces de misma naturaleza. No puede volver cuerdos a los

locos; pero les hace felices con envidia de la razón, que no puede hacer a sus amigos sino miserables, cubriéndoles la una de gloria, la otra de vergüenza.

¿Quién distribuye la reputación? ¿Quién confiere respeto y veneración a las personas, a las obras, a las leyes, a los grandes, sino esta facultad imaginante? ¡Todas las riquezas de la tierra serían insuficientes sin su consentimiento!

¿No diríais que este magistrado, cuya venerable ancianidad impone respeto a todo un pueblo, se gobierna por una razón pura y sublime y que juzga de las cosas por su naturaleza sin detenerse en vanas circunstancias que no hieren sino la imaginación de los débiles? Vedle entrar en un sermón cargado de un celo devoto, reforzando la solidez de su razón con el ardor de su caridad; helo aquí presto a escucharlo con un respeto ejemplar. Pero que aparezca el predicador, que la naturaleza le haya dado una voz cascada y un semblante raro, que su barbero le haya afeitado mal, si el azar lo ha ensuciado por añadidura, por grandes que sean las verdades que anuncie, me juego la pérdida de la gravedad de nuestro senador.

El mayor filósofo del mundo, colocado en una plancha que sobresale más de lo debido, si tiene bajo sí un precipicio, aunque su razón le convenza de su seguridad, prevalecerá su imaginación. Muchos serían incapaces hasta de soportar la idea sin palidecer ni sudar.

No voy a referir todos sus defectos.

¿Quién ignora que la vista de gatos, ratas, el pisar un carbón, etc., sacan de quicio a la razón? El tono de la voz impone a los más prudentes, y cambia la fuerza de un discurso y de un poema.

La afección o el odio cambian la faz de la justicia. Y un abogado bien pagado de antemano, ¡cuánto más justa

encuentra la causa que defiende!; su gesto audaz, ¡cuánto mejor lo hace ante los jueces, engañados por esta apariencia! ¡Graciosa razón que el viento maneja y en cualquier sentido!

Recordaré casi todas las acciones de los hombres que apenas vacilan sino por sus sacudidas. Porque la razón se ha visto obligada a ceder, y el más sensato acepta como principios suyos los que la imaginación de los hombres ha introducido temerariamente en cada lugar.

Quien no quiera seguir más que a la razón sería un loco a juicio del común de los hombres. Hay que juzgar a juicio de la mayoría de las gentes. Puesto que así le plugo, hay que trabajar todo el día y cansarse por bienes reconocidamente imaginarios, y cuando el sueño nos ha repuesto de las fatigas de nuestra razón, hay que levantarse incontinenti, sobresaltado, para echar a correr en pos del humo, y enjugar las impresiones de esta señora del mundo. He aquí uno de los principios de error, pero no es el único. El hombre ha hecho bien en aliar lo verdadero con lo falso, aunque en esta paz la imaginación haya salido ampliamente aventajada; porque en la guerra es mucho más aventajada; jamás supera la razón a la imaginación, mientras que la imaginación con frecuencia desmonta completamente a la razón.

Nuestros magistrados han conocido bien este misterio. Sus vestiduras rojas, sus armiños, con los que se disfrazan de gatos forrados, los palacios en que juzgan, las flores de lis, todo este aparato augusto era muy necesario; y si los médicos no tuviesen togas y mulas, y los doctores no tuviesen birretes cuadrados y amplias hopalandas, jamás hubieran seducido al mundo, que no puede resistir a tan auténtica demostración. Si poseyeran la verdadera justicia, y si los médicos poseyeran el verdadero arte de curar, no necesitarían fabricar birretes cuadrados; la majestad de sus ciencias sería ya suficientemente venerable por sí misma. Pero a no poseer sino ciencias imaginarias, hace falta que echen mano de estos instrumentos que impresionan la imaginación para la que están hechos; y con ello, en efecto, se atraen el respeto. Los únicos que no se han disfrazado de esta manera son las gentes de guerra, porque

efectivamente su cometido es más esencial; se establecen por la fuerza y los demás por la astucia.

Por esto es por lo que nuestros reyes no han buscado estos disfraces. No se han enmascarado con vestiduras extraordinarias para parecer tales; se han hecho acompañar de guardias, de alabardas. Estas tropas armadas, que no tienen manos y fuerzas sino para ellos, las trompetas y los tambores que les preceden, y estas legiones que les rodean, hacen temblar a los más firmes. No tienen solamente ropaje, tienen fuerza. Haría falta tener una razón muy depurada para considerar como un hombre cualquiera al Gran Señor rodeado en su soberbio serrallo de cuarenta mil jenízaros.

No podemos ni tan siquiera ver un abogado con toga y birrete sin formarnos una opinión favorable de su suficiencia.

La imaginación dispone de todo; fabrica la belleza, la justicia y la felicidad, que es el todo en el mundo. Quisiera sinceramente ver el libro italiano cuyo título es lo único que conozco y que por sí solo vale muchos libros: Della opinione, regina del mondo. Lo suscribo sin conocerlo, salvo lo malo, si hubiere.

He aquí poco más o menos los efectos de esta engañosa facultad, que parece que nos ha sido expresamente otorgada para inducirnos a un error necesario. Tenemos también muchos otros principios de error.

Las impresiones antiguas no son las únicas capaces de engañarnos: los encantos de la novedad tienen el mismo poder. De aquí provienen todas las disputas de los hombres, que se reprochan, o de seguir sus falsas impresiones de la infancia, o de correr temerariamente en pos de las nuevas. ¿Quién se mantiene en el justo medio? Que comparezca y que lo demuestre. No hay principio alguno, por natural que pudiera ser, incluso después de la infancia, que no se haga pasar por una falsa impresión, sea de la instrucción, sea de los sentidos.

«Porque -se nos dice- habéis creído desde la infancia que un cofre está vacío cuando no vemos nada en él, habéis creído que es posible el vacío. Es una ilusión de vuestros sentidos, fortalecida por la costumbre, que es menester sea corregida por la ciencia.» Y los otros dicen: «Como se os ha dicho en la escuela que no hay vacío, se ha corrompido vuestro sentido común, el cual lo comprendía muy claramente antes de esta mala impresión, que es menester corregir recurriendo a vuestra primera naturaleza.» ¿Quién ha engañado, pues? ¿Los sentidos, o la instrucción?

Tenemos otro principio de error: las enfermedades. Nos estropean el juicio y el sentido; y si las grandes enfermedades lo alteran sensiblemente, no tengo la menor duda de que las pequeñas producen una impresión proporcional a ellas.

Nuestro propio interés es también un maravilloso instrumento para hacernos saltar los ojos agradablemente. No es lícito al más ecuánime hombre del mundo ser juez en su propia causa; conozco algunos que, para no caer en este amor propio, han sido los más injustos a contrapelo: el medio seguro de perder una causa absolutamente justa es hacer que la recomienden sus parientes próximos.

La justicia y la verdad son dos puntas tan sutiles, que nuestros instrumentos son demasiado embotados para tocar exactamente en ellas. Si lo logran, abollan la punta y se apoyan en torno de ella, más sobre lo falso que sobre lo verdadero.

El hombre se halla, pues, tan felizmente constituido, que no tiene ningún principio justo de verdad, pero muchos y excelentes de falsedad. Veamos ahora cuántos... Pero la más grata causa de estos errores es la guerra reinante entre los sentidos y la razón.

83. Hay que comenzar por aquí el capítulo de las potencias

engañosas. El hombre no es sino un sujeto lleno de error, natural e indeleble, sin la gracia. Nada le muestra la verdad. Todo le engaña; estos dos principios de verdades, la razón y los sentidos, aparte de que carece cada uno de ellos de sinceridad, se engañan recíprocamente el uno al otro. Los sentidos engañan a la razón por falsas apariencias; y esta misma celada que tienden a la razón la reciben a su vez en ella; la razón toma su desquite. Las pasiones del alma perturban los sentidos, produciéndoles impresiones falsas. Mienten y se engañan a porfía.

Pero además de estos errores que se producen por accidente y por la falta de inteligencia con sus facultades heterogéneas...

91. SPONGIA SOLIS. -Cuando vemos que un efecto acontece siempre de la misma manera, deducimos una necesidad natural, como, por ejemplo, que mañana será de día, etcétera. Pero muchas veces la naturaleza nos desmiente y no se sujeta a sus propias reglas.

92. ¿Qué son nuestros principios naturales sino nuestros principios habituales? Y en los niños, ¿qué son sino los que han recibido del hábito de sus padres, como la caza en los animales?

Una costumbre diferente nos daría otros principios naturales: esto se ve por experiencia; y si los hay imborrables, por el hábito, existen también hábitos contra natura, que ni la naturaleza ni un segundo hábito pueden borrar. Depende de la disposición.

93. Los padres temen que el amor natural de los hijos se borre. ¿Cuál es, pues, esta naturaleza sujeta a ser borrada? La costumbre es una segunda naturaleza que destruye la primera. Pero ¿qué es naturaleza? ¿Por qué la costumbre no es natural? Tengo mucho miedo de que esta naturaleza no sea a su vez sino una primera costumbre, al igual que la costumbre es una segunda naturaleza.

94. La naturaleza del hombre es toda naturaleza, «omne animal».

No hay nada que no se convierta en natural; nada natural que no se haga perder.

95. La memoria, la alegría, son sentimientos; y hasta las proposiciones geométricas llegan a ser sentimientos, porque la razón hace que los sentimientos sean naturales, y los sentimientos naturales se borran por la razón.

99. Hay una diferencia universal y esencial entre las acciones de la voluntad y todas las demás.

Es uno de los principales órganos de crédito; no que ella forme el crédito, sino porque las cosas son verdaderas o falsas según la faceta por donde se las mire. La voluntad que se complace en una más que en otra, aparta al espíritu de la visión de las cualidades de aquellas que no le gusta ver; y así, el espíritu, que va a una con la voluntad, se detiene para mirar la faceta que le gusta; y juzga de la realidad por lo que ve en aquella.

100. AMOR PROPIO. -La naturaleza del amor propio y de este «yo» humano consiste en no amarse más que a sí mismo y en no considerarse sino a sí mismo. Pero ¿qué hacer? No puede evitar que este objeto que ama esté lleno de defectos y de miserias: quiere ser grande, y se ve pequeño; quiere ser feliz, y se ve miserable; quiere ser perfecto, y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser objeto de amor y de la estima de los hombres, y ve que sus defectos no merecen sino su aversión y su desprecio. Esta situación embarazosa en que se encuentra produce en él la más injusta y criminal pasión que es posible imaginar; porque concibe un odio mortal contra esta verdad que le reprende y le convence de sus defectos. Desearía aniquilarla, y no pudiendo destruirla en sí mismo, la destruye, en la medida de lo posible, en su conocimiento y en el de los otros; es decir,

se cuida escrupulosamente de cubrir sus defectos ante los demás y ante sí mismo y no puede sufrir ni que se los hagan ver ni que se vean.

Es, sin duda alguna, un malestar lleno de defectos; pero es un mal todavía mayor estar lleno de ellos y no quererlos reconocer, porque esto es añadirles todavía el defecto de una ilusión involuntaria. No queremos que los demás nos engañen; no encontramos justo que quieran ser estimados por nosotros en más de lo que merecen; tampoco es, pues, justo que les engañemos y que queramos que nos estimen en más de lo que merecemos.

Por esto, cuando no descubren sino imperfecciones y vicios que efectivamente poseemos, es claro que no son injustos, porque no son ellos la causa de tales defectos; y nos hacen un bien, puesto que nos ayudan a liberarnos de un mal, que es la ignorancia de estas imperfecciones. No debemos enfadarnos porque nos conozcan y nos desprecien: porque es justo que nos conozcan en lo que somos y que nos desprecien si somos despreciables.

He aquí los sentimientos que nacerían de un corazón lleno de equidad y de justicia. ¿Qué habremos de decir, pues, del nuestro, viendo en él una disposición completamente contraria? Porque ¿no es verdad que odiamos la verdad y a los que nos la dicen y nos gusta que se equivoquen en favor nuestro, y que queremos ser tenidos por distintos de lo que efectivamente somos?

He aquí una prueba de ello que me espanta. La religión católica nos obliga a descubrir sus pecados indiferentemente a todo el mundo: tolera que se esté escondido para todos los demás hombres; pero exceptúa uno solo, a quien ordena descubrir el fondo de su corazón y hacerse ver tal como se es. No hay más que este único hombre en el mundo a quien nos ordene desilusionar, y le obliga a un secreto inviolable, que hace que este conocimiento esté en él como si no estuviera. ¿Puede imaginarse nada más caritativo y más dulce? Y, sin embargo, la corrupción del hombre es tal que todavía encuentra

dureza en esta ley; y es una de las principales razones que han hecho rebelarse contra la Iglesia a una gran parte de Europa.

¡Qué injusto y poco razonable es el corazón del hombre, que encuentra malo que se le obligue a hacer con un hombre lo que en cierto modo sería justo que lo hiciera con todos! Porque ¿es justo que les engañemos?

Hay diferentes grados en esta aversión por la verdad; pero se puede decir que en todos se encuentra en cierto grado, porque es inseparable del amor propio. Es esta mala delicadeza lo que obliga a los que se ven en la necesidad de reprender a los demás de buscar tantos rodeos y templar tantas gaitas para evitar razonamientos. Tienen que disminuir nuestros defectos, aparentar que los excusan, combinarlos con elogios y testimonios de afección y de estima... Y con todo ello, esta medicina no deja de ser amarga para el amor propio. Toma de ella lo menos que puede, y siempre con disgusto, y muchas veces hasta con un secreto despecho contra los que se la presentan.

Sucede por esto que, si se tiene el menor interés en ser amado por nosotros, se evita el hacernos un favor que se sabe nos es desagradable; se nos trata como queremos ser tratados; odiamos la verdad, y se nos la oculta; queremos ser adulados, y se nos adula; nos gusta engañarnos, y se nos engaña.

Es lo que hace que cada grado de buena suerte que nos eleva en el mundo nos aleje más de la verdad, porque se tiene más reparos de herir a aquellos cuya afección es más útil y cuya aversión es más peligrosa. Un príncipe podrá ser la fábula de toda Europa, y será él el único que no la conoce. No me sorprende: decir la verdad es útil para aquel a quien se dice, pero desfavorable para aquellos que la dicen, porque se hacen odiar. Ahora bien: los que viven con los príncipes prefieren sus intereses propios a los del príncipe a quien sirven; y por esto no se preocupan de procurarle un beneficio perjudicándose a sí mismos.

Esta desgracia es sin duda mayor y más frecuente en las más grandes fortunas; pero las pequeñas no están exentas de ella, porque hay siempre un interés en hacerse amar de los hombres. Así, la vida humana no es sino una perpetua ilusión; no se hace sino entre engañarse y entre adularse. Nadie habla de nosotros en presencia nuestra tal como habla en nuestra ausencia. La unión existente entre los hombres no está fundada sino en este mutuo engaño; y pocas amistades subsistirían si cada uno supiera lo que su amigo dice de él cuando él no está, aunque hable entonces sinceramente y sin pasión.

El hombre no es, pues, sino disfraz, mentira e hipocresía, tanto en sí mismo como respecto de los demás. No quiere que se le diga la verdad, evita el decirlo a los demás; y todas estas disposiciones, tan apartadas de la justicia y de la razón, tienen una raíz natural en su corazón.

110. El sentimiento de la falsedad de los placeres presentes y la ignorancia de la vanidad de los placeres ausentes causan la inconstancia.

112. INCONSTANCIA. -Las cosas tienen diversas cualidades, y el alma diversas inclinaciones; porque nada de lo que se ofrece al alma es simple, y el alma jamás se ofrece simple para nada. De aquí proviene el que se lllore y se ría de una misma cosa.

113. INCONSTANCIA Y EXTRAVAGANCIA. -No vivir más que de su trabajo y reinar sobre el más poderoso Estado del mundo son cosas muy opuestas.

Están unidas en la persona del Gran Señor de los turcos.

115. DIVERSIDAD. -La teología es una ciencia, pero al propio tiempo ¡cuántas ciencias hay! Un hombre es un supuesto; pero si se le anatomiza, ¿será la cabeza, el corazón, el estómago, las venas, cada vena, cada porción de

vena, la sangre, cada humor de la sangre?

Una ciudad, una campiña, de lejos, son una ciudad y una campiña; pero a medida que nos acercamos son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, patas de hormigas, hasta el infinito. Todo se encierra bajo el nombre de campiña.

119. Se imita la naturaleza: una semilla arrojada en buena tierra, produce; un principio arrojado en un buen espíritu, produce; los números imitan al espacio, a pesar de ser de naturaleza tan diferente.

Todo está hecho y conducido por un mismo maestro: la raíz, las ramas, los frutos; los principios, las consecuencias.

121. La naturaleza recomienza siempre las mismas cosas, los años, los días, las horas; los espacios, igualmente, y los números están codo a codo, los unos después de los otros. Así se produce una especie de infinito y de eterno. No es que todo esto sea infinito y eterno, sino que estos seres terminados se multiplican indefinidamente. Por esto no hay nada que sea infinito, sino el número que las multiplica.

122. El tiempo cura los dolores y las querellas, porque se cambia, no se es ya la misma persona. Ni el ofensor ni el ofendido son ya los mismos. Es como un pueblo que se hubiera irritado y se volviera a contemplar después de dos generaciones. Son siempre franceses, pero no los mismos.

124. No solamente miramos las cosas por lados distintos, sino con otros ojos; no nos preocupa el encontrarlas parecidas.

127. Condición del hombre: inconstancia, aburrimiento, inquietud.

129. Nuestra naturaleza está en el movimiento; el reposo completo es la muerte.

131. ABURRIMIENTO. -Nada es tan insoportable para el hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin divertimento, sin aplicación. Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Inmediatamente surgirán del fondo de su alma el aburrimiento, la melancolía, la tristeza, la pena, el despecho, la desesperación.

135. No nos agrada sino el combate, pero no la victoria: gusta ver los combates de animales, pero no al vencedor ensañado sobre el vencido; ¿qué es lo que se quería ver sino el fin de la victoria? Y en cuanto llega se está harto de ella. Así en el juego, así en la investigación de la verdad. Gusta ver en las disputas el combate de las opiniones; pero en manera alguna contemplar la verdad encontrada; para contemplarla con gusto es preciso verla nacer de la disputa. Igualmente en las pasiones, se experimenta placer en ver entrechocarse a dos contrarias; pero cuando una es dueña, ya no es sino brutalidad. No buscamos jamás las cosas, sino la búsqueda de las cosas. Así, en las comedias, las escenas contentas sin miedos no valen nada, ni las extremas miserias sin esperanza, ni los amores brutales, ni las ásperas severidades.

136. Pocas cosas nos consuelan, porque pocas cosas nos afligen.

139. DIVERTIMIENTO. -Cuando me he puesto a considerar algunas veces las diversas agitaciones de los hombres y los peligros y las penas a que se exponen en la corte, en la guerra, de donde nacen tantas querellas, pasiones, empresas audaces y con frecuencia malas, etc., he descubierto que toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse tranquilos en una habitación. Un hombre que tiene suficientes medios de vida, si supiera estar en casa a gusto, no se marcharía para ir al mar o sentarse en una plaza. No se compraría tan caro un puesto en el

ejército si no fuera insoportable el no moverse de la ciudad; y no se buscan las conversaciones y los divertimientos de los juegos sino porque no se puede permanecer en casa a gusto.

Pero al pensar más detenidamente y cuando después de haber encontrado la causa de todas nuestras desgracias he querido descubrir su razón, me he encontrado con que hay una muy efectiva, que consiste en la desgracia natural de nuestra condición flaca y mortal, y tan miserable que nada puede consolarnos cuando nos paramos a pensar en ella.

Cualquiera que sea la condición que nos imaginemos y reunidos todos los bienes que pudieran pertenecernos, la realeza es el más hermoso puesto del mundo, y sin embargo, imaginémosla acompañada de todas las satisfacciones que pudieran corresponderle. Si no tiene divertimiento y si se le deja considerar y reflexionar acerca de lo que es, esta lánguida felicidad no le sostendrá ya, caerá necesariamente en la visión de lo que le amenaza, de las rebeliones que pueden acontecer, y finalmente, en la muerte y en las enfermedades que son inevitables; de suerte que si no tiene lo que se llama divertimiento, helo desgraciado, y más desgraciado que el más ínfimo de sus subordinados que juega y se divierte.

De aquí viene el que sean tan buscados el juego y la conversación con las mujeres, la guerra, los grandes empleos. No es que efectivamente se sea feliz con ello, ni que se imagine que la verdadera felicidad consista en tener el dinero que puede ganarse en el juego, o corriendo la liebre; no lo querríamos si nos lo ofrecieran. Lo que se busca no es este uso muelle y apacible y que nos permite pensar en nuestra desgraciada condición, ni los peligros de la guerra, ni el trabajo de los empleos, sino el ajeteo que nos impide pensar en ello y nos divierte.

Razones por las que se prefiere la caza a la presa.

De aquí viene que gusten tanto a los hombres el ruido y el

jaleo; de aquí viene el que la prisión sea un suplicio tan horrible; de aquí viene que el placer de la soledad sea una cosa incomprensible. Y, finalmente, el mayor motivo de felicidad de la condición de los reyes es que se busca incesantemente divertirlos y procurarles toda suerte de placeres.

El rey está rodeado de gentes que no piensan sino en divertir al rey y le impiden pensar en él. Porque por muy rey que sea, es desgraciado si piensa en ello.

He aquí todo lo que los hombres han podido inventar para hacerse felices. Y los que quieren pasar en esto por filósofos y creen que la gente es muy poco razonable al pasar todo el día corriendo tras una liebre, que no quisieran haber comprado, no conocen nuestra naturaleza. Esta liebre no nos ahorraría la visión de la muerte y de las miserias, pero la caza -que nos aparta de aquélla- nos la ahorra.

El consejo que se daba a Pirro de tomarse de antemano el descanso que iba a buscar con tantas fatigas, tropezaba con muchas dificultades.

Decir a un hombre que viva tranquilo es decirle que viva feliz; es aconsejarle tener una condición completamente feliz y que pudiese contemplar a placer sin encontrar en ello motivo ninguno de aflicción. No es, pues, entender la naturaleza.

Por esto los hombres que sienten naturalmente su condición no evitan nada tanto como el reposo; nada hay que dejen de hacer para buscar la perturbación. No es que no tengan un instinto que les haga conocer la verdadera felicidad. La vanidad, el placer de mostrarla a los demás.

Por esto no se sabe censurarlos debidamente; su falta no consiste en que busquen el tumulto, si no lo buscaran más

que como un divertimento; lo malo es que lo buscan como si la posesión de los bienes buscados fuera a hacerles verdaderamente felices, en lo cual se tiene razón de acusar a esta búsqueda de vanidad; de suerte que en todo ello, tanto los que censuran como los censurados no entienden la verdadera naturaleza del hombre.

Y por esto, cuando se les reprocha el que aquello que buscan con tanto ardor no puede satisfacerles, si respondieran, como debieran hacerlo bien pensado, que no buscan con ello sino una ocupación violenta e impetuosa que les desvía de pensar en sí mismos y que por esto se proponen un objeto atractivo que les encante y les atraiga con ardor, dejarían sin réplica a sus adversarios. Pero no responden esto porque no se conocen a sí mismos. No saben que lo que buscan no es la presa, sino la caza.

La danza: hay que pensar dónde se van a colocar los pies.

El gentilhombre cree sinceramente que la caza es un gran placer y un placer real; pero el carnicero no es de esta opinión.

Se imaginan que si hubiesen obtenido este cargo reposarían con placer, sin darse cuenta de la naturaleza insaciable de su codicia. Creen buscar sinceramente el reposo, y en realidad no buscan sino la agitación.

Tienen un secreto instinto que les lleva a buscar en el exterior el divertimento y la ocupación, instinto que procede del resentimiento de sus continuas miserias; tienen otro secreto instinto, residuo de la grandeza de nuestra primera naturaleza, que les hace conocer que la felicidad no se halla efectivamente más que en el reposo y no en el tumulto; y con estos dos instintos contrarios se forma en ellos un proyecto confuso que se esconde de su vista en el fondo de sus almas y les lleva a tender al reposo por la agitación y a figurarse siempre que la satisfacción de que carecen les vendrá si, superando ciertas dificultades, pueden abrirse por esta vía la puerta al reposo.

Así transcurre toda la vida. Se busca el reposo combatiendo algunos obstáculos; y cuando se han superado, el reposo se hace insoportable; porque o se piensa en las miserias que se tienen o en las que nos amenazan. Y aunque nos viéramos bastante defendidos por todas partes, el aburrimiento, con su autoridad privada, no dejaría de brotar del fondo del corazón, donde tiene raíces naturales, y de llenar el espíritu con su veneno.

Así, es el hombre tan desgraciado, que se aburriría sin causa ninguna de aburrimiento por el propio estado de su complexión; y es tan vano, que estando lleno de mil causas esenciales de aburrimiento, la menor cosa, como un billar y una bola que empuja, bastan para divertirlo.

Pero, me diréis, ¿qué se propone con todo esto? Gloriarse mañana entre sus amigos de que ha jugado mejor que otro. Así, los otros sudan en sus despachos para mostrar a los sabios que han resuelto una cuestión de álgebra que no se hubiera podido encontrar hasta aquí; y tantos otros se exponen a los últimos peligros para vanagloriarse después de una plaza que han tomado, y tan tontamente para mi gusto; y, finalmente, los otros se matan para anotar todas estas cosas, no para ser más sensatos, sino solamente para mostrar que las conocen, y éstos son los más tontos de la compañía, porque lo son con conocimiento, mientras que puede pensarse de los otros que no lo serían si poseyeran este conocimiento.

Un hombre pasa su vida sin aburrirse jugando todos los días un poco. Dadle todas las mañanas el dinero que puede ganar cada día, con la condición de que no juegue: le haréis desgraciado. Se dirá tal vez que lo que busca es la diversión del juego y no la ganancia. Hacedle, pues, jugar sin apostar; no se encenderá y se aburrirá. No es, pues, la simple diversión lo que busca: una diversión lánguida y sin pasión le aburrirá. Es menester que se encienda y se pille a sí mismo, imaginándose que sería feliz ganando lo que no quisiera que se le diera, a condición de no jugar, con el fin de que se forme un motivo de pasión, y que con él excite su deseo, su cólera, su temor, por el objeto que se

ha formado, como los niños se asustan de la cara que se han embadurnado.

¿De dónde viene que este hombre, que hace pocos meses perdió a su hijo único, y que, apesadumbrado por procesos y demandas, estuviera esta mañana tan emocionado, ahora ya no piense en ello? No os sorprendáis: está absorto en ver por dónde pasará este jabalí que los perros persiguen con tanto ardor desde hace seis horas. No necesita más. El hombre, por muy lleno de tristeza que esté, si se puede obtener de él que se embale en algún divertimento, helo feliz durante este tiempo; y el hombre, por feliz que sea, si no está divertido y ocupado por alguna pasión o por alguna diversión que impida desbordarse al aburrimiento, pronto estará triste y desgraciado. Sin divertimento no hay alegría, con el divertimento no hay tristeza. Y es también esto lo que constituye la felicidad de las personas de gran condición; el que tienen un número de personas que les divierten y poseen la capacidad de mantenerse en este estado.

Tened cuidado. ¿Qué otra cosa es ser superintendente, canciller, primer presidente, sino hallarse en una condición en la que desde la mañana se tiene un gran número de personas que vienen de todas partes para no dejarles una hora al día en que puedan pensar en sí mismos? Y cuando están en desgracia y se les envía a sus casas de campo, donde no carecen ni de bienes ni de criados para servirles en sus necesidades, no cesan de sentirse miserables y abandonados porque nadie les impide pensar en sí mismos.

144. Me dediqué mucho tiempo al estudio de las ciencias abstractas; y la poca comunicación que se puede tener con ellas me disgustó. Cuando comencé el estudio del hombre, he visto que estas ciencias abstractas no son propias del hombre y que me desviaba de mi condición penetrando en ellas, más que los otros ignorándolas. He perdonado a los demás el conocerlas tan poco. Pero creí encontrar, por lo menos, muchos compañeros en el estudio del hombre, pensando que es el verdadero estudio que le es apropiado. Me he equivocado; hay todavía menos gente que lo estudie que la geometría. Se busca lo demás, a falta de saber estudiar esto; pero ¿no es también verdad que no se halla aquí la

ciencia que el hombre debe tener, y que es mejor para él ignorarse para ser feliz?

146. El hombre está visiblemente hecho para pensar; ello constituye toda su dignidad y todo su mérito; todo su deber consiste en pensar como es debido. Ahora bien: el orden del pensamiento está en comenzar por sí mismo, por su autor y por su fin.

Pero ¿en qué piensa el mundo? Jamás piensa en esto; sino en bailar, en tocar el laúd, en cantar, en hacer versos, correr la sortija, etc., en luchar, en hacerse rey, sin pensar en qué es ser rey y qué es ser hombre.

147. No nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros y en nuestro propio ser; queremos vivir, en la idea de los demás, una vida imaginaria, y nos esforzamos por esto en parecerlo. Trabajamos incesantemente en embellecer y conservar nuestro ser imaginario, descuidamos el verdadero. Y si tenemos tranquilidad, o generosidad, o fidelidad, nos apresuramos a hacerlo saber, con el fin de vincular estas virtudes a nuestro otro ser, y estaríamos dispuestos a arrancárnoslas para unir las al otro; preferiríamos ser poltrones con tal de adquirir la reputación de ser valientes. ¡Gran signo de la nada de nuestro propio ser el no estar satisfecho del uno sin el otro, y de canjear con frecuencia el uno por el otro! Porque quien no muriera por conservar su honor sería infame.

162. Quien quiera conocer plenamente la vanidad del hombre no tiene más que considerar las causas y los efectos del amor. Su causa es «un no sé qué» (Corneille), y sus efectos son terribles. Este «no sé qué», tan poquita cosa que apenas es perceptible, conmueve toda la tierra, los príncipes, las armas, el mundo entero.

La nariz de Cleopatra, si hubiese sido más corta, hubiera cambiado toda la faz de la tierra.

171. MISERIA. -La única cosa que nos consuela de nuestras miserias es el divertimento, y, sin embargo, es la más grande de nuestras miserias. Porque es lo que nos impide principalmente pensar en nosotros, y lo que nos hace perdernos insensiblemente. Sin ello nos veríamos aburridos, y este aburrimiento nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de él. Pero el divertimento nos divierte y nos hace llegar insensiblemente a la muerte.

172. No nos limitamos jamás al tiempo presente. Anticipamos el porvenir, como demasiado lento en venir, como para apresurar su curso; o recordamos el presente para detenerlo como demasiado pronto, tan imprudente que erramos en los tiempos que no son nuestros, y no pensamos en el único que nos pertenece; y tan vanos, que pensamos en los que ya no son nada, y dejamos escapar sin reflexión al único que subsiste. Es que de ordinario el presente nos lastima. Lo ocultamos de nuestra vista, porque nos aflige, y si nos es agradable, nos pesa el verlo escapar. Tratamos de sostenerlo para el porvenir, y pensamos en disponer las cosas que no están en poder nuestro, para un tiempo a que no estamos seguros de llegar.

Examine cada cual sus pensamientos, y los encontrará completamente ocupados en el pasado y en el porvenir. Apenas pensamos en el presente; y si pensamos en él, no es sino para pedirle luz para disponer del porvenir. El presente jamás es nuestro fin: el pasado y el presente son nuestros medios, sólo el porvenir es nuestro fin. Así, jamás viviremos, sino esperamos vivir; y disponiéndonos siempre a ser felices, es inevitable que no lo seamos jamás.

175. Nos conocemos tan poco, que muchos creen que van a morir cuando se sienten bien; y muchos creen que se sienten bien cuando se hallan próximos a morir, al no sentir cercana la fiebre o el absceso a punto de formarse.

Sección III

185. La conducta de Dios, que dispone todo con dulzura, consiste en implantar la religión en el espíritu por razones, y en el corazón por la gracia. Pero querer implantarla en el espíritu y en el corazón por la fuerza y con amenazas no es implantar la religión, sino el terror, «terrorem potius quam religionem».

187. ORDEN. -Los hombres sienten desprecio por la religión; la odian, y tienen miedo de que sea verdadera. Para curar esto, hay que empezar por mostrar que la religión no es contraria a la razón; que es venerable; producir respeto para ella; hacerla después amable; hacer desear a los buenos que sea verdadera; y mostrar finalmente que es verdadera.

Venerable, porque ha conocido perfectamente al hombre; amable, porque le promete el verdadero bien.

194. Que aprendan por lo menos cuál es la religión que combaten, antes que a combatirla. Si esta religión se vanagloriara de tener una visión clara de Dios, y de poseerla al descubierto y sin velo, sería combatirla decir que no se ve nada en el mundo que la muestre con esta evidencia. Pero puesto que dice, por el contrario, que los hombres se hallan en tinieblas y en alejamiento de Dios, el cual está oculto a su conocimiento, que éste es el nombre que se da a sí mismo en las Escrituras: «Deus absconditus»; y, finalmente, puesto que trabaja igualmente por establecer estas dos cosas: que Dios ha establecido notas visibles en la Iglesia para darse a conocer a aquellos que lo buscan sinceramente; y que las ha encubierto, sin embargo, de tal suerte, que no podrá ser percibido sino por aquellos que le buscan de todo corazón, ¿qué provecho podrán sacar, cuando en medio de la negligencia que profesan para la búsqueda de la verdad vociferan diciendo que no hay nada que se la muestre, puesto que esta oscuridad en que se encuentran y que objetan a la Iglesia, no hace sino establecer una de las cosas que ella sostiene, sin afectar para nada, a la otra, y establece su doctrina, lejos de arruinarla?

Para combatirla sería menester que proclamaran haber realizado todos los esfuerzos para buscarla en todas partes, incluso en lo que la Iglesia les propone para informarse de ella, y que no han hallado satisfacción ninguna. Si hablaran de esta suerte, combatirían verdaderamente una de sus pretensiones. Pero confío mostrar aquí que no hay persona razonable que pueda hablar de esta suerte, y me atrevo incluso a decir que jamás ha habido quien lo haya hecho. Demasiado conocida es la manera como obran los que proceden con este espíritu. Creen haber realizado grandes esfuerzos para instruirse, cuando han dedicado algunas horas a la lectura de algún libro de la Escritura, y cuando han interrogado a algún eclesiástico acerca de las verdades de la fe. Después de esto se las dan de haber buscado sin éxito en los libros y entre los hombres. Pero, en verdad, yo les diré lo que he dicho muchas veces: que esta negligencia no es tolerable. No se trata aquí del ligero interés por una persona extraña que justificara esta manera de proceder; se trata de nosotros mismos y de nuestro todo.

La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, que nos toca tan profundamente, que es menester haber perdido todo sentimiento para quedar indiferente ante lo que sea de ella. Todas nuestras acciones y nuestros pensamientos habrán de emprender caminos tan diferentes, según que haya bienes eternos que esperar o no, que es imposible dar un paso con sentido y juicio si no es regulándolo por la visión de este punto, que ha de ser nuestro último objeto.

Así, nuestro primer interés y nuestro primer deber consiste en ponernos de acuerdo sobre este punto, del que depende toda nuestra conducta. Por esto, de entre los que no están persuadidos de ello, pongo una extrema diferencia entre aquellos que trabajan con todas sus fuerzas para instruirse en ella y aquellos que viven sin esforzarse y sin pensar en ello.

No puedo sentir más que compasión para aquellos que gimen sinceramente en esta duda, que la consideran como la última de sus desgracias, y que, no escatimando nada para salir de ella hacen de esta investigación la principal y más seria

de sus ocupaciones.

Pero aquellos que pasan su vida sin pensar en este último fin de la vida, y que, por la sencilla razón de que no encuentran en sí mismos luces que les persuadan de ello, descuidan el ir a buscarlas en otra parte, y no examinan a fondo si esta opinión es de esas que el pueblo recibe por una simplicidad crédula, o de aquellas que, aunque oscuras en sí mismas, poseen, sin embargo, un fundamento muy sólido e inquebrantable, a éstos les considero de una manera completamente diferente.

Esa negligencia en un asunto en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece; me asombra y me espanta, es para mí algo monstruoso. No digo esto por celo piadoso de una devoción espiritual. Entiendo, por el contrario, que hay que abrigar este sentimiento por un principio de interés humano y por un interés de amor propio: basta ver para esto lo que ven las personas menos esclarecidas.

No hace falta tener un alma muy elevada para comprender que no hay aquí satisfacción verdadera y sólida, que todos nuestros placeres no son sino vanidad, que nuestros males son infinitos, y que, finalmente, la muerte, que nos amenaza a cada instante, ha de colocarnos infaliblemente dentro de pocos años en la horrible necesidad de ser eternamente o aniquilados o desgraciados.

Nada hay más real ni más terrible que esto. Podemos bravuconear cuanto queramos: he ahí el fin que espera a la vida más hermosa del mundo. Reflexiónese sobre ello y dígame inmediatamente si no es indubitable que no hay nada de bueno en esta vida, sino en la esperanza de otra, que no se es feliz sino en la medida en que se acerca uno a ella, y que así como no habrá ya desgracias para quienes abrigaban una entera seguridad en la eternidad, así tampoco habrá felicidad para quienes no tuviesen luz ninguna acerca de ella.

Es verdad, pues, que es un gran mal hallarse en esta duda; pero es por lo menos un deber indispensable el buscar, cuando se está en ella; y por esto, aquel que duda y no busca es, a la vez, sumamente desgraciado y sumamente injusto; si con esto queda tan tranquilo y satisfecho que haga profesión de ello, y que, finalmente, se vanaglorie de ello, y que incluso haga de este estado objeto de su vanidad, no tengo palabras para calificar a tan extravagante criatura.

¿De dónde ha podido sacar estos sentimientos? ¿Qué motivo de goce encuentra en no esperar más que miserias sin recurso? ¿Qué motivo de vanidad en verse envuelto en oscuridades impenetrables, y cómo es posible que este razonamiento acontezca en un hombre razonable?

«No sé quién me ha traído al mundo, ni qué es el mundo, ni qué soy yo mismo; me hallo en una terrible ignorancia de todo; no sé lo que es mi cuerpo, qué mis sentidos, qué mi alma, ni qué esa misma parte del yo que piensa lo que digo, que reflexiona sobre todo y sobre sí misma, y no se conoce a sí misma mejor que al resto. Veo estos terribles espacios del universo que me envuelven, y me veo afectado a un rincón de esta vasta extensión, sin que sepa por qué estoy colocado en este lugar más bien que en otro, ni por qué este breve lapso que me ha sido dado para vivir, me ha sido asignado más bien en este punto que en otro de la eternidad que me ha precedido y de toda la que me sigue. No veo por ninguna parte sino infinidades, que me envuelven como un átomo y como una sombra que no dura sino un instante para no volver. Lo único que conozco es que pronto voy a morir, pero lo que más ignoro es esta misma muerte que no soy capaz de evitar.

»Como no sé de dónde vengo, tampoco sé adónde voy; y sé solamente que al salir de este mundo caigo para siempre jamás o en la nada o en las manos de un Dios irritado, sin saber cuál de estas dos condiciones me será eternamente dada por herencia. He aquí mi estado, lleno de flaqueza y de incertidumbre. Y de todo ello concluyo, pues, que debo pasar todos los días de mi vida sin pensar en averiguar lo que me va a acontecer. Quizá pudiera encontrar algún esclarecimiento en mis dudas; pero no me quiero tomar la

pena de ello ni dar un paso para buscarlo y después, tratando con desprecio a quienes trabajen en esta faena, voy a marchar, sin previsión y sin temor, a embarcarme en un acontecimiento tan grande, y a dejarme conducir muellemente hacia la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi condición futura.»

¿Quién desearía tener como amigo a un hombre que discurriera de esta manera? ¿Quién lo elegiría de entre los demás para comunicarle sus asuntos? ¿Quién recurriría a él en sus aflicciones? Y, finalmente, ¿a qué empleo en la vida podría destinársele?

En realidad, es una gloria para la religión tener por enemigos a hombres tan insensatos; y su oposición le es tan poco perjudicial, que sirve, por el contrario, para el establecimiento de sus verdades. Porque la fe cristiana casi se reduce a establecer estas dos cosas: la corrupción de la naturaleza y la redención de Jesucristo. Ahora bien: yo afirmo que si no sirven para mostrar la verdad de la redención por la santidad de sus costumbres, sirven por lo menos admirablemente para mostrar la corrupción de la naturaleza por sentimientos tan desnaturalizados.

Nada es tan importante para el hombre como su estado, nada tan temible para él como la eternidad; y por esto no es natural que haya hombres indiferentes a la pérdida de su ser y al peligro de una eternidad de miserias. Son completamente distintos respecto de todas las demás cosas: temen hasta las más ligeras, las prevén, las sienten; y este mismo hombre que pasa tantos días y tantas noches rabiando y desesperado por la pérdida de un puesto o por una ofensa imaginaria a su honor, es el mismo que sin inquietud y sin emoción sabe que va a perderlo todo con la muerte. Es monstruoso ver en un mismo corazón y al mismo tiempo esta sensibilidad por las menores cosas y esta extraña insensibilidad por las más grandes. Es un encantamiento incomprensible y un embotamiento sobrenatural, que denota la fuerza omnipotente que lo produce.

Es menester que exista una extraña inversión en la naturaleza del hombre para gloriarse de hallarse en este estado, en el cual parece increíble que haya una sola persona que pueda existir. Sin embargo, la experiencia me ha hecho ver un número tan grande de ellas, que sería sorprendente que no supiéramos que la mayoría se desfiguran y no son así efectivamente; son gentes que han oído decir que los buenos modales del mundo consisten en hacerse así el desbocado. Es lo que llaman haber sacudido el yugo, y lo que tratan de imitar. Pero no sería difícil darles a entender cómo se equivocan buscando la estima por este camino. No es el medio de adquirirla ni tan siquiera entre las personas de mundo que juzgan sanamente de las cosas y que saben que el único camino para triunfar es aparecer honrado, fiel, juicioso y capaz de servir útilmente al amigo, porque a los hombres no les gusta, naturalmente, sino lo que puede serles útil. Ahora bien: ¿qué provecho hay para nosotros en oír decir a un hombre que ha sacudido el yugo, que no cree que hay un Dios que vela sobre sus acciones, que se considera como un señor único de su conducta, y que no piensa en dar cuentas sino a sí mismo? ¿Cree que nos ha movido con ello a tener en lo sucesivo confianza en él, y a esperar de él consuelos, consejos y socorros en todas las necesidades de la vida? ¿Pretende habernos regocijado al decirnos que nuestra alma no es sino un poco de viento y de humo, y decirlo todavía con un tono de voz orgulloso y contento? ¿Acaso es cosa que pueda decirse alegremente? ¿No es, por el contrario, cosa para dicha tristemente, como la cosa más triste del mundo?

Si pensarán seriamente en ello, verían que es cosa tan mal considerada, tan contraria al buen sentido, tan opuesta a la honradez, y tan alejada en toda forma de este buen porte que tanto buscan, que serían más bien capaces de rectificar que de corromper a los que sintieran la menor inclinación de seguirles. Y, efectivamente, hacedles dar cuenta de sus sentimientos y de las razones que tienen para juzgar de la religión; os dirán cosas tan flojas y bajas, que os persuadirán de lo contrario. Es lo que un día les decía muy a propósito una persona: «Si continuáis discurrendo de esta manera -les decía-, verdaderamente me convertiréis.» Y tenía razón.

Por esto, los que no hacen sino fingir estos sentimientos

serían muy desgraciados si tuvieran que forjar su naturaleza para hacerse los más impertinentes de los hombres. Si están molestos en el fondo de su corazón por no tener más luz, que no lo disimulen: esta declaración no tiene nada de vergonzoso. La única vergüenza es carecer de ella. Nada acusa más la extrema flaqueza de espíritu que el no reconocer la desgracia de un hombre sin Dios; nada indica más claramente una mala disposición de corazón que el no desear la verdad de las promesas eternas; nada más cobarde que hacer bravatas contra Dios. Dejen, pues, estas impiedades para los que son lo bastante mal nacidos para ser verdaderamente capaces de ellos; sean por lo menos personas honradas si no pueden ser cristianas, y reconozcan finalmente que no hay más que dos clases de personas que puedan llamarse sensatas: o los que sirven a Dios de todo corazón, porque le conocen, o los que le buscan de todo corazón porque no le conocen.

Pero por lo que hace a los que viven sin conocerle y sin buscarle, se juzgan a sí mismos tan poco dignos de preocuparse de sí mismos como dignos de ser objeto de preocupación para los demás; y es menester tener toda la caridad de la religión que ellos desprecian para no despreciarlos hasta abandonarlos en su locura. Pero, puesto que esta religión nos obliga a considerarlos siempre, mientras estén en esta vida, como capaces de la gracia que puede iluminarles, y a creer que en poco tiempo pueden hallarse más llenos de fe que lo estamos nosotros, y que nosotros podemos, por el contrario, caer en la obcecación en que ellos se encuentran, hay que hacer por ellos lo que quisiéramos que se hiciera por nosotros si estuviéramos en su lugar, y moverles a tener piedad de sí mismos y a dar por lo menos algunos pasos para que prueben a ver si encuentran luz. Que concedan a esta lectura algunas de esas horas que tan inútilmente emplean fuera de ella: cualquiera que sea la versión que aporten a ella, tal vez encontrarán algo, y por lo menos no perderán mucho; pero aquellos que aporten una perfecta sinceridad y un verdadero deseo de encontrar la verdad, espero que encontrarán satisfacción, y que quedarán convencidos de las pruebas de una religión tan divina, que he reunido aquí, y en las que he seguido sobre poco más o menos este orden...

195. Antes de entrar en las pruebas de la religión

cristiana, encuentro necesario representar la injusticia de los hombres que viven en la indiferencia de buscar la verdad de una cosa que les es tan importante y que les toca tan de cerca.

De todos sus desvaríos es, sin duda, el que les convence más de locura y obcecación y en el que es más fácil confundirles por los dictados del sentido común y por los sentimientos de la naturaleza.

Porque es indudable que el tiempo de esta vida no es más que un instante, que el estado de muerte es eterno, de cualquier naturaleza que pueda ser, y que por esto todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos tendrán que emprender rutas tan diferentes, según el estado de esta eternidad, que es imposible dar un paso con sentido y juicio si no es regulándolo por la verdad de este punto, que debe ser nuestro último objeto.

Nada hay más visible que esto y que en su virtud, según los principios de la razón, la conducta de los hombres será completamente insensata, si no emprenden un camino distinto.

Júzguese por esto de quienes viven sin pensar en este último fin de la vida, que se dejan llevar de sus inclinaciones y de sus placeres sin reflexión y sin inquietud, y, como si pudieran aniquilar la eternidad apartando de ella su pensamiento, no piensan sino en hacerse felices en este solo instante.

Sin embargo, esta eternidad subsiste, y la muerte que ha de iniciarla y que les amenaza en todo momento ha de colocarles infaliblemente dentro de poco tiempo en la horrible necesidad de ser eternamente o aniquilados o desgraciados, sin que sepan cuál de estas dos eternidades les está preparada para siempre.

He aquí una duda de terribles consecuencias. Se hallan en

el peligro de la eternidad de miserias; y, como si la cosa no valiera la pena, descuidan, a propósito de ella, examinar si es una de estas opiniones que el pueblo recibe con facilidad demasiado crédula, o de aquellas que, por ser oscuras en sí mismas, tienen un fundamento muy sólido aunque escondido. Y así no saben si hay verdad o falsedad en una cosa ni si hay fuerza o flaqueza en las pruebas. Las tienen delante de los ojos; se niegan a mirarlas, y en esta ignorancia toman el partido de hacer todo lo necesario para caer en esta desgracia, en el caso de que exista, de aguardar a la muerte para probar si existe, y de hallarse, sin embargo, sumamente satisfechos en este estado, de hacer profesión de él y de vanagloriarse en él. ¿Puede pensarse seriamente en la importancia de este negocio sin tener horror de una conducta tan extravagante?

Este reposo en esta ignorancia es cosa monstruosa, cuya extravagancia y estupidez hay que hacer sentir a los que pasan su vida en ella, representándosela a ellos mismos, para confundirles con la visión de su locura. Porque he aquí cómo razonan los hombres cuando dicen vivir en esta ignorancia de lo que son y sin buscar esclarecimientos. «No sé», dicen...

224. ¡Cómo odio estas tonterías de no creer en la Eucaristía, etc.!... Si el Evangelio es verdad, si Jesucristo es Dios, ¿qué dificultad hay en ello?

225. El ateísmo denota un espíritu fuerte, pero solamente hasta cierto punto.

226. Los impíos, que hacen profesión de seguir la razón, deben estar extrañamente fuertes en razón. ¿Qué dicen, pues? «¿No vemos -dicen- morir y vivir a los animales y a los turcos como a los cristianos? Tienen sus ceremonias, sus profetas, sus doctores, sus santos, sus religiosos, como nosotros», etc. (¿Es esto contrario a la Escritura? ¿No dice ella todo esto?)

Si no os preocupáis más de saber la verdad, esto es

bastante para quedaros en paz. Pero si deseáis con todo vuestro corazón conocerla, no es bastante; mirad los detalles. Bastaría para una cuestión de filosofía; pero aquí se juega todo. Y, sin embargo, después de una ligera reflexión de esta índole irá a divertirse, etc. Infórmese de si esta misma religión no da razón de esta oscuridad; tal vez ella nos la enseñe.

229. He aquí lo que veo y lo que me perturba. Miro a todas partes y en todas no veo sino oscuridad. La naturaleza no me ofrece nada que no sea materia de duda y de inquietud. Si no viera en ella nada que denotara una divinidad, me determinaría por la negativa; si viera por doquier señales de un Creador, descansaría en paz en la fe. Pero como veo demasiado para negar y demasiado poco para estar seguro, me encuentro en un estado lamentable y en el cual he deseado cien veces que si un Dios la sostiene, lo señale sin equívoco, y que si las señales que de ello da son engañosas, las suprima completamente; que la naturaleza diga todo o nada, a fin de que yo vea el partido que debo seguir. Mientras que en el estado en que me encuentro, ignorando lo que soy y lo que debo hacer, no conozco ni mi condición ni mi deber. Mi corazón tiende todo entero a conocer dónde está el verdadero bien para seguirlo; nada me sería tan caro para la eternidad.

Envidio a los que veo en la fe viviendo con tanta negligencia, y que usan tan mal de un don del que me parece que yo haría un uso tan distinto.

233. INFINITO. NADA. -Nuestra alma está arrojada en el cuerpo, en el cual encuentra número, tiempo, dimensiones. Razona sobre ello y llama a esto naturaleza, necesidad, y no puede creer otra cosa.

La unidad unida al infinito no lo acrecienta en nada, no más que un pie a una medida infinita. Lo finito se aniquila en presencia de lo infinito y se convierte en pura nada. Así, nuestro espíritu ante Dios; así, nuestra justicia ante la justicia divina. No hay desproporción tan grande entre nuestra justicia y la de Dios, entre la unidad y el

infinito.

La justicia de Dios tiene que ser tan enorme como su misericordia. Ahora bien: la justicia respecto de los réprobos es menos enorme y debe chocar menos que la misericordia respecto de los elegidos.

Conocemos que hay un infinito e ignoramos su naturaleza. Como sabemos que es falso que los números sean finitos, por tanto es verdad que hay un infinito en número. Pero no sabemos lo que es: es falso que sea par, es falso que sea impar; porque añadiéndole la unidad no cambia de naturaleza; sin embargo, es un número, y todo número es par o impar (es verdad que esto se refiere a todo número finito). Así puede perfectamente ser conocido que hay un Dios sin saber lo que es.

¿No hay una verdad sustancial, viendo tantas cosas que no son la verdad misma?

Conocemos, pues, la existencia y la naturaleza de lo finito, porque somos finitos y extensos como él. Conocemos la existencia del infinito e ignoramos su naturaleza, porque tiene extensión como nosotros, pero no fronteras como nosotros. Pero no conocemos la existencia ni la naturaleza de Dios, porque no tiene ni extensión ni límite.

Pero conocemos su existencia por la fe; por la gloria conoceremos su naturaleza. Ahora bien: he mostrado ya que se puede conocer perfectamente la existencia de una cosa sin conocer su naturaleza.

Hablemos ahora según la luz natural.

Si hay un Dios, es infinitamente incomprensible, puesto que no teniendo ni partes ni límites, no tiene proporción ninguna con nosotros; somos, pues, incapaces de conocer ni

lo que es ni si es. Esto supuesto, ¿quién intentará resolver esta cuestión? No nosotros, que no somos proporcionados a Él.

¿Quién acusará, pues, a los cristianos de no poder dar razón de su creencia, ellos que profesan una religión de la que no pueden dar razón? Exponiéndola al mundo, declaran que es una estupidez, stultitiam; ¡y os quejáis luego de que no la prueben! Si la probaran, no tendrían palabras: careciendo de pruebas es como no carecen de sentido.

-Sí; pero aunque esto excuse a los que la ofrecen, y les ponga al abrigo de la censura de producirla sin razón, esto no excusa a los que la reciben.

-Examinemos, pues, este punto y digamos: «Dios, o es, o no es.» ¿Hacia qué lado nos inclinaremos? La razón no puede determinarlo: hay un caos infinito que nos separa. En la extremidad de esta distancia infinita se está jugando un juego en el que saldrá cara o cruz. ¿Qué os apostáis? Por razón no podéis hacer ni lo uno ni lo otro; por razón no podéis impedir ninguno de los dos. No recriminéis, pues, de falsedad a los que han elegido, porque no sabéis nada.

-No; pero les recriminaré de haber hecho, no esta lección, sino una elección; porque, aunque el que se decida por la cruz y el otro hayan cometido igual falta, ambos están en falta: lo justo es no apostar.

-Sí; pero hay que apostar; esto no es voluntario; estáis embarcados. ¿Por cuál os decidiréis, pues? Veamos. Puesto que hay que elegir, veamos que es lo que nos interesa menos. Tenéis dos cosas que perder: la verdad y el bien, y dos cosas que comprometer: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra felicidad; y vuestra naturaleza tiene dos cosas de que huir: el error y la miseria. Vuestra razón no queda más herida al elegir lo uno que lo otro, puesto que, necesariamente, hay que elegir. He aquí un punto resuelto. Pero ¿vuestra felicidad? Pesemos la ganancia y la pérdida, tomando como cruz que

Dios existe. Estimemos estos dos casos: si ganáis, ganáis todo; si perdéis, no perdéis nada. Optad, pues, porque exista sin vacilar.

-Esto es admirable. Sí, hay que comprometer; pero tal vez comprometo demasiado.

-Veamos. Puesto que hay el mismo riesgo de ganancia y de pérdida, si no tuvierais sino que ganar dos vidas por una, podríais todavía comprometer algo; pero si hubiera tres que ganar, haría falta jugar (puesto que estáis en la necesidad de jugar), y seríais imprudentes si, estando forzados a jugar, no aventurarais vuestra vida para ganar tres en un juego en que hay igual azar de pérdida o de ganancia. Pero hay una eternidad de vida y de felicidad. Y siendo así, aun cuando hubiera una infinidad de casualidades, de las cuales una sola pudiera ser la vuestra, tendríais todavía razón en comprometer una para tener dos, y obraríais insensatamente si, obligados a jugar, rehusarais jugar una vida contra tres en un juego en el que, entre infinitas casualidades, hay para vosotros una, si hay una infinidad de vida infinitamente feliz que ganar. Y aquí hay una infinidad de vida feliz que ganar, un azar de ganancia contra un número finito de azares de pérdida, y lo que hagáis es finito. Esto decide toda la partida: dondequiera intervenga el infinito, y en que no haya infinidad de posibilidades de pérdida contra la de ganancia, no hay vacilación posible. Hay que darlo todo. Y por esto, cuando se está obligado a jugar, hay que renunciar a la razón para conservar la vida, antes que arriesgarla por la ganancia infinita, tan presta a llegar como la pérdida de la nada. Porque de nada sirve decir que es incierto si se va a ganar, y que es cierto que se juega, y que la infinita distancia existente entre la «certidumbre» de lo que se expone y la «incertidumbre» de lo que se va a ganar, iguala el bien finito, que se expone ciertamente, con el infinito, que es incierto. Esto no es así. Todo jugador aventura con certidumbre para ganar con incertidumbre; y, sin embargo, aventura ciertamente lo finito para ganar inciertamente lo finito, sin pecar contra la razón. No hay infinidad de distancia entre esta certeza de lo que se expone y la incertidumbre de la ganancia; esto es falso. Hay, es verdad, infinidad entre la incertidumbre de ganar y la certidumbre de perder; pero la incertidumbre de ganar es proporcional a la certidumbre de lo que se

arriesga, según la proporción de los azares de ganancia y de pérdida. Y de aquí viene que, si hay igual azar de un lado que de otro, hay que jugar la partida igual contra igual; y entonces la certidumbre de lo que se expone es igual a la incertidumbre de la ganancia: tan lejos está de ser infinitamente distancia. Y así, nuestra proposición tiene una fuerza infinita cuando hay que aventurar lo finito en un juego en que hay iguales posibilidades de ganancia que de pérdida y en que se puede ganar el infinito. Esto es demostrativo; y si los hombres son capaces de alguna verdad, ésta es una.

-Lo confieso, lo reconozco. Pero ¿no hay posibilidad de ver la trama del juego?

-Sí, la Escritura y el resto, etc.

-Sí; pero tengo las manos atadas y la boca enmudecida; se me fuerza a apostar, no se me deja en libertad; no se me deja, y estoy hecho de tal manera, que no puedo creer. ¿Qué queréis que haga?

-Es verdad. Pero daos cuenta, por lo menos, de vuestra incapacidad de creer, puesto que la razón os conduce a ello y que, sin embargo, no podéis creer. Trabajad, pues, no en convenceros aumentando las pruebas de Dios, sino disminuyendo vuestras pasiones. Queréis llegar a la fe y no conocéis el camino; queréis curaros de la infidelidad y solicitáis el remedio: aprended de quienes han estado atados como vosotros y que ahora ponen en juego todo lo que tienen; son gentes que conocen este camino que quisierais seguir, y que están curadas de un mal de que queréis curaros. Seguid la manera como han comenzado; haciéndolo todo como si creyeran, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc. Naturalmente, hasta esto os hará creer y os embrutecerá.

-Pero esto es lo que temo.

-¿Y por qué? ¿Qué vais a perder? Pero, para mostraros que esto es conducente, considerar que esto disminuirá las pasiones, que son vuestros grandes obstáculos.

FIN DE ESTE DISCURSO. -¿Qué mal os va a sobrevenir al tomar este partido? Seréis fiel, honrado, humilde, agradecido, bienhechor, amigo sincero y verdadero. Es verdad que no estaréis entre placeres apestados, entre gloria, entre delicias; pero ¿no tendréis otras? Os digo que con ello ganaréis esta vida; y que cada paso que deis por este camino veréis tanta certidumbre de ganancia y que es tan nada lo que arriesgáis, que reconoceréis finalmente que habéis apostado por una cosa cierta, infinita, por la cual no habéis dado nada.

-¡Oh!, este discurso me transporta, me arrebatata, etc.

-Si este discurso os agrada y os parece sólido, sabed que lo hace un hombre que se prosternó de rodillas antes y después de él, para rogar a este ser infinito y sin partes, al cual somete todo lo suyo, que someta también lo vuestro para vuestro propio bien y para la gloria suya; y que de esta manera la fuerza concuerde con esta bajeza.

234. Si no debiera hacer nada sino por lo cierto, no debiera hacerse nada por la religión, porque no es cierta. Pero ¡cuántas cosas no se hacen por lo incierto: los viajes en el mar, las batallas!... Digo, pues, que no podría hacerse nada por nada, porque nada es cierto; y que hay más certidumbre en la religión que de que veremos el día de mañana: porque no es seguro que veamos el mañana, pero es seguramente posible que no lo veamos. No puede decirse lo mismo de la religión. No es cierto que sea; pero ¿quién se atreverá a decir que es ciertamente posible que no sea? Ahora bien: el trabajar para mañana, y por lo incierto, es obrar razonablemente; porque hay que trabajar por lo incierto, en virtud de las reglas del juego que están demostradas.

San Agustín ha visto que se trabaja por lo incierto en el

mar, en las batallas, etc.; pero no ha visto las reglas del juego, que demuestran que debe hacerse así. Montaigne ha visto que un espíritu manco ofende, y que la costumbre lo puede todo; pero no ha visto la razón de este efecto.

Todas estas personas han visto los efectos, pero no han visto las causas; son, respecto de quienes han descubierto las causas como aquellos que no tienen sino ojos respecto de quienes tienen espíritu; porque los efectos son como sensibles, y las causas son visibles solamente para el espíritu. Y aunque estos efectos se vean por el espíritu, este espíritu es, respecto del espíritu que ve las causas, lo que los sentidos corporales respecto del espíritu.

242. PREFACIO DE LA SEGUNDA PARTE. -Hablar de los que han tratado de esta materia.

Admiro con qué audacia estas personas intentan hablar de Dios. Dirigiendo sus razonamientos a los impíos, su primer capítulo es probar la divinidad por las obras de la naturaleza. No me sorprendería de su empresa si dirigieran sus razonamientos a los fieles, porque es cierto que los que tienen la fe viva en el corazón, ven inmediatamente que todo cuanto es no es sino obra del Dios a quien adoran. Pero aquellos en quienes esta luz se ha extinguido, y en los cuales se intenta hacerla revivir, estas personas destituidas de fe y de gracia, que buscan con todas sus luces todo lo que en la naturaleza pueda llevarles a este conocimiento, no encontrándose en oscuridad y tinieblas; decir a estas personas que no tienen más que ver la menor de las cosas que les rodea y que verán a Dios manifiestamente, y darles, por toda prueba de tema tan magno e importante, el curso de la Luna y de los planetas, y pretender haber terminado su demostración con semejante razonamiento, es darle a pensar que las pruebas de nuestra religión son muy flojas; y veo por razón y por experiencia que nada hay más apto para hacer brotar el desprecio de aquéllas.

No es ésta la manera como la Escritura, que conoce mejor las cosas de Dios, habla de ellas. Dice, por el contrario,

que Dios es un Dios escondido; y que desde la corrupción de la naturaleza les ha dejado en una ceguera de que no podrán salir sino por Jesucristo, fuera del cual no existe comunicación ninguna con Dios: «nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare».

Es lo que la Escritura da a entender cuando dice en tantos pasajes que los que buscan a Dios lo encuentran.

No es de esta luz de la que se dice: «como el día en pleno mediodía». No se dice que los que buscan el día en pleno mediodía, o el agua en el mar, los encontrarán; y por esto es menester que la evidencia de Dios no sea tal en la naturaleza. Por esto nos dice en otro pasaje: «vere tu es Deus absconditus».

243. Es cosa admirable el que ningún autor canónico se haya servido jamás de la naturaleza para probar a Dios. Todos tienden a hacer creer en Él. David, Salomón, etc., jamás dijeron: «No hay vacío, luego hay un Dios.» Hacía falta que fuesen más hábiles que los más hábiles que han venido después, y que todos se sirven de la naturaleza. Es cosa ésta digna de consideración.

245. Hay tres medios de creer: la razón, la costumbre, la inspiración. La religión cristiana, única que tiene la razón, no admite como verdaderos hijos suyos a quienes creen sin inspiración; no es que excluya la razón y la costumbre, al contrario; pero hay que abrir su espíritu a las pruebas, confirmarse en ellas por la costumbre, ofrecerse por las humillaciones a las inspiraciones, únicas que pueden producir el verdadero y saludable efecto: «ne evacuetor crux Christi».

248. CARTA QUE INDICA LA UTILIDAD DE LAS PRUEBAS POR LA MÁQUINA. -La fe es diferente de la prueba: la una es humana, la otra es un don de Dios. «Justus ex fide vivit»: de esta fe que Dios mismo deposita en su corazón, cuyo instrumento es muchas veces la prueba «fides ex auditu»; pero esta fe está en el corazón y hace decir, no «scio»,

sino «credo».

250. Hace falta que lo exterior se una a lo interior para obtener algo de Dios; es decir, hay que ponerse de rodillas, rezar con los labios, etc., a fin de que el hombre orgulloso que no ha querido someterse a Dios esté ahora sometido a la criatura. Esperar el socorro del exterior es ser supersticioso; no querer unirlo a lo interior es ser soberbio.

251. Las demás religiones, como las paganas, son más populares porque existen en el exterior; pero no son para las gentes hábiles. Una religión puramente intelectual sería más adecuada para los hábiles, pero no serviría para el pueblo. La religión cristiana es la única adecuada para todos, por ser una mezcla de exterior e interior. Eleva al pueblo a lo interior y rebaja a los soberbios a lo exterior; no es perfecta sin ambas cosas, porque hace falta que el pueblo entienda el espíritu de la letra y que los hábiles sometan su espíritu a la letra.

252. Pero hay que desengañarse: tenemos tanto de autómeta como de espíritu; y de aquí viene que el instrumento por el cual se produce la persuasión no sea únicamente la demostración. ¡Qué pocas cosas demostradas hay! Las pruebas no convencen más que al espíritu. La costumbre hace que nuestras pruebas sean las más fuertes y las más creídas; inclina al autómeta que arrastra al espíritu sin pensar en ello. ¿Quién ha demostrado que mañana amanecerá y que no moriremos? ¿Y hay, sin embargo, nada más creído? ¿Es, pues, la costumbre la que nos persuade de ello; es ella la que produce tantos cristianos, ella la que hace turcos, paganos, oficiales, soldados? (En los cristianos hay, además, sobre los turcos, la fe recibida del bautismo.) Finalmente, hay que recurrir a ella cuando el espíritu ha visto una vez dónde está la verdad, a fin de abreviar en ella, y asirnos a esta creencia, que nos escapa en todo momento; porque es demasiado trabajo tener siempre presentes sus pruebas. Hay que adquirir una creencia más fácil, la del hábito, que sin violencia, sin arte, sin argumento, nos hace creer en las cosas, inclina todas nuestras potencias hacia esta creencia, de suerte que nuestra alma caiga en ella naturalmente. Cuando no se cree

sino por la fuerza de la convicción y el autómeta está inclinado a creer lo contrario, no es bastante. Hay que hacer creer, pues, a nuestras dos piezas: al espíritu, por las razones, que basta con haber visto una vez en su vida, y al autómeta, por la costumbre, no permitiéndole que se incline hacia lo contrario. «Inclina cor meum, Deus.»

La razón actúa con lentitud, y con tantos miramientos, apoyada sobre tantos principios, que es preciso tener siempre presentes, que se embota o se pierde en todo instante, si no tiene siempre presentes todos sus principios. El sentimiento no actúa así: actúa instantáneamente, y está siempre presto a actuar. Hay que colocar, pues, nuestra fe en el sentimiento; de otro modo, será siempre vacilante.

256. Hay pocos cristianos verdaderos, incluso para la fe. Hay muchos que creen, pero por superstición; hay muchos que no creen, pero por libertinaje; pocos que están entre los dos.

257. No hay más que tres clases de personas: unas que sirven a Dios, habiéndole encontrado; otras que trabajan en buscarle, sin haberlo encontrado; otras que viven sin buscarle ni haberlo encontrado. Los primeros son sensatos y felices; los últimos, locos y desgraciados; los del medio, desgraciados y sensatos.

Se ocultan en la multitud e invocan en su ayuda al número. Tumulto.

LA AUTORIDAD. -Tan lejos se está de que el haber oído decir una cosa sea regla de conducta, que no debéis creer nada sin colocaros previamente en un estado como si no lo hubierais oído antes.

Quien os debe hacer creer es el consentimiento de vosotros con vosotros mismos, y la voz constante de vuestra razón.

¡Creerla es tan importante! Cien contradicciones serían verdaderas.

Si la antigüedad fuera la regla de la creencia, los antiguos ¿carecieron entonces de regla? Sin el consentimiento general, ¿entonces no habría regla si todos los hombres perecieran?

Falsa humildad, orgullo.

Levantad el telón. Todo en vano; si hay que creer, o negar o dudar. ¿Careceremos, pues, de regla? Pensamos de los animales que hacen bien lo que hacen. ¿No habrá una regla para juzgar hombres?

Negar, creer y dudar bien son al hombre lo que el correr al caballo.

Castigo de los que pecan, error.

261. Los que no aman la verdad pretextan para negarla la multitud de los que la niegan. Y así su error no procede sino de que no aman la verdad o la caridad; y así carecen de excusa.

262. Superstición y concupiscencia. Escrúpulos, malos deseos. Temor malo: temor, no el que procede de que se cree en Dios, sino de que se duda de si es o no. El buen temor proviene de la fe, el falso proviene de la duda. El buen temor, unido a la esperanza, porque nace de la fe y porque se espera en el Dios en quien se cree; el malo, unido a la desesperación, porque se teme al Dios en quien no se tiene fe. Los unos temen perderlo, los otros encontrarlo.

263. «Un milagro, se nos dice, fortalecería mi creencia.» Esto se dice cuando se ha visto. Razones que, vistas de lejos, parecen limitar nuestra vista, pero que cuando se ha llegado, se empieza a ver todavía más allá. Nada detiene la volubilidad de nuestro espíritu. No hay, se dice, regla que no tenga excepciones ni verdad tan general que no falle por algún aspecto. Basta que no sea absolutamente universal; para darnos motivo de aplicar la excepción al caso presente y decir: «Esto no es siempre verdad; luego hay casos en que esto no acontece.» Ya no queda sino mostrar que éste es uno de ellos; faena para la que se es muy torpe o muy desgraciado si no se encuentra alguna claridad.

264. No nos aburrirnos de comer y dormir todos los días, porque el hambre y el sueño renacen; sin ello, nos aburriríamos. Así, sin el hambre de cosas espirituales, se aburre uno de ellas. Hambre de justicia: octava bienaventuranza.

267. El último paso de la razón es reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan; es flaca si no llega hasta conocer esto.

Si las cosas naturales sobrepasan a la razón, ¿qué será de las sobrenaturales?

268. SUMISIÓN. -Hay que saber dudar donde es necesario, aseverar donde es necesario, sometiéndose donde es necesario. Quien no lo hace no escucha la fuerza de la razón. Los hay que pecan contra estos principios, o bien aseverándolo todo como demostrativo, por no entender de demostraciones; o bien dudando de todo, por no saber dónde hay que someterse; o bien sometiéndose a todo, por no saber dónde hay que juzgar.

269. Sumisión es uso de la razón, en lo que consiste el verdadero cristianismo.

273. Si se somete todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misteriosa y de sobrenatural. Si se tropieza contra los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula.

277. El corazón tiene razones que la razón no conoce. Se sabe esto en mil cosas. Yo digo que el corazón ama naturalmente el ser universal, y se ama naturalmente a sí mismo, en la medida que se entrega; se endurece contra el uno o contra el otro a su antojo. Habéis rechazado lo uno y conservado lo otro, ¿es que os amáis por razón?

278. Es el corazón quien siente a Dios, y no la razón. Esto es lo que es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón.

279. La fe es un don de Dios; no penséis que decimos que es un don de razonamiento. Las otras religiones no dicen esto de su fe; para llegar a ellas, no daban sino el razonamiento, que, sin embargo, no conduce a ella.

282. Conocemos la verdad, no solamente por la razón, sino también por el corazón; de esta segunda manera es como conocemos los primeros principios, y es inútil que el razonamiento, que no tiene parte en ello, trate de combatirlos. Los pirronianos, que no tienen sino este objeto, trabajan inútilmente. Sabemos que no soñamos; cualquiera que sea la impotencia en que nos encontremos para probarlo por razón, esta importancia no implica sino la flaqueza de nuestra razón, y no la incertidumbre de todos nuestros conocimientos, como pretenden ellos. Porque el conocimiento de los principios primeros, tales como el que hay espacio, movimiento, números, es tan firme o más que el que nos confieren todos nuestros razonamientos. Y es menester que la razón se apoye sobre estos conocimientos del corazón y del instinto, y que fundamente en ellos todo su discurso. (El corazón siente que hay tres dimensiones en el espacio, y que los números son infinitos; y la razón demuestra después que no hay dos números cuadrados tales que el uno sea el doble del otro. Los principios se sienten, las proposiciones se concluyen; y el todo con certeza, aunque por vías diferentes.) Y es tan inútil y

ridículo que la razón pida al corazón pruebas de sus primeros principios, para poder asentir a ellos, como lo sería que el corazón pidiera a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que demuestra, para querer recibirlas.

Esta impotencia no debe servir, pues, sino para humillar a la razón, que quisiera juzgar de todo, pero no para combatir nuestra certeza como si no hubiese más que la razón capaz de instruirnos. ¡Pluguiera a Dios, por el contrario, que jamás tuviéramos necesidad de ella y que conociésemos todas las cosas por instinto y por sentimientos! Pero la naturaleza nos ha negado este bien; por el contrario, no nos ha dado sino muy pocos conocimientos de esta suerte; todos los demás no pueden adquirirse sino por razonamiento.

Y por esto, aquellos a quien Dios ha dado la religión por sentimiento del corazón, son muy felices y están muy legítimamente persuadidos. Pero a quienes no la tienen no podemos dársela sino por razonamiento, esperando que Dios se la dé por sentimiento de corazón, sin lo cual la fe no será sino humana e inútil para la salvación.

283. EL ORDEN. CONTRA LA OBJECCIÓN DE QUE LA ESCRITURA NO TIENE ORDEN. -El corazón tiene su orden; el espíritu tiene el suyo, que es por principio y demostración; el corazón tiene otro. No se prueba que se debe ser amado exponiendo con orden las causas del amor: sería ridículo.

Jesucristo, San Pablo, tienen el orden de la caridad, no del espíritu; porque querían encender, no instruir. Lo mismo San Agustín. Este orden consiste principalmente en la digresión sobre cada punto que se relaciona con el fin, para mostrarlo siempre.

285. La religión está proporcionada a toda suerte de espíritus. Los primeros se detienen en su simple establecimiento; y esta religión es tal que su simple establecimiento es suficiente para probar su verdad. Los

otros llegan hasta los apóstoles. Los más instruidos van hasta el comienzo del mundo. Los ángeles la ven todavía mejor, y desde más lejos.

286. Los que creen sin haber leído los Testamentos es porque tienen una disposición interior completamente santa, y porque concuerda con ella lo que oyen decir de nuestra religión. Sienten que un Dios les ha hecho; no quieren amar sino a Dios; no quieren odiar sino a sí mismos. Sienten que no tienen en sí mismos la fuerza para ello; que son incapaces de llegar a Dios, y que si Dios no viene a ellos, no pueden tener comunicación ninguna con Él. Oyen decir en nuestra religión que no hay que amar sino a Dios y odiarse a sí mismo; pero que, estando todos corrompidos y siendo incapaces de Dios, Dios se ha hecho hombre para unirse a todos. No hace falta más que persuadir a hombres que tienen esta disposición en el corazón y que tienen este conocimiento de su deber y de su incapacidad.

287. Los cristianos que vemos sin conocimiento de las profecías y de las pruebas no dejan de juzgar de éstas tan exactamente como quienes poseen este conocimiento. Juzgan de ellas por el corazón, como los otros juzgan por el espíritu. Es Dios mismo quien les inclina a creer; y por esto están muy eficazmente persuadidos.

Concedo que uno de estos cristianos que creen sin pruebas no tendrá tal vez que convencer a un infiel, que dirá otro tanto de sí mismo. Pero quienes conocen las pruebas de la religión probarán sin dificultad que este fiel está verdaderamente inspirado por Dios, aunque no pueda probarlo por sí mismo.

Porque como Dios ha dicho en sus profecías (que son indudablemente profecías), que en el reino de Jesucristo difundiría su espíritu sobre las naciones, y que los hijos, las hijas y los niños de la Iglesia profetizarían, no hay duda ninguna de que el espíritu de Dios está sobre aquéllas y no sobre los otros.

288. En lugar de quejarnos de que Dios se ha escondido, dadle gracias de que se haya descubierto tanto; y le daréis gracias también de que no se haya descubierto a los soberbios sabios, indignos de conocer un Dios tan santo.

Dos clases de personas conocen: las que tienen el corazón humillado y aman lo bajo, cualquiera que sea el grado de espíritu que tengan, alto o bajo; o las que tienen bastante espíritu para ver la verdad por grande que sea la oposición a ella.

289. PRUEBA. -1º. La religión cristiana, por su establecimiento, establecida por sí misma tan fuertemente, tan suavemente, a pesar de ser tan contraria a la naturaleza. 2º. La santidad, la elevación y la humildad de un alma cristiana. 3º. Las maravillas de la sagrada Escritura. 4º. Jesucristo en particular. 5º. Los apóstoles en particular. 6º. Moisés y los profetas en particular. 7º. El pueblo judío. 8º. Las profecías. 9º. La perpetuidad; ninguna religión tiene perpetuidad. 10º. La doctrina, que da razón de todo. 11º. La santidad de esta ley. 12º. Por la conducta del mundo.

Es indudable, después de esto, que no hay que negarse, considerando lo que es la vida y esta religión, a seguir la inclinación de seguirla, si brota en nuestro corazón; es seguro que no hay lugar para burlarse de quienes la siguen.

Sección IV

294. ... ¿Sobre qué se fundará la economía del mundo que quiere gobernar? ¿Será sobre el capricho de cada particular? ¡Qué confusión! ¿Será sobre la justicia? La ignora.

Con toda seguridad, si la hubiese conocido, no hubiera establecido esta máxima, la más general de todas las que corren entre los hombres: que cada uno siga las costumbres de su país; el brillo de la verdadera equidad habría subyugado a todos los pueblos, y los legisladores no habrían tomado como modelo, en lugar de esta justicia constante, las fantasías y los caprichos de los persas y de los alemanes. La veríamos implantada por todos los Estados del mundo y en todos los tiempos, en lugar de contemplar que nada hay justo o injusto que no cambie de cualidad cambiando de clima. Tres grados de elevación hacia el polo echan por tierra toda la jurisprudencia; un meridiano decide de la verdad; a los pocos años de ser poseídas, las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas; la entrada de Saturno en Leo nos indica el origen de tal crimen. ¡Valiente justicia la que está limitada por un río! Verdad aqueude el Pirineo, error allende.

Conceden que la justicia no se halla en estas costumbres, sino que reside en las leyes naturales conocidas en todo el país. Seguramente lo sostendrían tercamente, si la temeridad del azar, que ha sembrado las leyes humanas, hubiese encontrado por lo menos una que fuera universal; pero la broma es tal que el capricho de los hombres le ha diversificado tanto que no hay ninguna que lo sea.

El latrocinio, el incesto, el asesinato de hijos y de padres, todo ha sido reconocido entre las acciones virtuosas. ¿Puede haber nada más gracioso que el que un hombre tenga derecho de matarme porque viva allende el vado y su príncipe esté querellado con el mío, aunque yo no lo esté con él?

Hay sin duda leyes naturales; pero esta espléndida razón corrompida lo ha corrompido todo: «nihil amplius nostrum est; quod nostrum dicimus, artis est. Ex senatus consultis et plebliscitis crimina exercentur. Ut olim vitiis, sic nunc legibus laboramus».

A causa de esta confusión sucede que el uno dice que la esencia de la justicia es la autoridad del legislador; el

otro, la comodidad del soberano; el otro, la costumbre presente, y es lo más seguro: nada es justo en sí según la sola razón; todo vacila con el tiempo. La costumbre constituye toda la equidad, sin más razón que la de ser recibida; es el fundamento místico de su autoridad. Quien la refiere a su principio, la aniquila. Nada tan falso como estas leyes que rectifican las faltas; quien obedece a ellas porque son justas, obedece a la justicia que imagina, pero no a la esencia de la ley: está toda ella reconcentrada en sí; es la ley y nada más. Quien quiera examinar su motivo, lo encontrará tan débil y ligero que, si no está acostumbrado a contemplar los prodigios de la imaginación humana, admirará el que un siglo le haya otorgado tanta pompa y reverencia. El arte de atacar, derrocar los Estados, consiste en conmover las costumbres establecidas, sondando hasta su fuente, para hacer ver su falta de autoridad y de justicia. Es menester, se dice, recurrir a las leyes fundamentales y primitivas del Estado, que una costumbre injusta ha abolido. Es un juego seguro para perderlo todo; nada será justo con esta balanza. Sin embargo, el pueblo presta fácilmente oídos a estos discursos. Sacude el yugo desde que lo reconocen; y los grandes se aprovechan de su ruina, y de la de estos curiosos examinadores de costumbres recibidas. Por esto es por lo que el más prudente de los legisladores decía que, para bien de los hombres, hay a menudo que deslumbrarles con trampa; y otro, buen político: «cum veritatem qua liberetur ignoret, expedit quod fallatur». Hay que evitar que sienta la verdad de la usurpación; se introdujo antaño sin razón, pero ahora ha llegado a ser razonable; es menester hacerla considerar como auténtica, eterna, y ocultar el comienzo, si se quiere que no acabe pronto.

303. La fuerza es la reina del mundo, y no la opinión. Pero la opinión es la que usa de la fuerza. Es la fuerza quien hace la opinión. La molición es hermosa, según nuestra opinión. ¿Por qué? Porque quien quiera bailar sobre la cuerda se quedará solo; yo haré hasta una cábala más fuerte, gentes que dirán que esto no es decente.

304. Las cuerdas que vinculan el respeto de los unos hacia los otros son, en general, cuerdas de necesidad; porque tiene que haberlas de diferentes grados, porque todos los hombres quieren dominar, y no todos, pero sí algunos lo

pueden.

Imaginemos, pues, que los veamos comenzando a formarse. Sin duda hay quienes se batirán hasta que la parte más fuerte oprima a la más débil, y hasta que, finalmente, haya un partido dominante. Pero una vez determinado esto, entonces los maestros, que no quieren que la guerra continúe, ordenan que la fuerza que está entre sus manos se traspase a su gusto: los unos la remiten a elección de los pueblos; los otros, a la sucesión de nacimiento, etc.

Y es aquí en donde la imaginación empieza a desempeñar su papel. Hasta aquí domina la fuerza: aquí es la fuerza la que por la imaginación se adscribe a un cierto partido: en Francia, los gentileshombres; en Suiza, los plebeyos, etc.

Estas cuerdas que anudan, pues, el respeto a tal o cual en particular, son cuerdas de imaginación.

307. El canciller es grave y va revestido de ornamentos porque su puesto es falso; y no el rey: tiene fuerza, le basta con imaginar. Los jueces, médicos, etc., no tienen más que imaginación.

308. La costumbre de ver a los reyes acompañados de guardias, de tambores, de oficiales, y de todo el aparato montado para llevar al respeto y al terror, hace que sus semblantes, cuando se hallan a veces solos y sin este acompañamiento, impriman en sus sujetos el respeto y el terror, porque no se separa en el pensamiento sus personas y su séquito, que de ordinario se ven juntos. Y el mundo, que ignora que este efecto procede de esta costumbre, cree que procede de una fuerza natural; de aquí vienen estas palabras: «Su rostro va sellado con el carácter de la divinidad», etcétera.

311. El imperio fundado sobre la opinión y la imaginación reina durante algún tiempo, y este imperio es dulce y

voluntario; el de la fuerza reina siempre. Así, la opinión es como la reina del mundo, pero la fuerza es su tirana.

313. OPINIONES SANAS DEL PUEBLO. -El mayor de los males son las guerras civiles. Son seguras si se quieren recompensar los méritos, porque todos dirán que merecen. El mal que hay que temer de un estúpido que sucede por derecho de nacimiento no es ni tan grande ni tan seguro.

319. ¡Qué bien se hace en distinguir a los hombres por el exterior más que por las cualidades interiores! ¿Quién de nosotros dos pasará primero? ¿Quién cederá el puesto al otro? Pero yo soy tan hábil como él; tendremos que combatir por esto. Hay cuatro lacayos y yo no tengo más que uno: esto es visible; no hay más que contar, soy yo quien tengo que ceder y soy un estúpido si lo discuto. Hemos en paz por este procedimiento; lo cual es el mayor de los bienes.

320. Las cosas más insensatas del mundo llegan a ser las más razonables a causa del desarrollo de los hombres. ¿Qué menos razonable que elegir, para gobernar un Estado, al primer hijo de una reina? Para gobernar un navío no se elige al pasajero procedente de la mejor casa.

Esta ley sería ridícula e injusta; pero como lo es y lo será siempre, llega a ser razonable y justa, porque ¿a quién se elegirá como más virtuoso y como más hábil? Hemos aquí inmediatamente llegados a las manos, pues cada cual pretende ser éste el más virtuoso y éste el más hábil. Vinculemos, pues, esta cualidad a algo incontrovertible. Es el primogénito del rey; esto es claro y no hay discusión. La razón no puede obrar mejor, porque la guerra civil es el mayor de los males.

323. ¿Qué es el «yo»? Un hombre se pone a la ventana para ver los transeúntes; si yo paso por allí, ¿puedo decir que se puso a la ventana para verme? No; porque no piensa particularmente en mí; pero el que ama a alguien a causa de su belleza, ¿le ama? No: porque la viruela, que matará la belleza sin matar a la persona, hará que ya no le ame.

Y si se me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿se me ama «a mí»? No; porque puedo perder estas cualidades sin perderme a mí mismo. ¿Dónde está, pues, este «yo», si no está ni en el cuerpo ni en el alma? ¿Y cómo amar el cuerpo o el alma sino por estas cualidades, que no son lo que constituye el yo, puesto que son perecederas? Porque ¿se amaría la sustancia del alma de una persona abstractamente, cualesquiera fuesen las cualidades que tuviera? Esto no puede ser, y sería injusto. No se ama, pues, jamás a nadie, sino solamente a las cualidades.

No burlarse, pues, de los que se hacen honrar con cargas y puestos oficiales, porque no se ama a nadie sino por cualidades prestadas.

324. El pueblo tiene opiniones muy sanas, por ejemplo:

1º. Haber elegido el divertimiento y la caza más bien que la poesía. Los sabios a medias se burlan de ello y triunfan demostrando con ello la locura de la gente; pero, por una razón en la que ellos mismos no penetran, la gente tiene razón.

2º. Haber distinguido a los hombres por el exterior, como por la nobleza o el bien. El mundo triunfa también mostrando lo insensato que es esto; pero esto es perfectamente razonable (los caníbales se ríen de un niño rey).

3º. Sentirse ofendidos por haber recibido una bofetada o desear tanto la gloria. Pero ésta es perfectamente deseable, a causa de los demás bienes esenciales unidos a ella; y un hombre que ha recibido una bofetada sin guardar resentimiento, recibe un monte de injurias y de obligaciones que se le echan en cara.

4º. Trabajar por lo incierto; navegar en el mar; pasar por

encima de una tabla.

325. Montaigne se ha equivocado: la costumbre no debe ser seguida sino porque es costumbre, y no porque sea razonable o justa; pero el pueblo la sigue por la sencilla razón de que la cree justa. Si no, no la seguiría, aunque fuera costumbre; porque no se quiere estar sujeto más que a la razón o a la justicia. Sin ello, la costumbre pasaría por tiranía; pero el imperio de la razón y de la justicia no es menos tirano que el de la delectación: son los principios naturales del hombre.

Sería, pues, bueno que se obedezca a las leyes y a las costumbres porque son leyes; que se sepa que ninguna hay que introducir como verdadera y justa, que nada sabemos de esto, y que, por lo tanto, hay que seguir únicamente las leyes recibidas: por este procedimiento no se abandonarán nunca. Pero el pueblo no es susceptible de esta doctrina; y así como cree que la verdad puede encontrarse y que se halla en las leyes y en las costumbres, las cree y considera su antigüedad como una prueba de su verdad (y no ve su sola autoridad sin verdad). Así, las obedece; pero está sometido a rebelarse en cuanto se le muestre que no valen nada; lo cual puede hacerse ver de todas, considerándolas desde un cierto lado.

326. INJUSTICIA. -Es peligroso decir al pueblo que las leyes no son justas porque no obedece a ellas, sino porque las cree justas. Por esto hay que decir al mismo tiempo que hay que obedecerlas porque son leyes, como hay que obedecer a los superiores no porque son justos, sino porque son superiores. Con ello se previene toda sedición, si puede hacerse entender esto, que es propiamente la definición de la justicia.

327. El mundo juzga bien de las cosas porque se halla en la ignorancia natural, que es la verdadera sede del hombre. Las ciencias tienen dos extremos que se tocan. El primero es la pura ignorancia natural en que se encuentran todos los hombres al nacer. El otro, aquel a que llegan las almas grandes que, habiendo recorrido todo lo que los hombres

pueden saber, encuentran que no saben nada, y se encuentran en esa misma ignorancia de donde partieron; pero es una docta ignorancia que se conoce a sí misma. Aquellos que han salido de la ignorancia natural y no han podido llegar a la otra, tienen cierto barniz de esta ciencia suficiente y se hacen los entendidos. Perturban el mundo y juzgan mal de todo. El pueblo y los hábiles componen el tren del mundo; aquéllos lo desprecian y son despreciados. Juzgan mal de todo y el mundo juzga bien de ellos.

328. RAZÓN DE LOS EFECTOS. -Rotación continua del pro y del contra.

Hemos mostrado, pues, que el hombre es vano, por la estima en que tiene cosas que no son esenciales; y hemos destruido todas estas opiniones. Hemos mostrado después que todas estas opiniones son muy sanas, y que así, siendo muy fundadas todas estas vanidades, el pueblo no es tan vano como se dice; con lo cual hemos destruido la opinión que destruía la del pueblo.

Pero ahora hay que destruir esta última proposición, y mostrar que continúa siempre siendo verdad que el pueblo es vano, aunque sus opiniones sean sanas; porque no siente la verdad de ellas donde se halla, y colocándola donde no se halla, sus opiniones son siempre sumamente falsas y sumamente malsanas.

331. Uno no se imagina a Platón y a Aristóteles sino con sus grandes togas de pedantes. Eran gentes honradas, como todas las demás, que reían con sus amigos; y cuando se divirtieron en hacer sus Leyes y su Política, lo hicieron bromeando; es la parte menos filosófica y más seria de su vida; la más filosófica consistía en vivir sencilla y tranquilamente. Si escribieron de política, fue como para arreglar un hospital de locos; y si aparentaron hablar de ello como de una gran cosa, es que sabían que los locos a quienes se dirigían pensaban ser reyes y emperadores. Entraban en sus principios para moderar su locura lo mejor que se podía.

335. RAZÓN DE LOS EFECTOS. -Es verdad, por consiguiente, el decir que todo el mundo está sumido en ilusión: porque aunque las opiniones del pueblo sean sanas, no lo son en su cabeza, porque piensa que la verdad es o no es. La verdad está, efectivamente, en sus opiniones, pero no hasta el punto que ellos imaginan. Así, es verdad que hay que honrar a los gentileshombres, pero no porque el nacimiento sea una ventaja decisiva.

337. RAZÓN DE LOS EFECTOS. -Gradación. El pueblo honra a las personas de alta prosapia. Los medio hábiles las desprecian, diciendo que el nacimiento no es una cualidad de la persona, sino del azar. Los hábiles las honran, no por el pensamiento del pueblo, sino con segunda intención. Los devotos que tienen más celo que ciencia las desprecian a pesar de esta consideración que les hace ser honrados por los hábiles, porque juzgan de ello por una nueva luz que su piedad les otorga. Pero los cristianos perfectos les honran por una luz superior. Así se ve que las opiniones se suceden del pro al contra, según la luz que se tenga.

338. Los verdaderos cristianos obedecen, sin embargo, a las locuras; no que respeten las locuras, sino la orden de Dios, que, para castigo de los hombres, les ha sometido a estas locuras: «omnis creatura subjecta est vanitatem. Liberabitur». Así explica Santo Tomás el pasaje de Santiago sobre la preferencia de los ricos, que si no lo hacen con la vista puesta en Dios, salen del orden de la religión.

Sección V

340. La máquina de aritmética produce efectos más próximos al pensamiento que todo lo que hacen los animales; pero no hace nada que pueda hacer decir que tiene voluntad como los animales.

342. Si un animal hiciera por espíritu lo que hace por

instinto, y si hablara por espíritu lo que habla por instinto, para la caza y para advertir a sus camaradas que se ha encontrado o perdido la presa, hablaría también por cosas por las que tiene más afecto, como para decir: «Roed esta cuerda que me hace daño, y a la que no puedo llegar.»

344. Instinto y razón, nota de dos naturalezas.

346. El pensamiento constituye la grandeza del hombre.

347. El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para aplastarlo: un vapor, una gota de agua bastan para matarlo. Pero aun cuando el universo le aplastara, el hombre sería todavía más noble que lo que le mata, porque sabe que muere y lo que el universo tiene de ventaja sobre él; el universo no sabe nada de esto.

Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. Por aquí hemos de levantarnos, y no por el espacio y la duración que no podemos llenar. Trabajemos, pues, en pensar bien: he aquí el principio de la moral.

348. CAÑA PENSANTE. -No es en el espacio donde debo buscar mi dignidad, sino en el arreglo de mi pensamiento. No poseería más aunque poseyera tierras: por el espacio, el universo me comprende y me devora como un punto; por el pensamiento, yo lo comprendo.

352. Lo que puede la virtud del hombre no debe medirse por sus esfuerzos, sino por su estado ordinario.

354. La naturaleza del hombre no consiste siempre en ir; tiene sus idas y venidas.

La fiebre tiene sus escalofríos y sus ardores; y el frío muestra la magnitud del ardor de la fiebre tan bien como el calor mismo.

Las invenciones de los hombres, de siglo en siglo, proceden de esta misma suerte. La bondad y la malicia del mundo en general, lo mismo: «plerumque gratae principibus vices».

358. El hombre no es ni ángel ni bestia, y nuestra desgracia quiere que quien pretende hacer de ángel haga de bestia.

359. No nos sostenemos en la virtud por nuestra propia fuerza, sino por el contrapeso de dos vicios opuestos, como permanecemos de pie entre dos vientos contrarios: suprimid uno de estos vicios; caeremos en el otro.

366. El espíritu de este soberano juez del mundo no es tan independiente que no esté expuesto a ser perturbado por la primera algazara que se produzca a su alrededor. No hace falta el ruido del cañón para imposibilitar sus pensamientos: basta el ruido de una veleta o de una polea. No os asombréis si no discurre bien ahora: una mosca zumba en sus oídos: basta esto para hacerle incapaz de buen consejo. Si queréis que pueda encontrar la verdad, expulsad a este animal que mantiene en jaque a su razón y obnubila esta poderosa inteligencia que gobierna las ciudades y los reinos. ¡Mirad qué gracioso dios! «¡Oh ridicolosissimo eroe!»

367. El poder de las moscas: ganan batallas, impiden que nuestra alma obre, comen nuestro cuerpo.

374. Lo que más me asombra es ver que no todo el mundo está asombrado de su flaqueza. Se obra con seriedad y cada uno sigue su condición, no porque sea bueno, en efecto, seguirla, puesto que ésa es la moda, sino como si cada uno supiera ciertamente dónde está la razón y la justicia. Uno

se ve decepcionado en todo momento; y por una humildad chistosa se cree que es culpa suya y no del arte de cuya posesión se hace constantemente alarde. Pero es bueno que haya muchas de estas gentes en el mundo que no sean pirronianas, para gloria del pirronismo, a fin de mostrar que el hombre es muy capaz de las más extravagantes opiniones, puesto que es capaz de creer que se halla, por el contrario, en la sabiduría natural.

Nada fortifica más el pirronismo sino el que haya quienes no sean pirronianos: si todos lo fueran, no tendrían razón.

375. He pasado mucho tiempo de mi vida creyendo que había una justicia; y no me equivocaba; porque hay una, según Dios nos lo ha querido revelar. Pero yo no lo tomaba así, y me equivocaba en esto; porque creía que nuestra justicia era esencialmente justa, y que yo tenía con qué conocerla y juzgar de ella. Pero me he encontrado tantas veces falto de juicio recto, que he llegado finalmente a desconfiar de mí, y después de los demás. He visto que todos los países y hombres son mudables; y así, después de muchos cambios de juicio, concernientes a la verdadera justicia, he reconocido que nuestra naturaleza no era sino un continuo cambio, y desde entonces no he cambiado; y si cambiara, confirmaría mi opinión.

El pirroniano Argesilao, que se hace dogmático.

384. Contradicción es un mal indicio de verdad: muchas cosas ciertas se ven contradichas; muchas falsas pasan sin contradicción. Ni la contradicción es signo de falsedad, ni la incontradicción es signo de verdad.

385. PIRRONISMO. -Cada cosa es aquí verdadera en parte y falsa en parte. La verdad esencial no es así: es toda pureza y toda verdad. Esta mezcla la deshonra y la aniquila. Nada es puramente verdadero; y así, nada es verdadero, entendiéndolo como puramente verdadero. Se dirá que es verdad que el homicidio es malo; sí, porque conocemos bien lo malo y lo falso. Pero ¿qué se dirá que

sea bueno? ¿La castidad? Digo que no, porque el mundo acabaría. ¿El matrimonio? No: la continencia vale más. ¿No matar? No, porque los desórdenes serían horribles, y los malos matarían a todos los buenos. ¿Matar? No, porque esto destruye la naturaleza. No tenemos ni verdad ni bien sino en parte, y mezclado con mal y falsedad.

386. Si soñáramos todas las noches con la misma cosa, nos afectaría tanto como los objetos que vemos todos los días. Y si un artesano estuviera seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, creo que sería casi tan feliz como un rey que soñara durante todas las noches, durante doce horas, que es artesano.

Si soñáramos todas las noches que somos perseguidos por enemigos y agitados por estos penosos fantasmas, y si pasáramos todos los días con diversas ocupaciones, como cuando se hace un viaje, se sufriría tanto como si esto fuera verdadero y se tendría tanto miedo a dormir como el que se tiene a despertar cuando se teme estar, efectivamente, en semejantes desgracias. Y, en efecto, produciría esto poco más o menos los mismos males que la realidad.

Pero como los sueños son todos diferentes, y como uno mismo se diversifica, lo que se ve en ellos afecta mucho menos que lo que se ve durante la vigilia a causa de la continuidad, la cual no es, sin embargo, tan continua e igual que tampoco cambie, sino menos bruscamente, sino raras veces, como cuando se viaja; y entonces se dice: «Me parece que sueño»; porque la vida es un sueño un poco menos inconstante.

392. CONTRA EL PIRRONISMO. -... Es, pues, una cosa extraña que no puedan definirse estas cosas sin oscurecerlas; hablamos de ellas con completa seguridad. Suponemos que todos las conciben de la misma manera; pero lo suponemos muy gratuitamente, porque no tenemos prueba ninguna de ello. Veo perfectamente que se aplican estas palabras en iguales ocasiones, y que cada vez que dos hombres ven que un cuerpo cambia de sitio expresan ambos la visión de este

mismo objeto con la misma palabra, diciendo, el uno y el otro, que se ha movido; y de esta conformidad de aplicación se deduce una ingente conjetura relativa a una conformidad de ideas; pero esto no es absolutamente convincente, por una última convicción, aunque haya mucho que apostar por la afirmativa, puesto que se sabe que con frecuencia se deducen las mismas consecuencias de suposiciones diferentes.

Esto basta por lo menos para embrollar la materia, no que esto extinga absolutamente la claridad natural que nos cerciora de estas cosas; los académicos habrían apostado; pero la reblandece, y hace vacilar a los dogmáticos con gloria de la cábala pirrónica, que consiste en esta ambigua ambigüedad, y en una cierta oscuridad dudosa, cuya claridad no puede disipar completamente nuestras dudas, y cuyas tinieblas todas no pueden expulsar nuestras luces naturales.

395. INSTINTO. RAZÓN. -Tenemos una incapacidad de probar, invencible para todo dogmatismo. Tenemos una idea de la verdad, invencible para todo pirronismo.

399. No se es miserable sin sentimiento: una casa arruinada no lo es. Nada hay miserable sino el hombre. «Ego vir videns.»

408. El mal es fácil, hay una infinidad de males; el bien, casi único. Pero cierto género de mal es tan difícil de encontrar como eso que se llama el bien; muchas veces se hace pasar por bien de esta especie a este mal particular. Hace falta incluso una grandeza de alma extraordinaria para llegar a él, igual que para llegar al bien.

412. Guerra intestina del hombre contra la razón y las pasiones.

Si no hubiese más que la razón sin pasiones...

Si no hubiese más que pasiones sin razón...

Pero habiendo lo uno y lo otro, no se puede estar sin guerra, porque no se puede tener la paz con lo uno sin guerra con lo otro: así, el hombre está siempre dividido y es contrario de sí mismo.

413. Esta guerra interior de la razón contra las pasiones ha hecho que los que han querido tener paz se hayan dividido en dos sectas. Unos han querido renunciar a las pasiones y llegar a ser dioses; otros han querido renunciar a la razón y hacerse animales brutos. (Des Barreaux.) Pero no lo han podido ni los unos ni los otros; y permanece siempre la razón que acusa la bajeza y la injusticia de las pasiones y que altera el reposo de los que se abandonan a ellas; y las pasiones están siempre vivas en quienes quieren renunciar a ellas.

415. La naturaleza del hombre se considera de dos maneras: una, según su fin, y entonces es grande e incomparable; otra según su multitud, como se juzga de la naturaleza del caballo y del perro, por la multitud, viéndoles correr, «et animum arcendi»; y entonces el hombre es abyecto y vil. He aquí las dos vías que hacen juzgar de él diversamente y que hacen disputar tanto a los filósofos.

Porque el uno niega la suposición del otro; el uno dice: «No he nacido para este fin; porque todas sus acciones le repugnan»; el otro dice: «Se aleja de su fin cuando realiza estas acciones bajas.»

418. Es peligroso el hacer ver demasiado al hombre, cuán semejante es a los animales sin mostrarle su grandeza. Es también peligroso hacerle ver demasiado su grandeza sin su bajeza. Es más peligroso todavía dejarle que ignore lo uno y lo otro. Pero es muy provechoso representarle lo uno y lo otro.

Es preciso que el hombre no crea que es igual a los animales ni a los ángeles, y que no ignore ni lo uno ni lo otro, sino que sepa lo uno y lo otro.

423. CONTRARIIDADES. DESPUÉS DE HABER MOSTRADO LA BAJEZA Y LA GRANDEZA DEL HOMBRE. -Estímese ahora el hombre en su verdadero valor. Ámese, porque hay en él una naturaleza capaz de bien; pero que no por esto ame las bajezas que hay en ella. Despréciese, porque esta capacidad está vacía; pero que no por esto desprecie esta capacidad natural. Ódiese, ámese: hay en él la capacidad de conocer la verdad y de ser feliz; pero no hay verdad, o constante o satisfactoria.

Desearía, pues, llevar al hombre a desear encontrarla; a estar presto y desprendido de pasiones, para seguirla donde la encuentre, sabiendo cómo se oscurece su conocimiento por las pasiones; desearía que odiara en sí mismo la concupiscencia que le determina por sí misma, a fin de que no la ciegue para hacer la elección, y que no le detenga cuando haya elegido.

424. Todas estas contrariedades, que parecían ser lo que más me alejaban del conocimiento de la religión, son las que me han conducido más pronto a la verdadera.

Sección VI

425. SEGUNDA PARTE. QUE EL HOMBRE SIN FE NO PUEDE CONOCER EL VERDADERO BIEN NI LA JUSTICIA. -Todos los hombres buscan ser felices; esto no tiene excepción; por diferentes que sean los medios empleados, tienden todos a este fin. Lo que hace que unos vayan a la guerra y los otros no vayan, es este mismo deseo que hay en los dos, acompañado de diferentes puntos de vista. La voluntad jamás da el menor paso sino para este fin. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, incluso de aquellos que van a perderse.

Y, sin embargo, después de tantos años, nadie, jamás, ha llegado sin la fe a este punto al que todos se dirigen continuamente. Todos se lamentan: príncipes, súbditos; nobles, plebeyos; viejos, jóvenes; fuertes, débiles; sabios, ignorantes; sanos, enfermos; en todos los países, en todos los tiempos, en todas las edades y en toda condición.

Una experiencia tan larga, tan continua y tan uniforme debería convencernos de nuestra incapacidad de llegar al bien por nuestras fuerzas, pero el ejemplo nos enseña poco. Jamás es tan perfectamente semejante que no haya alguna delicada diferencia; y ella nos hace concebir la esperanza de que nuestra expectativa no se verá decepcionada en esta ocasión como en la otra. Y así como el presente no nos satisface jamás, la experiencia nos seduce, y de desgracia en desgracia nos lleva hasta la muerte, que es su colmo eterno.

¿Qué es, pues, lo que proclama esta avidez y esta impotencia, sino el que ha habido antaño en el hombre una verdadera felicidad, de la que no le queda ahora sino la señal y la huella vacía y que trata inútilmente de rellenar con todo lo que le rodea, buscando en las cosas ausentes el socorro que no obtiene en las presentes, pero que son, sin embargo, también incapaces, porque la sima infinita no puede llenarse más que por un objeto infinito e inmutable, es decir, por Dios mismo?

Sólo Él es su verdadero bien; y desde que lo ha abandonado es cosa extraña que no haya nada en la naturaleza que haya sido capaz de ocupar su puesto: astros, cielo, tierra, elementos, plantas, berzas, puerros, animales, insectos, terneras, serpientes, fiebres, peste, guerra, hambre, vicios, adulterio, incesto. Y desde que ha perdido el verdadero bien, todo puede parecerle igualmente tal, hasta su propia destrucción, aunque tan contraria a Dios, a la razón y a la naturaleza a la vez.

Los unos lo buscan en la autoridad, los otros en la curiosidad y en las ciencias, los otros en las

voluptuosidades. Otros, que se han acercado efectivamente más a él, han considerado que es necesario que el bien universal, que todos los hombres desean, no esté en ninguna de las cosas particulares que no pueden ser poseídas sino por uno solo, y que, estando distribuidas, afligen más a su posesor, por la falta de la parte de que carece, que lo que contentan, por el goce de la que le aportan. Han comprendido que el verdadero bien deber ser tal que todos puedan poseerlo a la vez, sin disminución y sin envidia, y que nadie pueda perderlo contra su voluntad. Y su razón es que, siendo este deseo natural al hombre, puesto que está necesariamente en todos, y no puede no tenerlo, concluyen de ello...

430. A PORT-ROYAL. (COMIENZO DESPUÉS DE HABER EXPLICADO LA INCOMPRESIBILIDAD.) -Las grandezas y las miserias del hombre son de tal manera visibles, que es absolutamente preciso que la verdadera religión nos enseñe que hay cierto gran principio de grandeza en el hombre, y que hay un gran principio de miseria. Hace falta, pues, que nos dé razón de estas sorprendentes contrariedades.

Para hacer al hombre feliz hace falta que le muestre que hay un Dios; que hay que amarle; que nuestra verdadera felicidad consiste en estar en Él, y nuestro único mal es estar separados de Él; que reconozca que estamos llenos de tinieblas que nos impiden conocerlo y amarlo; y que obligándonos así nuestros deberes a amar a Dios, y desviándonos de Él nuestras concupiscencias, estamos llenos de injusticia. Es preciso que ella nos dé razón de estas oposiciones que oponemos a Dios y a nuestro propio bien. Es menester que nos enseñe los remedios para estas impotencias y los medios de obtener estos remedios. Examínense sobre este punto todas las religiones del mundo y véase si hay alguna, fuera de la cristiana, que satisfaga a él.

¿Serán los filósofos los que nos propongan por todo bien los bienes que están en nosotros? ¿Está aquí el verdadero bien? ¿Dónde han encontrado el remedio a nuestros males? ¿Excusará la presunción del hombre el haberlo hecho igual a Dios? Los que nos han igualado con los animales, y los mahometanos que nos han dado los placeres de la tierra por todo el bien, incluso en la eternidad, ¿han aportado algún

remedio a nuestras concupiscencias? ¿Qué religión nos enseñará, pues, a curar el orgullo y la concupiscencia? ¿Qué religión, finalmente, nos enseñará nuestro bien, nuestros deberes, las flaquezas que nos separan de ellas, las causas de estas flaquezas, los remedios que pueden curarlas y el medio de obtener estos remedios?

Ninguna de las demás religiones del mundo lo ha podido. Veamos lo que hará la sabiduría de Dios.

«No esperéis, dice, ni verdad ni consolación de los hombres. Yo soy quien os ha formado y la única que puede enseñaros quién sois. Pero no os encontráis ahora en el estado en que yo os he formado. Yo he creado al hombre santo, inocente, perfecto, le he llenado de luz y de inteligencia; le he comunicado mi gloria y mis maravillas. El ojo del hombre veía entonces la majestad de Dios. No estaba entonces en las tinieblas que le ciegan, ni en la mortalidad, ni en las miserias que le afligen. Pero no ha podido sostener tanta gloria sin caer en la presunción. Ha querido hacerse centro de sí mismo e independiente de mi ayuda. Se ha sustraído a mi dominación; e igualándose a mí por el deseo de encontrar su felicidad en sí mismo, le he abandonado a sí mismo; y rebelando a las criaturas que le estaban sometidas, las he convertido en enemigas suyas: de suerte que hoy el hombre se ha hecho semejante a los animales, se halla en tal alejamiento de mí, que apenas le queda una confusa luz de su autor: ¡hasta tal punto se han extinguido o alterado todos sus conocimientos! Los sentidos, independientes de la razón, y con frecuencia dueños de la razón, le han arrastrado a la búsqueda de los placeres. Todas las criaturas, o le afligen, o le tientan y dominan sobre él, lo que constituye una dominación más terrible y más imperiosa.

»He aquí el estado en que se hallan hoy los hombres. Les queda cierto instinto impotente de felicidad de su primera naturaleza y están sumidos en las miserias de su ceguera y de su concupiscencia, que han convertido en su segunda naturaleza.

»Con este principio que yo os descubro podéis reconocer la causa de tantas contrariedades que han asombrado a todos los hombres, y que les han dividido en tan diversos sentires. Observad ahora todos los movimientos de grandeza y de gloria, que el padecimiento de tantas miserias no ha podido ahogar, y ved si su causa no debe verse en otra naturaleza.»

A PORT-ROYAL, PARA MAÑANA. (PROSOPOPEYA.) -En vano, ¡oh hombres!, buscáis en vosotros mismos el remedio a vuestras miserias. Todas vuestras luces no os pueden llevar sino a conocer que no es en vosotros mismos donde encontraréis la verdad ni el bien. Los filósofos os lo han prometido y no han podido cumplirlo. No saben ni cuál es vuestro verdadero bien ni cuál es vuestro verdadero estado. ¿Cómo hubieran podido dar remedios para vuestros males, ellos, que ni tan siquiera los han conocido? Vuestras principales enfermedades son el orgullo, que os arrebatada de Dios, y la concupiscencia, que os ata a la tierra; no han hecho otra cosa sino entretener, cuando menos, una de estas enfermedades. Si os han dado a Dios por objeto, no ha sido sino para ejercitar vuestra soberbia: os han hecho pensar que erais semejantes a Él y conformes con Él por vuestra naturaleza. Y quienes han visto la vanidad de esta pretensión os han arrojado en otro precipicio, dándoos a entender que vuestra naturaleza era semejante a la de los animales, y os han llevado a buscar vuestro bien en las concupiscencias, que son lo propio de los animales. No es éste el medio de curaros de vuestras injusticias, que estos sabios no han conocido. Sólo yo puedo haceros entender que estáis a...

Adán, Jesucristo.

Si se os une a Dios, es por gracia, no por naturaleza. Si se os rebaja, es por penitencia, no por naturaleza.

Así, esta doble capacidad...

No os halláis en el estado de vuestra creación.

Estando ya patentes estos dos estados, es imposible que no los reconozcáis. Seguid vuestros movimientos, observaos a vosotros mismos, y ved si no encontráis los caracteres vivientes de estas dos naturalezas.

¿Existirían tantas contradicciones en un sujeto simple?

Incomprensible. Nada de lo que es incomprensible deja por eso de ser. El número infinito, un espacio infinito, igual al finito.

Increíble que Dios se una a nosotros. Esta consideración no se obtiene sino por la visión de nuestra bajeza. Pero si la tenéis muy sincera, seguidla tan lejos como yo, y reconoced que estamos, en efecto, tan abajo, que somos por nosotros mismos incapaces de conocer si su misericordia no puede hacernos capaces de Él. Porque yo quisiera saber de dónde viene este animal que se reconoce tan flaco, tiene derecho a medir la misericordia de Dios y ponerle los límites que su fantasía le sugiere. Sabe tan poco lo que es Dios, que no sabe lo que es él mismo: ¡y completamente trastornado ante la visión de su propio estado, osa decir que Dios no puede hacerle capaz de su comunicación! Pero yo quisiera preguntarle si Dios pide de él otra cosa sino que conociéndole le ame, y por qué cree que Dios no puede hacerse cognoscible y amable para él, puesto que es naturalmente capaz de amor y de conocimiento. No hay duda de que, por lo menos, conoce que existe, y que ama algo. Por tanto, si ve algo en las tinieblas en que se halla, y si encuentra algún objeto de amor entre las cosas de la tierra, ¿por qué, si Dios le da algunos rayos de su esencia, no será capaz de conocerle y de amarle a la manera que le plazca comunicarse a nosotros? Hay, pues, sin duda, una insoportable presunción en esta clase de razonamientos, aunque parezcan fundados en una aparente humildad, que no es ni sincera ni razonable si no nos hace confesar que, no sabiendo por nosotros mismos quiénes somos, no podemos aprenderlo sino de Dios.

No quiero decir que sometáis vuestra creencia a mí sin

razón, y no pretendo someteros con tiranía. No pretendo tampoco daros razón de todo, y para poner de acuerdo estas contrariedades, pretendo haceros ver claramente, por pruebas convincentes, señales divinas de mí que os convenzan de quién soy y me concedan autoridad por maravillas y pruebas que no podréis rechazar; y que después creáis sin... las cosas que yo os enseño, aunque no encontrarais motivo ninguno para rechazarlas, sino el que no podáis conocer por vosotros mismos si son o no son.

Dios ha querido rescatar a los hombres y patentizar la salvación a quienes la buscan. Pero los hombres se han hecho tan indignos de ello, que es justo que Dios rechace a algunos, a causa de su endurecimiento, lo que concede a los otros por una misericordia que no les es debida. Si hubiese querido superar la obstinación de los más endurecidos, no hubiera podido, descubriéndose tan manifiestamente a ellos, que no hubieran podido dudar de la verdad de su esencia; como aparecerá en el último día, con tal brillo de rayos y una tal revolución de la naturaleza, que los muertos resucitarán y los más ciegos le verán.

No es de esta manera como ha querido aparecer en su advenimiento de dulzura; porque hay tantos hombres que se hacen indignos de su clemencia, ha querido dejarles en la privación de un bien que no quieren. No era, pues, justo que apareciese de una manera manifiestamente divina y absolutamente capaz de convencer a todos los hombres; pero tampoco era justo que viniera de una manera tan escondida que no pudiera ser reconocido por quienes le buscaran sencillamente. Ha querido hacerse perfectamente cognoscible para éstos; y así, queriendo aparecer al descubierto a quienes le buscan de todo su corazón, y escondido a todos los que le huyen de todo su corazón, tempera su conocimiento, de suerte que ha dado señales visibles de sí a los que le buscan, y no a los que no le buscan. Tiene luz bastante para los que no desean sino verle, y oscuridad bastante para quienes tienen una disposición contraria.

432. El pirronismo es la verdad; porque, después de todo, los hombres, antes de Jesucristo, no sabían dónde estaban ni si eran grandes o pequeños. Y los que han dicho lo uno o lo otro, no sabían una palabra y adivinaban sin razón y por

azar: incluso erraban siempre al excluir lo uno o lo otro.

«Quod ergo ignorantes, quaeritis, religio anuntiat vobis.»

433. DESPUÉS DE HABER ENTENDIDO TODA LA NATURALEZA DEL HOMBRE. -Para que una religión sea verdadera hace falta que haya conocido nuestra naturaleza. Debe haber conocido la grandeza y la pequeñez, y la razón de la una y de la otra. ¿Quién sino la cristiana la ha conocido?

434. Las principales fuerzas de los pirronianos -dejo de lado las menores- son: que no poseemos certidumbre ninguna de la verdad de estos principios, fuera de la fe y de la revelación, sino en que los sentimos naturalmente en nosotros; ahora bien: este sentimiento natural no es una prueba convincente de su verdad, puesto que no teniendo certeza, fuera de la fe, de si el hombre está creado por un Dios bueno, por un demonio malo, o a la aventura, se halla en duda de si estos principios nos están dados como verdaderos, o como falsos, o como inciertos, según nuestro origen. Además que nadie tenga seguridad, fuera de la fe, de si está despierto o duerme, visto que durante el sueño se cree estar despierto con la misma firmeza que despierto; se creen ver espacios, figuras, movimientos; se siente transcurrir el tiempo, se le mide, y, finalmente, se obra igual que despierto; de suerte que, como la mitad de la vida se pasa durmiendo, un estado en que por propia confesión, a pesar de lo que pueda parecernos, no tenemos idea ninguna de lo verdadero, siendo entonces ilusiones todos nuestros sentimientos, ¿quién sabe si esta otra mitad de la vida en que creemos velar no es otro sueño algo diferente del primero, del que nos despertamos cuando creemos dormir?

¿Y quién duda de que, si se soñara en compañía, y por casualidad los sueños concordaran, cosa bastante ordinaria, y que se velara en soledad, no se creerían las cosas invertidas? Finalmente, como muchas veces se sueña que se sueña, amontonando un sueño sobre otro, la vida misma no es sino un sueño, sobre el cual se acumulan los otros y del que nos despertamos con la muerte, y durante la cual

tenemos tan poco los principios de la verdad y del bien como durante el sueño natural; no siendo tal vez estos diferentes pensamientos los que nos agitan sino ilusiones semejantes al fluir del tiempo y a las vanas fantasías de nuestros sueños.

He aquí las principales fuerzas de uno y otro lado.

Dejo aparte las menores, como los discursos de los pirronianos contra la costumbre, la educación, las costumbres de un país, y demás cosas parecidas, las cuales, a pesar de que arrastran a la mayoría de los hombres corrientes, que no dogmatizan sino con estos vanos fundamentos, caen por tierra ante el menor soplo de los pirronianos. Basta con ver sus libros, si no se está convencido; muy pronto se llegará a estarlo; tal vez demasiado pronto.

Me detengo en el único fuerte de los dogmáticos, a saber, que hablando de buena fe y sinceramente, no puede dudarse de los principios naturales.

A lo cual oponen los pirronianos en una sola palabra la incertidumbre de nuestro origen, que encierra también la de nuestra naturaleza; a lo cual los dogmáticos están todavía por responder desde que el mundo existe.

He aquí la guerra abierta entre los hombres, en la cual es preciso que cada uno tome partido, y se adscriba necesariamente al dogmatismo o al pirronismo; porque quien intente permanecer neutral será pirroniano por excelencia. Esta neutralidad es la esencia de la cábala: quien no está contra ellos está excelentemente por ellos (en lo cual aparece su ventaja). No están por ellos mismos; son neutros, indiferentes, están suspensos ante todo, sin exceptuarse a sí mismos.

¿Qué hará, pues, el hombre en este estado? ¿Dudará de todo?

¿Dudará de si vela, si se le pincha, si se le quema?
¿Dudará de si duda? ¿Dudará de si es? No se puede llegar hasta aquí; y establezco el hecho de que nunca ha habido, efectivamente, ningún perfecto pirroniano. La naturaleza sostiene a la razón impotente, y le impide extravagar hasta ese punto.

¿Dirá, pues, por el contrario, que posee ciertamente la verdad, él, que a poco que se le apure no puede mostrar título ninguno de verdad y se ve obligado a abandonar la presa?

¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y excrecencia del universo.

¿Quién desenredará este lío? La naturaleza confunde a los pirrónicos, y la razón confunde a los dogmáticos. ¿Qué será, pues, de vosotros, hombres que buscáis cuál es vuestra verdadera condición por vuestra razón natural? No podéis huir de una de estas sectas ni subsistir en ninguna.

Reconoced, pues, soberbios, qué paradoja sois para vosotros mismos. Humillaos, razón impotente; callad, naturaleza imbécil: sabed que el hombre supera infinitamente al hombre y escuchad de vuestro maestro vuestra verdadera condición, que ignoráis. Escuchad a Dios.

Porque, en fin, si el hombre jamás hubiese estado corrompido, gozaría de su inocencia, de la verdad y felicidad con seguridad. Y si el hombre jamás hubiese estado más que corrompido, no tendría idea ninguna de la verdad ni de la beatitud. Pero, desgraciados de nosotros, y más que si no tuviésemos grandeza ninguna en nuestra condición, tenemos una idea de la felicidad, y no podemos llegar a ella; sentimos una imagen de la verdad y no poseemos sino la mentira; incapaces de ignorar absolutamente y de saber, ciertamente. ¡Tan manifiesto es

que hemos estado en un grado de perfección del que desgraciadamente hemos caído!

Cosa sorprendente, sin embargo, que el misterio más alejado de nuestro conocimiento, el de la transmisión del pecado, sea una cosa sin la cual no podemos tener conocimiento ninguno de nosotros mismos. Porque no hay duda de que nada choca más a nuestra razón que decir que el pecado del primer hombre haya hecho culpables a los que, estando tan alejados de esta fuente, parecen incapaces de participar de ella. Esta corriente, no solamente nos parece imposible, sino hasta sumamente injusta; porque ¿qué hay de más contrario a las reglas de nuestra miserable justicia que condenar eternamente a un niño incapaz de voluntad por un pecado en que parece haber tenido tan poca parte y que fue cometido seis mil años antes de que viera el ser? Ciertamente, nada nos repele más fuertemente que esta doctrina; y, sin embargo, sin este misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles a nosotros mismos. El nudo de nuestra condición se anuda en este abismo; de suerte que el hombre es más inconcebible sin este misterio que lo que este misterio es inconcebible para el hombre.

De donde parece que Dios, queriendo hacernos ininteligible a nosotros mismos la dificultad de nuestro ser, ha escondido su nudo tan en alto, o, por mejor decir, tan abajo, que seríamos incapaces de llegar a él; de suerte que no es con las soberbias agitaciones de nuestra razón, sino con la simple sumisión de la razón, con lo que verdaderamente podemos conocernos.

Estos fundamentos sólidamente establecidos sobre la autoridad inviolable de la religión nos hacen conocer que hay dos verdades de fe igualmente constantes: una, que el hombre, en el estado de la creación o en el de la gracia, está levantado por encima de toda la naturaleza, hecho como semejante a Dios y participando de su divinidad; la otra, que en el estado de corrupción y de pecado, es un ser caído de este estado y hecho semejante a los animales.

Estas dos proposiciones son igualmente firmes y ciertas. La escritura nos lo declara manifiestamente cuando dice en algunos lugares: «Deliciae meae esse cum filiis hominum. Effundam spiritum meum super omnem carnem. Dii estis», etcétera, y dice en otros lugares: «Omnis caro foedum. Homo assimilatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. Dixi in corde meo de filiis hominum» (Eclesiastés, II).

Por donde se ve claramente que el hombre por la gracia está hecho como semejante a Dios y partícipe de su divinidad, y que sin la gracia es como semejante a los brutos.

435. Sin estos divinos conocimientos, ¿qué hubieran podido hacer los hombres, sino elevarse en el sentimiento interior que les queda de su pasada grandeza o hundirse ante la visión de su presente flaqueza? Porque no viendo la verdad entera, no han podido llegar a una perfecta virtud. Los unos por considerar a la naturaleza como incorrupta, los otros como irreparable, no han podido evitar el orgullo o la pereza, que son las dos fuentes de todos los vicios, puesto que, si no, no pueden más que abandonarse por cobardía o erguirse por orgullo. Porque si conocían la excelencia del hombre, ignoraban la corrupción; de suerte que evitaban ciertamente la pereza, pero se perdían en la soberbia; y si reconocían la flaqueza de la naturaleza, ignoraban su dignidad: de suerte que podían evitar la vanidad, pero precipitándose en la desesperación. De aquí vienen las diversas sectas de los estoicos y de los epicúreos, de los dogmáticos y de los académicos, etc.

Sólo la religión cristiana ha podido curar estos dos vicios, no expulsando el uno por el otro, por la sabiduría de la tierra, sino expulsando el uno y el otro por la simplicidad del Evangelio. Porque enseña a los justos, que eleva hasta la participación de la divinidad misma, que en este sublime estado llevan todavía la fuente de toda la corrupción, que durante toda la vida les hace aptos al error, a la miseria, a la muerte, al pecado; y predica a los impíos que son capaces de la gracia de su Redentor. Así, haciendo temblar a los que justifica, y consolando a los que condena, tempera con tanta exactitud el temor con la esperanza, por esta doble capacidad, común a todos, de

la gracia y del pecado, que rebaja infinitamente más que lo puede hacer la sola razón, pero sin desesperación; y eleva infinitamente el orgullo de la naturaleza, pero sin hinchazón: haciendo ver con ello que, siendo la única que está exenta de error y de vicio, sólo a ella incumbe instruir y corregir a los hombres.

¿Quién puede negarse, pues, a creer y a adorar estas luces celestiales? Pues ¿no es más claro que el día que sentimos en nosotros mismos caracteres indelebles de excelencia? ¿Y no es igualmente verdadero que experimentamos en todo momento los efectos de nuestra deplorable condición? ¿Qué es, pues, lo que proclama este caos y esta confusión monstruosa, sino la verdad de estos dos estados, con una voz tan potente que es imposible resistir?

442. La verdadera naturaleza del hombre, su verdadero bien, la verdadera virtud y la verdadera religión son cosas cuyo conocimiento es inseparable.

445. El pecado original es locura para los hombres, pero se le presenta como tal. Por consiguiente, no debéis reprocharme la falta de razón de esa doctrina, puesto que yo la presento como siendo sin razón. Pero esta locura es más sabia que toda la sabiduría de los hombres, «sapientius est hominibus». Porque sin esto, ¿qué se dirá que es el hombre? Todo su estado depende de este punto imperceptible. ¿Y cómo se apercibió de él por su razón, puesto que es una cosa contra la razón, y que su razón, lejos de inventarla por sus vías, se aleja de ellas cuando se le presenta?

455. El «yo» es odioso: -Vos, Milton, lo encubristis, pero no por esto lo elimináis; sois, pues, siempre odioso. -No, porque al proceder, como procedemos, cortésmente con todo el mundo, no hay motivo para odiarnos. -Esto sería verdad si en el «yo» no se odiara más que el disgusto que nos produce. Pero si lo odio porque es injusto, porque se erige en centro de todo, lo odiaré siempre.

En una palabra, el «yo» tiene dos cualidades: es injusto en

sí, por hacerse centro de todo; es incómodo para los demás, porque quiere someterlos; porque cada «yo» es el enemigo y quisiera ser el tirano de todos los demás. Vos elimináis la incomodidad, pero no la injusticia; y así no lo hacéis amable a quienes odian su injusticia: no lo hacéis amable sino para los injustos que no encuentran en él su enemigo, y permanecéis así injusto y no podéis agradar sino a los injustos.

458. Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, o concupiscencia de los ojos, o bien orgullo de la vida: «libido sentiendi, libido sciendi, libido dominandi». ¡Desgraciada la tierra de maldición que estos tres ríos de fuego abrasan más que riegan! Bienaventurados los que estando sobre estos ríos no sumergidos, no arrastrados, sino inmóviles, sino firmes; no de pie, sino sentados en un asiento bajo y seguro del que no se levantan antes de la luz, sino después de haber reposado en paz, tienden la mano a quien tiene que levantarles para mantenerles en pie y firmes en los porches de la santa Jerusalén, donde el orgullo no podrá ya combatirles y derribarles; y que, sin embargo, lloran, ¡no de ver que pasan todas las cosas perecederas que los torrentes arrastran, sino al recuerdo de su querida patria, de la Jerusalén celestial, de la que se acuerdan sin cesar en la longitud de su destierro!

460. «Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo», etc. Hay tres órdenes de cosas: la carne, el espíritu, la voluntad. Los carnales son los ricos, los reyes: tienen por objeto el cuerpo. Los curiosos y los doctos tienen por objeto el espíritu. Los sabios tienen por objeto la justicia.

Dios debe reinar sobre todo y todo debe referirse a él. En las cosas de la carne reina propiamente la concupiscencia; en las espirituales, propiamente la curiosidad; en la sabiduría, propiamente el orgullo. No es que no se pueda gloriarse de los bienes o de los conocimientos, pero no es lugar del orgullo; porque, concediendo a un hombre que es docto, no se dejará de convencerle que se equivoca siendo soberbio. El lugar propio de la soberbia es la sabiduría: porque no se puede conceder a un hombre que se ha hecho sabio y se equivoca al gloriarse; porque esto es de

justicia. Así, sólo Dios da la sabiduría; y es por lo cual «qui gloriatur, in Domino gloriatur».

461. Las tres concupiscencias han constituido tres sectas, y los filósofos no han hecho sino seguir a una de las tres concupiscencias.

463. (CONTRA LOS FILÓSOFOS QUE TIENEN A DIOS SIN JESUCRISTO.)

FILÓSOFOS. -Creen que sólo Dios es digno de ser amado y de ser admirado y han deseado ser amados y admirados por los hombres; no conocen su corrupción. Si se sienten llenos de sentimientos para amarle y adorarle y si encuentran en ello su principal goce, si se estiman como buenos, en hora buena. Pero si se encuentran repugnantes, si no tienen más inclinación que la de quererse colocar en la estima de los hombres, y que por toda perfección lo único que hacen es que, sin forzar a los hombres, les hagan encontrar la felicidad y amarles, diré que esta percepción es horrible. ¡Cómo! Han conocido a Dios y no han deseado únicamente que los hombres le amaran, sino que los hombres se detuvieran en ellos; han querido ser el objeto de la felicidad voluntaria de los hombres.

464. FILÓSOFOS. -Estamos llenos de cosas que nos arrojan al exterior.

Nuestro instinto nos hace sentir que hay que buscar nuestra felicidad fuera de nosotros. Nuestras pasiones nos empujan hacia fuera, incluso si no se ofrecieran objetos para excitarlas. Los objetos de fuera nos tientan por sí mismos y nos llaman, aun cuando no pensemos en ellos. Y así los filósofos podrán decir: «Recogeos en vosotros mismos, ahí encontraréis vuestro bien.» No se les cree; y los que creen en ellos son los más vacíos y los más estúpidos.

468. Ninguna otra religión ha propuesto odiarse. Ninguna

otra religión puede agradar, pues, a quienes se odian y buscan un ser verdaderamente amable. Y éstos, aunque jamás hubieran oído hablar de la religión de un Dios humillado, la abrazarían incontinenti.

470. «Si hubiera visto un milagro, dicen, me convertiría.» ¿Cómo aseguran que harían lo que ignoran? Se imaginan que esta conversión consiste en una adoración que se hace de Dios como un comercio y una conversión tal como ellos se la figuran. La conversión verdadera consiste en aniquilarse ante este Ser universal al que tantas veces se ha irritado y que legítimamente puede perderos en todo instante; en reconocer que no se puede nada sin Él y que no se ha merecido de Él sino la desgracia. Consiste en conocer que hay una invencible oposición entre Dios y nosotros, y que sin un mediador no puede haber comercio con él.

475. Si los pies y las manos tuvieran una voluntad particular, jamás estarían en orden, sino sometiendo esta voluntad particular a la voluntad primera que gobierna al cuerpo entero. Fuera de ello están en desorden y en desgracia; pero al no querer sino el bien del cuerpo realizan su propio bien.

477. Es falso que seamos dignos de que los demás nos amen; es injusto que lo queramos. Si naciéramos razonables e indiferentes y conociéndonos a nosotros y a los demás, no imprimiríamos esta inclinación a nuestra voluntad. Nacemos, sin embargo, con ella; nacemos, pues, injustos, porque todo tiende a sí. Esto va contra todo orden: hay que tender a lo general; y la inclinación hacia sí mismo es el comienzo de todo desorden, en guerra, en política, en economía, en el cuerpo particular del hombre. La voluntad está, pues, depravada.

Si los miembros de las comunidades naturales y civiles tienden al bien del cuerpo, las comunidades mismas deben tender a otro cuerpo más general del cual son miembros. Hay que tender, pues, a lo general. Nacemos, pues, injustos y depravados.

479. Si hay un Dios, no hay que amarle sino a Él, y no a las criaturas pasajeras. El razonamiento de los impíos en la «Sabiduría» no está fundado sino en que no hay Dios. «Esto supuesto, dicen, gocemos, pues, de las criaturas.» Es el peor de los casos. Pero si hubiese un Dios a quien amar, no hubieran concluido esto, sino más bien lo contrario. Y es la conclusión de los sabios: «Hay un Dios: no gocemos, pues, de las criaturas.»

Por consiguiente, todo lo que nos incita a apegarnos a las criaturas es malo, porque esto nos impide servir a Dios, si le conocemos, o buscarle si le ignoramos. Ahora bien: estamos llenos de concupiscencia; por tanto, estamos llenos de mal; por tanto, debemos odiarnos a nosotros mismos y a todo lo que nos incita a otros vínculos distintos del solo Dios.

481. Los ejemplos de las muertes generosas de lacedemonios y de otros no nos conmueven. Porque ¿qué es lo que esto nos trae? Pero el ejemplo de la muerte de los mártires nos conmueve; porque son «nuestros miembros». Tenemos un vínculo común con ellos: su resolución puede formar la nuestra; no solamente por el ejemplo, sino porque tal vez ha merecido la nuestra. Nada de esto existe en los ejemplos de los paganos: no tenemos conexión con ellos, como tampoco se hace uno rico por ver que lo es un extraño, sino al ver que lo son su padre o su marido.

483. Ser miembro es no tener vida, ser y movimiento más que por el espíritu del cuerpo y para el cuerpo.

El miembro separado, al no ver ya el cuerpo a que pertenece, no tiene sino un ser perecedero y moribundo. Sin embargo, cree ser un todo, y no viendo cuerpo de que dependa, cree no depender sino de sí, y quiere hacerse a su vez centro y cuerpo. Pero no teniendo en sí principio de vida, no hace sino perderse, y se asombra de la incertidumbre de su ser, sintiendo ciertamente que no es cuerpo, y no viendo, sin embargo, que sea miembro de un cuerpo. Finalmente, cuando llega a conocerse, está como vuelto al hogar, y no se ama ya sino por el cuerpo. Lamenta

sus desvíos pasados.

Por su naturaleza no podría amar otra cosa sino para sí mismo y para someterla, porque cada cosa se ama más que todo. Pero amando al cuerpo se ama a sí mismo, porque no tiene ser sino en él, por él y para él: «qui adhaeret Deo unus spiritus est».

El cuerpo ama a la mano; la mano, si tuviera una voluntad, debiera amarse de la misma manera que ama el alma. Todo amor que va más allá es injusto.

«Adhaerens Deo unus spiritus est.» Uno se ama a sí mismo, porque se es miembro de Jesucristo. Se ama a Jesucristo porque es el cuerpo de que se es miembro. Todo es uno: el uno está en el otro, como las tres Personas.

491. La verdadera religión debe tener como nota obligar a amar a su Dios. Esto es muy justo, y sin embargo, ninguna lo ha ordenado; la nuestra lo ha hecho. Tiene que haber conocido también la concupiscencia y la impotencia; la nuestra lo ha hecho. Debe haber traído remedios para ellas; uno es la oración. Ninguna religión ha pedido a Dios amarle y seguirle.

497. CONTRA LOS QUE CONFIANDO EN LA MISERICORDIA DE DIOS PERMANECEN EN ABANDONO, SIN HACER BUENAS OBRAS. -Como las dos fuentes de nuestros pecados son el orgullo y la pereza, Dios nos ha descubierto dos cualidades en Él para curarlas: su misericordia y su justicia. Lo propio de la justicia es derribar el orgullo, por santas que sean las obras, «et non intres in iudicium», etc.; y lo propio de la misericordia es combatir la pereza exhortando a las buenas obras, según este pasaje: «La misericordia de Dios invita a la penitencia», y este otro de los ninivitas: «Hagamos penitencia, para ver si por ventura se apiadará de nosotros.» Y así tan lejos está la misericordia de autorizar el relajamiento, que, por el contrario, es la cualidad que le combate formalmente; de suerte que, en lugar de decir: «Si no hubiese misericordia en Dios, haría

falta realizar toda clase de esfuerzos por la virtud», hay que decir, por el contrario, que porque hay misericordia en Dios, hay que realizar toda suerte de esfuerzos.

498. Es verdad que es penoso entrar en la piedad. Pero esta pena no procede de la piedad que comienza a existir en nosotros, sino de la impiedad que todavía queda. Si nuestros sentidos no se opusieran a la penitencia, y si nuestra corrupción no se opusiera a la pureza de Dios, no habría en esto nada penoso para nosotros. No sufrimos sino en la medida en que el vicio, que nos es natural, resiste a la gracia sobrenatural; nuestro corazón se siente desgarrado entre esfuerzos contrarios; pero sería muy injusto achacar esta violencia a Dios, que nos atrae, en lugar de atribuirla al mundo, que nos repele. Es como un niño a quien su madre arranca de los brazos de los ladrones, que debe amar en la pena que padece la violencia amorosa y legítima de aquella que le procura libertad, y no detestar sino la violencia impetuosa y tiránica de los que le retienen injustamente. La guerra más cruel que Dios puede hacer a los hombres en esta vida es dejarles sin esta guerra que ha venido a traer. «He venido a traer la guerra», dice; y para instruirle en esta guerra: «He venido a traer el hierro y el fuego.» Antes de él el mundo vivía en esta falsa paz.

499. OBRAS EXTERIORES. -Nada hay tan peligroso como lo que agrada a Dios y a los hombres; porque los estados que agradan a Dios y a los hombres tienen una cosa que agrada a Dios y otra que agrada a los hombres; como la grandeza de Santa Teresa: lo que agrada a Dios es su profunda humildad en sus revelaciones; lo que agrada a los hombres son sus luces. Y así se matan por imitar sus discursos, creyendo que imitan su estado; y no por amar lo que Dios ama, y por colocarse en el estado que Dios ama.

Vale más no ayunar y ser por ello humillado, que ayunar y complacerse en ello. Fariseo, publicano.

¿De qué me serviría acordarme de ello, si esto puede igualmente servirme y perjudicarme, y si todo depende de la

bendición de Dios, que no la da sino a las cosas hechas por él, y según sus reglas y en sus caminos, siendo así la manera tan importante como la cosa, y tal vez más importante, puesto que Dios puede del mal sacar el bien, y sin Dios se saca del bien el mal?

502. Abrahán no tomó nada para sí, sino solamente para sus servidores; así, el justo no toma nada para sí del mundo, ni de los aplausos del mundo; sino solamente para sus pasiones, de las que se sirve como señor, diciendo a una: vete y ven. «Sub te erit appetitus tuo.» Sus pasiones, dominadas así, son sus virtudes: la avaricia, la envidia, la cólera, Dios mismo se las atribuye, y son tan virtudes como la clemencia, la piedad, la constancia, que son también pasiones. Hay que servirse de ellas como de esclavos, y dejándoles su alimento, impedir que el alma se nutra de ellas; porque cuando las pasiones son dueñas, son vicios, y entonces dan al alma su alimento, y el alma se nutre de ellas y se envenena con ellas.

519. Juan, VIII: Multi crediderunt in eum. Dicebat ergo Jesús: «Si manseritis... vere mei discipulis eritis, et veritas liberabit vos.» Responderunt: «Semen Abrahae sumus, et nemini servimus unquam.» Hay mucha diferencia entre los discípulos y los «verdaderos» discípulos. Se les reconoce diciéndoles que la verdad les hará libres: porque si responden que son libres y que en ellos está el salir de la esclavitud del diablo, son ciertamente discípulos, pero no verdaderos discípulos.

520. La ley no ha destruido la naturaleza; pero la ha instruido; la gracia no ha destruido la ley; pero hace cumplirla. La fe recibida en el bautismo es la fuente de toda la vida de los cristianos y de los conversos.

521. La gracia estará siempre en el mundo -y también la naturaleza-, de suerte que, en cierta manera, es natural. Y así habrá siempre pelagianos, y siempre católicos, y siempre combate; porque el primer nacimiento produce a los unos, y la gracia del segundo nacimiento produce a los otros.

523. Toda la fe consiste en Jesucristo y en Adán; y toda la moral, en la concupiscencia y en la gracia.

525. Los filósofos no prescribían sentimientos proporcionados a los dos estados.

Inspiraban movimiento de grandeza pura, y no es el estado del hombre.

Inspiraban movimientos de bajeza pura, y no es el estado del hombre.

Hacen falta movimientos de bajeza, no de naturaleza, sino de penitencia; no para permanecer en ellos, sino para marchar hacia la grandeza. Hacen falta movimientos de grandeza, no de méritos, sino de gracia, y después de haber pasado por la bajeza.

527. El conocimiento de Dios sin el de su miseria hace el orgullo. El conocimiento de su miseria sin el de Dios constituye el punto medio, porque encontramos en Él a Dios y a nuestra miseria.

534. No hay más que dos clases de hombres: los unos justos, y que se creen pecadores; los otros pecadores, que se creen justos.

537. El cristianismo es extraño. Ordena al hombre reconocer que es vil y hasta abominable, y le ordena querer ser semejante a Dios. Sin tal contrapeso, esta elevación le haría horriblemente vano, o este rebajamiento le haría terriblemente abyecto.

539. ¿Qué diferencia hay entre un soldado y un cartujo en

cuanto a la obediencia? Porque son igualmente obedientes y dependientes y en ejercicios igualmente penosos. Pero el soldado espera siempre llegar a ser señor, y no llega a serlo jamás, porque hasta los capitanes y príncipes son siempre esclavos y dependientes; pero lo espera siempre, y trabaja por lograrlo; mientras que el cartujo hace voto de no ser nunca más que dependiente. Así, no difieren en la esclavitud perpetua, que ambos poseen siempre, sino en la esperanza, que el uno tiene siempre y el otro jamás.

543. PREFACIO. -Las pruebas metafísicas de Dios están alejadas del razonamiento de los hombres y son tan embrolladas que impresionan poco. Y aun cuando ello sirviera para algunos, no serviría sino en el instante de la demostración, pero una hora después tienen miedo de haberse equivocado.

«Quod curiositate cognoverunt superbia amiserunt.»

Es lo que produce el conocimiento de Dios que se obtiene sin Jesucristo, que consiste en comunicar sin mediador con el Dios que se ha conocido sin mediador. Al paso que los que han conocido a Dios por mediador, conocen su miseria.

545. Jesucristo no hace más que enseñar a los hombres que se amen a sí mismos, que eran esclavos, ciegos, enfermos, desgraciados y pecadores; que hacía falta que Él les liberara, iluminara, beatificara y curara; que esto se realizaría odiándose a sí mismos, y siguiéndole por la miseria y la muerte en la cruz.

547. No conocemos a Dios sino por Jesucristo. Sin este mediador queda suprimida toda comunicación con Dios; por Jesucristo conocemos a Dios. Todos los que han pretendido conocer a Dios y probarle sin Jesucristo no tenían sino pruebas incapaces. Pero para probar a Jesucristo tenemos las profecías, que son pruebas sólidas y palpables. Y estas profecías, como se han cumplido y se ha comprobado que eran verdaderas por lo que ha sucedido, denotan la certidumbre de estas verdades y al mismo tiempo la prueba de la

divinidad de Jesucristo. En Él y por Él conocemos, pues, a Dios. Fuera de Él y sin la Escritura, sin el pecado original, sin mediador necesario, prometido y llegado, no se puede probar absolutamente a Dios, ni enseñar buena doctrina ni buena moral. Pero por Jesucristo y en Jesucristo se prueba a Dios, y se enseña la moral y la doctrina. Jesucristo es, pues, el verdadero Dios de los hombres.

Pero conocemos al mismo tiempo nuestra miseria porque este Dios no es otra cosa que el reparador de nuestra miseria. Así, no podemos conocer bien a Dios sino conociendo nuestras iniquidades. Por esto los que han conocido a Dios sin conocer su miseria no le han glorificado, sino que con ello se han glorificado.« Quia..., non cognovit per sapientiam..., placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facerem.»

548. No solamente no conocemos a Dios sino por Jesucristo, sino que tampoco nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo. No conocemos la vida, la muerte, sino por Jesucristo. Fuera de Jesucristo, no sabemos lo que es ni nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos.

Así, sin la Escritura, que no tiene por objeto más que Jesucristo, no conocemos nada y no vemos nada más que oscuridad y confusión en la naturaleza de Dios y en la propia naturaleza.

553. MISTERIO DE JESÚS. -Jesús sufre en su pasión los tormentos que le infligen los hombres; pero en la agonía sufre los tormentos que se da a sí mismo: «turbare semetipsum». Es un suplicio de una mano no humana, sino omnipotente, porque hay que ser omnipotente para soportarlo.

Jesús busca algún consuelo por lo menos en esos tres amigos, los más queridos, y duermen; les ruega que se sostengan un poco con él, y le dejan con una completa negligencia, y tan poca compasión, que no fue capaz de

impedirles dormir ni un solo momento. Y así, Jesús quedó solo, abandonado a la cólera de Dios.

Jesús está en la tierra solo, sin nadie, no solamente que sienta y comparta su pena, pero ni tan siquiera que la conozca: sólo el cielo y Él tienen este conocimiento.

Jesús está en un jardín, no de delicias como el primer Adán, en que se perdió todo el género humano, sino en un jardín de suplicio, donde se salvó Él y todo el género humano.

Sufre esta pena y este abandono en el horror de la noche.

Se me figura que Jesús no se ha quejado más que esta única vez; pero entonces se quejó como si no hubiera podido contener su excesivo dolor: «Mi alma está triste hasta la muerte.»

Jesús busca compañía y alivio por parte de los hombres. Creo que esto es algo único en toda su vida. Pero no lo encuentra, porque sus discípulos duermen.

Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormir durante este tiempo.

En medio de este abandono universal y de sus amigos elegidos para velar con Él, Jesús, al encontrarles dormidos, se enfada a causa del peligro a que se exponen, no Él, sino ellos mismos, y les amonesta acerca de su salvación propia y de su bien con una ternura cordial por ellos durante su ingratitud, y les advierte que el espíritu está pronto, y la carne es flaca.

Jesús, al encontrarles todavía durmiendo, sin que ni su

consideración ni la de ellos les hayan contenido, tiene la bondad de no despertarles, y les deja en su reposo.

Jesús ora en plena incertidumbre acerca de la voluntad del Padre, y teme la muerte; pero, al conocerla, se adelanta a ofrecerse a ella: «eamus. Processit» (Juan).

Jesús ha rogado a los hombres y no fue escuchado.

Mientras sus discípulos dormían, Jesús ha operado su salvación. La ha operado a cada uno de los justos mientras dormían, y en la nada antes de su nacimiento, y en los pecados después de su nacimiento.

No ruega sino una sola vez que el cáliz pase, y todavía con sumisión, y dos veces que venga si hace falta.

Jesús apesadumbrado.

Jesús, viendo a todos sus amigos dormidos, y a todos sus enemigos vigilando, se entrega por entero a su Padre.

Jesús no ve en Judas su enemistad, sino la orden de Dios, que es a quien ama; y lo confiesa, puesto que le llama amigo.

Jesús se arranca desgarradoramente de sus discípulos para entrar en la agonía; hay que arrancarse de los más próximos y de los más íntimos para imitarle.

Puesto que Jesús está en la agonía y en medio de los más grandes sufrimientos, oremos más largamente.

Imploramos la misericordia de Dios, no para que nos deje en paz en nuestros vicios, sino para que nos libere de ellos.

Si Dios nos diese por su propia mano maestros, ¡oh, cómo habría que obedecerles de todo corazón! La necesidad y los acontecimientos lo son infaliblemente.

«-Consuélate, tú no me buscarías si no te hubieras encontrado conmigo.

»Yo pensaba en ti en mi agonía, he derramado por ti tales gotas de sangre.

»Es tentarme a mí más que probarte a ti el pensar si tú harías bien tal o cual cosa ausente: yo la haré en ti cuando llegue.

»Déjate conducir por mis reglas; mira cómo he conducido a la Virgen y a los santos que me han dejado obrar en ellos.

»Al Padre le complace todo lo que yo hago.

»¿Pretendes que ello me cueste siempre sangre de mi humanidad sin que tú des lágrimas?

»Tu conversión es cosa mía; no temas, y ruega con confianza como por mí.

»Yo te estoy presente con mi palabra en la Escritura, por mi espíritu en la Iglesia, y por las inspiraciones, por mi poder en los sacerdotes, por mi oración en los fieles.

»Los médicos no te curarán, porque, por fin, morirás; pero soy yo quien cura y hace que el cuerpo sea inmortal.

»Sufre las cadenas y la esclavitud corporales; yo no te libero actualmente sino de la espiritual.

»Te soy más amigo que tal o cual; porque he hecho por ti más que ellos y no te aguantarían lo que yo te he aguantado, y no morirían por ti en el tiempo de tus infidelidades y crueldades, como yo lo he hecho y estoy dispuesto a hacerlo en mis elegidos y en la Sagrada Eucaristía.

»Si conocieras tus pecados, te descorazonarías.

»-Me descorazonaré, pues, Señor, porque creo en su malicia por vuestra palabra.

»-No, porque yo, que te lo he enseñado, puedo curarte de ellos, y el que te lo diga es señal de que te lo quiere curar. A medida que los espías, los conocerás y te será dicho: «Mira los pecados que te son remitidos.» Haz, pues, penitencia por tus pecados ocultos y por la oculta malicia de los que tú conoces.

»-Señor, os doy todo.

»-Yo te amo más ardientemente que lo que tú has amado tus mancillas, «ut immundus pro luto».

»Sea la gloria para mí, y no para ti, gusano y tierra.

»Interroga a tu director cuando mis propias palabras sean para ti ocasión de mal o de vanidad y curiosidad.»

Veo mi abismo de orgullo, de curiosidad, de concupiscencia. No guardo relación ninguna con Dios ni con Jesucristo justo. Pero ha sido hecho pecado por mí; todas vuestras plagas han caído sobre él. Es más abominable que yo, y lejos de aborrecerle, se considera honrado con que vaya a él y le ayude.

Pero se ha curado a sí mismo, y con mayor razón me curará.

Hay que añadir mis llagas a las suyas, y unirme a él, y me salvará salvándose. Pero no hay que añadir nuevas plagas en el futuro.

«Eritis sicut dii scientes bonum et malum.» Todo el mundo hace de Dios al juzgar: «esto es bueno o malo»; y afligiéndose o alegrándose demasiado de las cosas que suceden.

Hacer las cosas pequeñas como si fueran grandes, a causa de la majestad de Jesucristo, que las hace en nosotros, y que vive nuestra vida; y las grandes como si fueran pequeñas y fáciles, a causa de su omnipotencia.

554. Me parece que Jesucristo, después de su resurrección, no se deja tocar más que las llagas: «Noli me tangere.» Es preciso no unirnos sino a sus sufrimientos.

Se nos ha dado en comunión como mortal en la Cena, como resucitado a los discípulos de Emaús, como subido al cielo a toda la Iglesia.

Sección VII

556. Blasfeman de lo que ignoran. La religión cristiana consiste en dos puntos. Importa igualmente a los hombres conocerlos, y es igualmente peligroso ignorarlos. Y es igualmente una misericordia de Dios el haber dado señales de los dos.

Y, sin embargo, concluyen que uno de estos puntos no existe, partiendo de lo que el otro punto debiera hacerles concluir. Los sabios que han dicho que no hay más que un Dios han sido perseguidos, los judíos odiados y los cristianos más todavía. Han visto por luz natural que si hay una verdadera religión sobre la tierra, la conducta de todo debe tender a ella como su centro.

Toda la conducta de las cosas debe tener por objeto el establecimiento y la grandeza de la religión; los hombres deben tener en sí mismos sentimientos conformes a lo que ella nos enseña; y, finalmente, debe ser de tal manera objeto y centro al que tienden todas las cosas, que quien conozca sus principios pueda dar razón, tanto de toda naturaleza del hombre en particular como de toda la conducta del mundo en general.

Y apoyados en este fundamento, encuentran ocasión de blasfemar contra la religión cristiana, porque la conocen mal. Se imaginan que consiste simplemente en la adoración de un Dios considerado como grande y poderoso y eterno; lo cual es propiamente el deísmo, casi tan alejado de la religión cristiana como el ateísmo, que es completamente contrario a ella. Y concluyen de aquí que esta religión no es verdadera porque no ven que todas las cosas concurren al establecimiento de este punto de que Dios no se manifiesta a los hombres con toda la evidencia con que pudiera hacerlo.

Concluyan lo que quieran contra el deísmo, jamás concluirán nada contra la religión cristiana, que consiste propiamente en el misterio del Redentor, que, uniendo en sí las dos naturalezas, humana y divina, ha retirado a los hombres de la corrupción del pecado para reconciliarlos con Dios en su divina Persona.

Enseña, pues, a los hombres estas dos verdades juntas: que hay un Dios de que todos los hombres son capaces, y que hay una corrupción en la naturaleza que les hace indignos de Él. Importa, igualmente, a los hombres conocer uno y otro punto; es igualmente peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer su miseria, que conocer su miseria sin conocer al Redentor que puede curarle de ella. Uno solo de estos conocimientos produce, o la soberbia de los filósofos, que han conocido a Dios y no su miseria, o la desesperación de los ateos, que conocen su miseria sin Redentor.

Y así como es igualmente necesario al hombre conocer estos dos puntos, es igualmente una misericordia de Dios el habérmolos dado a conocer. La religión cristiana lo hace, y consiste en ello.

Examínese el orden del mundo sobre este punto, y véase si todas las cosas no tienden al establecimiento de los dos temas de esta religión: los que se descarrían no se descarrían sino por falta de haber conocido una de esas dos cosas. Se puede, pues, conocer perfectamente a Dios sin su miseria, y su miseria sin Dios; pero no se puede conocer a Jesucristo sin conocer a la vez a Dios y a su miseria. Jesucristo es el objeto de todo y el centro adonde todo tiende. Quien le conoce, conoce la razón de todas las cosas.

Y por esto no intentaré aquí probar, por razones naturales, o la existencia de Dios, o la Trinidad, o la inmortalidad del alma, ni ninguna de las cosas de esta índole; no solamente porque no me sentiría bastante fuerte para encontrar en la naturaleza con qué convencer a los ateos endurecidos, sino también porque este conocimiento sin Jesucristo, es inútil y estéril.

Aun cuando un hombre se hallara persuadido de que las proporciones de los números son verdades inmatrimales, eternas y dependientes de una primera verdad en quien subsisten y que se llama Dios, no se vería que hubiera adelantado mucho para su salvación.

El Dios de los cristianos no consiste en un Dios simplemente, autor de verdades geométricas y del orden de los elementos; es la parte de los paganos y de los epicúreos. No consiste solamente en un Dios que ejerce su providencia sobre la vida y sobre los bienes de los hombres, para dar una feliz sucesión de años a quienes lo adoran; es la porción de los judíos. Pero el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de los cristianos, es un Dios de amor y de consuelo: es un Dios que llena el alma y el corazón de aquellos que Él posee; es un Dios que les hace sentir interiormente su miseria y su misericordia infinita; que se une al fondo de sus almas; que las llena de humildad, de alegría, de confianza, de amor; que las hace incapaces de otro fin que no sea él mismo.

Todos los que buscan a Dios fuera de Jesucristo y que se detienen en la naturaleza, o no encuentran luz ninguna que les satisfaga o llegan a forjarse un medio de conocer a Dios y de servirle sin mediador: con lo cual caen, o en el ateísmo, o en el deísmo, que son dos cosas que la religión cristiana aborrece casi igualmente.

Sin Jesucristo, el mundo no subsistiría; porque haría falta, o que fuera destruido, o que fuera como un infierno.

Si el mundo subsistiese para instruir al hombre de Dios, su divinidad reluciría por todas partes de una manera indiscutible; pero como no subsiste sino por Jesucristo y para Jesucristo, y para instruir a los hombres de su corrupción y de su redención, todo brilla con pruebas de estas dos verdades. Lo que aparece no denota ni una exclusión total ni una presencia manifiesta de divinidad, sino la presencia de un Dios que se esconde: todo lleva este carácter.

Él, que es el único que conoce la naturaleza, ¿la conocerá tan sólo para ser miserable? Él, que es el único que la conoce, ¿será el único desgraciado? No conviene que no vea absolutamente nada; no conviene tampoco que vea demasiado

para creer que la posee; sino que vea bastante para conocer que la ha perdido; porque, para conocer que se ha perdido, hace falta ver y no ver; y éste es precisamente el estado en que se halla la naturaleza.

Cualquiera que sea el partido que tome, no le dejaré tranquilo...

560. No concebimos ni el estado glorioso de Adán, ni la naturaleza de su pecado, ni la transmisión de él a nosotros. Son cosas que han acontecido en el estado de una naturaleza completamente diferente de la nuestra y que sobrepujan al estado de nuestra capacidad presente.

Para salir de él es inútil saber todo esto; lo único que nos importa conocer es que somos miserables, corrompidos, separados de Dios, pero rescatados por Jesucristo; y de lo cual tenemos pruebas admirables en la tierra. Así, las dos pruebas de la corrupción y de la redención se ven en los impíos, que viven en la indiferencia de la religión, y de los judíos, que son sus enemigos irreconciliables.

563. Será una de las confusiones de los condenados ver que estarán condenados por su propia razón, por la que han pretendido condenar la religión cristiana.

564. Las profecías, y hasta los milagros y las pruebas de nuestra religión no son de tal naturaleza que pueda decirse que son absolutamente convincentes. Pero son también de tal índole que no se puede decir que no se tenga razón al creer en ellas. Hay, así, evidencia y oscuridad para iluminar las unas y oscurecer las otras. Pero la evidencia es tal, que supera, o por lo menos iguala, a la evidencia de lo contrario; de suerte que no es la razón la que puede determinar a no seguirla; y así no puede ser sino la concupiscencia y la malicia del corazón. Y por este medio hay evidencia bastante para condenar y no bastante para convencer; a fin de que parezca que en quienes la siguen es la gracia y no la razón la que hace seguir; y que, en quienes huyen de ella, es la concupiscencia y no la razón

la que hace huir.

«Vere discipuli, vere israelita, vere liberi, vere cibus.»

571. RAZÓN DE POR QUÉ FIGURAS. -Tenía que nutrir a un pueblo carnal y hacerle depositario del testamento espiritual; hacía falta que, para dar fe en el Mesías, hubiera habido profecías precedentes, y que fuesen llevadas por gentes no sospechosas y de una diligencia y fidelidad y celo extraordinarios y conocidos por toda la tierra.

Para lograr esto, Dios ha elegido a este pueblo carnal, en el que ha depositado las profecías que predican el Mesías, como liberador y dispensador de los bienes carnales que este pueblo amaba; y así tuvo un ardor extraordinario por sus profetas, y ha llevado a la vista de todo el mundo estos libros que predican su Mesías, asegurando a todas las naciones que debía venir a la manera predicha en los libros que tenían abiertos a todo el mundo. Y así este pueblo, decepcionado por el advenimiento ignominioso y pobre del Mesías, ha sido su más cruel enemigo. De suerte que he aquí el pueblo menos sospechoso de favorecernos y el más exacto y celoso que se pueda decir para su ley y para sus profetas, que los lleva incorruptos; de suerte que los que han rechazado y crucificado a Jesucristo, que se han escandalizado en Él, son los que llevan los libros que dan testimonio de Él y que dicen que será rechazado y servirá de escándalo; de suerte que han indicado que era Él al rechazarlo, y ha sido probado igualmente por los judíos justos que le han recibido que por los injustos que le han rechazado, pues una y otra cosa fueron predichas.

Por esto, las profecías tienen un sentido escondido, el espiritual, de que este pueblo era enemigo, escondido bajo el sentido carnal de que era amigo. Si el sentido espiritual les hubiese sido descubierto, no habrían sido capaces de amarlo y no habrían podido llevarlo; no habrán tenido celo por la conservación de sus libros y de sus ceremonias. Y si hubiesen amado estas promesas espirituales y las hubiesen conservado incorruptas hasta el Mesías, su testimonio no habría tenido fuerza, porque hubieran sido

amigos. He aquí por qué fue bueno que el sentido espiritual estuviera cubierto. Pero, por otro lado, si este sentido hubiese estado oculto de tal modo que no hubiese transparecido en modo alguno, no habría podido servir de prueba al Mesías. ¿Qué aconteció, pues? Estuvo cubierto bajo lo temporal en multitud de pasajes, y quedó al descubierto tan claramente en algunos, aparte de que el tiempo y el estado del mundo fueron tan claramente predichos que son más claros que el sol. Y este sentido espiritual está tan claramente explicado en algunos lugares, que hacía falta una obcecación semejante a la que la carne produce sobre el espíritu cuando éste le está sometido, para no reconocerlo.

He aquí, pues, cuál ha sido la conducta de Dios. Este sentido está cubierto por otro en una infinidad de lugares, y raramente descubierto en algunos, pero de tal modo, que, sin embargo, los lugares en que está escondido son equívocos y pueden convenir a los dos, mientras que los lugares en que está descubierto son unívocos y no pueden convenir más que al sentido espiritual.

De suerte que éste no podía inducir a error, y que no había sino un pueblo tan carnal que pudiera equivocarse en ello.

Porque, cuando los bienes se prometen en abundancia, ¿quién les impedía entender los verdaderos bienes, sino su codicia, que determinaba en este sentido a los bienes de la tierra? Pero los que no tenían bienes sino en Dios los refirieron únicamente a Dios. Porque hay dos principios que dividen las voluntades de los hombres: la codicia y la caridad. No es que la codicia no pueda coexistir con la fe en Dios y que la caridad no coexista con los bienes de la tierra. Pero la codicia usa de Dios y goza del mundo, y la caridad todo lo contrario.

Ahora bien: el último fin es el que da el nombre a las cosas. Todo lo que nos impide llegar a él se llama enemigo. Así, las criaturas, aunque buenas, son enemigas de los justos cuando los desvían de Dios; y Dios mismo es enemigo de aquellos cuya concupiscencia perturba.

Y así como la palabra enemigo depende del último fin, los justos entendían con ella sus pasiones, y los carnales entendían los babilonios; y así estos términos no eran oscuros sino para los injustos. Y es lo que dijo Isaías: «Signa legent in electis meis», y que Jesucristo será piedra de escándalo. Pero «bienaventurados los que no se escandalicen en Él». Oseas lo dijo perfectamente: «¿Dónde está el sabio? Él entenderá lo que digo. Los justos lo entenderán. Porque los caminos de Dios son rectos; los justos marcharán por ellos, pero los malos tropezarán en ellos.»

576. CONDUCTA GENERAL DEL MUNDO CON LA IGLESIA: DIOS QUE QUIERE OBCECAR E ILUMINAR. -Como los acontecimientos han probado la divinidad de estas profecías, lo demás, por consiguiente, tiene que ser creído. Y por aquí vemos nosotros el orden del mundo de esta manera: habiéndose olvidado los milagros de la creación y del diluvio. Dios envía la ley y los milagros de Moisés, los profetas que profetizan cosas particulares; y para preparar un milagro subsistente, prepara profecías y el cumplimiento; pero como las profecías pueden ser sospechosas, quiere hacerlas no sospechosas, etc.

578. Hay suficiente claridad para iluminar a los elegidos y oscuridad suficiente para humillarlos. Hay suficiente oscuridad para obcecar a los réprobos y claridad bastante para condenarlos y hacerlos inexcusables (San Agustín, Montaigne «Sabunda»).

La genealogía de Jesucristo en el Antiguo Testamento está mezclada con tantas otras inútiles que no puede ser discernida. Si Moisés no hubiese registrado sino los antepasados de Jesucristo, ello habría sido demasiado visible. Si no hubiera marcado la de Jesucristo, no habría sido bastante visible. Pero, después de todo, quien considera las cosas detenidamente ve la de Jesucristo, bien discernida por Tamar, Rut, etc.

Los que ordenaban estos sacrificios sabían su inutilidad;

los que declararon su inutilidad no han dejado de practicarlos.

Si Dios no hubiese permitido más que una religión, habría sido demasiado reconocible; pero considérese detenidamente y se discierne perfectamente la verdad en esta confusión.

Principio: Moisés era hombre hábil; si se gobernaba, pues, por su espíritu, nada decía con claridad que fuese directamente contra el espíritu. Así, todas las debilidades más aparentes son fuerzas. Ejemplo: las dos genealogías de San Mateo y de San Lucas: ¿qué cosa hay más clara sino que esto no se ha escrito de concierto?

579. Dios (y los apóstoles), previendo que las semillas de orgullo darían nacimiento a las herejías, y no queriendo dar ocasión de que nacieran por términos propios, ha puesto en la Escritura y en las oraciones de la Iglesia palabras y sentencias contrarias para producir sus frutos en el tiempo.

De la misma manera que da en la moral la caridad, que produce frutos contra la concupiscencia.

582. Se hace de la verdad misma un ídolo; porque la verdad fuera de la caridad no es Dios, y es su imagen un ídolo que no hay que amar ni adorar, y menos aún hay que amar o adorar a su contrario, que es la mentira.

Puedo amar perfectamente la oscuridad total; pero si Dios me lleva a un estado semioscuro, ese poco de oscuridad me desagrade, y no me agrada porque no veo en él el mérito de una entera oscuridad. Es un defecto y una señal de que me hago de la oscuridad un ídolo, separado del orden de Dios. Ahora bien: no hay que adorar sino su orden.

587. Esta religión tan grande en milagros, santos, piadosos, irreprochables, doctos y grandes testigos;

mártires; reyes (David) establecidos; Isaías, príncipe de la sangre -tan grande en ciencia, después de haber desplegado todos sus milagros y toda su sabiduría-, reprueba todo esto y dice que no tiene ni sabiduría ni signos, sino la cruz y la locura.

Porque los que han merecido vuestro crédito por estos signos y esta sabiduría, y que os han probado su carácter, os declaran que nada de esto puede cambiarnos y hacernos capaces de conocer y amar a Dios, sino la virtud de la locura de la cruz, sin sabiduría ni signos; y no los signos sin esta virtud. Así, nuestra religión es loca considerando la causa efectiva, y sabia considerando la sabiduría que prepara a ella.

588. Nuestra religión es sabia y loca. Sabia porque es la que más sabe y la más fundada en milagros, profecías, etcétera. Loca, porque no es todo esto lo que hace que se pertenezca a ella; esto hace ciertamente condenar a los que no son de ella, pero creer a los que son de ella. Lo que les hace creer es la cruz, «ne evacuata sit crux». Y así, San Pablo, que vino en sabiduría y signos, dice que no vino ni en sabiduría ni en signos, porque venía a convertir. Pero los que no vienen sino para convencer, pueden decir que vienen en sabiduría y en signos.

Sección VIII

589. QUE LA RELIGIÓN CRISTIANA NO ES ÚNICA. -Tan lejos se está de que sea ésta una razón que haga creer que no es la verdadera, que, por el contrario, es lo que hace ver que lo es.

590. Para las religiones hay que ser sincero: verdaderos paganos, verdaderos judíos, verdaderos cristianos.

592. FALSEDAD DE LAS DEMÁS RELIGIONES. -No tienen testigos, éstos los tienen. Dios desafía a las demás religiones a que produzcan tales señales: Isaías, XLIII, 9; XLIV, 8.

593. HISTORIA DE CHINA. -No creo más historias que aquellas cuyos testigos se dejarían estrangular.

(¿Quién es más creíble de los dos: Moisés, o China?)

No se trata de ver esto en líneas generales. Os digo que hay aquí para obcecar y para iluminar.

Con esta sola frase echo por tierra todos vuestros razonamientos. «Pero China oscurece», decís; y yo respondo: «China oscurece, pero hay una claridad que encontrar; buscadla.»

Así, todo lo que decís viene en pro de lo uno, y nada contra lo otro. Así, esto sirve y no perjudica.

Es menester, pues, ver esto en detalle; hay que colocar las cartas sobre el tapete.

598. No quiero que se juzgue de Mahoma por lo que hay en él de oscuro y que puede hacerse pasar por un sentido misterioso, sino por lo que hay de claro, por su paraíso y por lo demás. Es en esto en lo que es ridículo, y por esto es por lo que no es justo tomar sus oscuridades por misterios, dado que sus claridades son ridículas. No acontece lo mismo con la Escritura. Admito que haya oscuridades tan extravagantes como las de Mahoma; pero hay claridades admirables y profecías manifiestas y realizadas. El juego no es, pues, igual. No hay que confundir ni igualar las cosas que no se asemejan más que en la oscuridad y no por la claridad única que merece el que se reverencien las oscuridades.

599. DIFERENCIA ENTRE JESUCRISTO Y MAHOMA. -Mahoma no predice; Jesucristo predice. Mahoma matando; Jesucristo haciendo matar a los suyos. Mahoma prohibiendo leer; los apóstoles ordenando leer. Finalmente, son cosas tan contrarias, que si Mahoma ha elegido el camino de triunfar humanamente, Jesucristo ha tomado el de perecer humanamente. Y que, en lugar de concluir que, puesto que Mahoma ha triunfado, Jesucristo pudo también haber triunfado, es menester decir que, puesto que Mahoma ha triunfado, Jesucristo tenía que perecer.

601. FUNDAMENTO DE NUESTRA FE. -La religión pagana carece hoy de fundamentos. Se dice que antaño los tuvo, por los oráculos que hablaron. Pero ¿cuáles son los libros que nos lo aseguran? ¿Son tan dignos de fe por la virtud de sus autores? ¿Están conservados con tanto cuidado que podamos estar seguros de que no se hallan corrompidos?

La religión mahometana tiene por fundamento el Corán y Mahoma. Pero este profeta, que debía ser la última esperanza del mundo, ¿ha sido predicho? ¿Y qué notas tiene que no las tuviera también cualquier hombre que quisiera llamarse profeta? ¿Qué milagros dice haber hecho? ¿Qué misterios ha enseñado, según su tradición misma? ¿Qué moral y qué felicidad?

La religión judía debe ser considerada diferentemente en la tradición de los libros santos y en la tradición del pueblo. La moral y la felicidad de aquélla son ridículas en la tradición del pueblo, pero es admirable en la de sus santos (y en toda religión acontece lo propio, porque la cristiana es muy diferente en los libros santos y en los casuistas). Su fundamento es admirable: es el más antiguo libro del mundo y el más auténtico; y mientras Mahoma, para que subsista el suyo, ha prohibido su lectura, Moisés, para hacer subsistir el suyo, ha ordenado que todo el mundo lo lea.

Nuestra religión es tan divina, que cualquiera otra religión divina no tiene de divina más que el fundamento.

602. ORDEN. -Ver lo que hay de claro y de indudable en todo el estado de los judíos.

La religión judía es totalmente divina en su autoridad, en su duración, en su perpetuidad, en su moral, en su doctrina, en sus efectos.

607. Quien juzgue de la religión de los judíos por los groseros, la conocerá mal. Es visible en los libros santos y en la tradición de los profetas que han dado bien claramente a entender que no interpretaban la ley a la letra. Así, nuestra religión es divina en el Evangelio, en los apóstoles y en la tradición, pero es ridícula en quienes la tratan mal.

El Mesías, según los judíos carnales, tiene que ser un gran príncipe temporal. Jesucristo, según los cristianos carnales, ha venido a dispensarnos de amar a Dios, y a darnos sacramentos que lo hagan todo sin nosotros. Ni lo uno ni lo otro son la religión cristiana ni la judía. Los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos han esperado siempre en un Mesías que les hará amar a Dios, y por este amor triunfar de sus enemigos.

608. Los judíos carnales son el término medio entre los cristianos y los paganos. Los paganos no conocen a Dios, y no aman sino la tierra. Los judíos conocen el verdadero Dios, y no aman sino la tierra. Los cristianos conocen el verdadero Dios, y no aman la tierra. Los judíos y los paganos aman los mismos bienes. Los judíos y los cristianos conocen el mismo Dios. Los judíos eran de dos clases: los unos no tenían sino afecciones paganas; los otros tenían afecciones cristianas.

610. PARA MOSTRAR QUE LOS VERDADEROS JUDÍOS Y LOS VERDADEROS CRISTIANOS NO TIENEN SINO UNA MISMA RELIGIÓN. -La religión de los judíos parecería consistir esencialmente en la paternidad de Abrahán, en la

circuncisión, en los sacrificios, en las ceremonias, en el arca, en el templo, en Jerusalén; finalmente, en la ley y en la alianza de Moisés.

Yo digo que no consistía en ninguna de estas cosas, sino solamente en el amor de Dios y que Dios reprobaba todas las demás cosas.

Que Dios no aceptaba la posteridad de Abrahán.

Que los judíos serán castigados por Dios como los extranjeros, si le ofenden. Deuteronomio, VIII, 19: «Si olvidáis a Dios y seguís a los dioses extranjeros, os predigo que pereceréis de la misma manera que las naciones que Dios ha exterminado delante de vosotros.»

Que los extranjeros serán recibidos por Dios como los judíos, si le aman. Isaías, LVI, 3: «Que no diga el extranjero: «El Señor no me recibirá.» Los extranjeros que se vinculen a Dios será para servirle y amarle; yo les llevaré a mi montaña santa, y recibiré de ellos sacrificios, porque mi casa es casa de oración.»

Que los verdaderos judíos no atribuían su mérito a Abrahán, sino a Dios. Isaías, LXII, 16: «Vos sois verdaderamente nuestro padre, y Abrahán no nos ha conocido, e Israel no ha tenido conocimiento de nosotros; sino que sois vos quien es nuestro padre y nuestro redentor.»

Moisés mismo les dijo que Dios no haría acepción de personas. Deuteronomio, X, 17: «Dios -dice- no hace acepción ni de las personas ni de los sacrificios.»

El sábado no era más que un signo (Ex., XXXI, 13), y en memoria de la salida de Egipto (Deut., V, 15). Por consiguiente, no es necesario, puesto que hay que olvidar a Egipto.

La circuncisión no era más que un signo (Gén., XVII, 11). Y de aquí viene el que estando en el desierto no fueran circuncidados, porque no podían confundirse con los otros pueblos. Y que, después que Jesucristo ha venido ya, no es necesario.

Que está ordenada la circuncisión del corazón. Deuteronomio, X, 16, y Jeremías, IV, 4: «Circuncidad el corazón; arrancad las superfluidades de vuestro corazón y no os endurezcáis más; porque vuestro Dios es un Dios grande, poderoso y terrible, que no tiene acepción de personas.»

Que Dios dice que la realizará algún día. Deuteronomio, XXX, 6: «Dios te circuncidará el corazón a ti y a tus hijos, a fin de que le ames de todo corazón.»

Que los incircuncisos de corazón serán juzgados (Jer., IX, 26). Porque Dios juzgará a los pueblos incircuncisos y a todo el pueblo de Israel porque es «incircunciso de corazón».

Que el exterior no sirve de nada sin el interior. Joel, II, 13: «Sindite corda vestra», etc. Isaías, LVIII, 3, 4, etc.

El amor de Dios se recomienda en todo el Deuteronomio. Deuteronomio, XXX, 19: «Tomo como testigo al cielo y a la tierra que he puesto ante vosotros la muerte y la vida a fin de que elijáis la vida, y de que améis a Dios y de que le obedezcáis; porque es Dios quien es vuestra vida.»

Que los judíos, por falta de este amor, serán reprobados por sus crímenes, y elegidos los paganos en su lugar (Os., I, 10). Deuteronomio, XXXII, 20: «Me ocultaré de ellos ante la visión de sus últimos crímenes, porque es una nación mala e infiel. Me han provocado a cólera por las cosas que no son de los dioses; y yo las provocaré a envidia por un

pueblo que no es mi pueblo y por una nación sin ciencia ni inteligencia.» Isaías, LXV, 1.

Que los bienes temporales son falsos, y que el verdadero bien consiste en estar unido a Dios (Salmo CXLIII, 15).

Que sus fiestas desagradan a Dios. (Amós, V, 21.)

Que los sacrificios de los judíos desagradan a Dios (Isaías, LXVI, 1-3; I, 11. Jer., IV, 20; David, «Miserere»). Hasta de parte de los buenos, «exspectavi» (Salmo XLIX, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14).

Que no los ha establecido sino para su dureza (Miqueas admirablemente; VI, I R., XV, 22; Os., VI, 6).

Que los sacrificios de los paganos serán recibidos por Dios y que Dios retirará su voluntad de los sacrificios de los judíos (Malaq., I, 11).

Que Dios hará una nueva alianza con el Mesías, y que la antigua será abandonada (Jer., XXXI, 31).

«Mandata non bona» (Ezeq.).

Que las cosas antiguas serán olvidadas (Is., LIII, 18, 19; LXV, 17, 18).

Que no se acordarán más del arca (Jer., III, 15, 16).

Que será rechazado el templo (Jer., VII, 12, 13, 14).

Que serán rechazados los sacrificios y otros sacrificios puros establecidos (Malaq., I, 11).

Que el orden de los sacrificios de Aarón será reprobado y se introducirá por el Mesías el orden de Melquisedec (Salmo «Dixit Dominus»).

Que este orden de sacrificios será eterno (Salmo «Dixit Dominus»).

Que Jerusalén será reprobada y Roma admitida (Salmo «Dixit Dominus»).

Que será reprobado el nombre de los judíos y dado un nuevo nombre (Is., LXV, 15).

Que este último nombre será mejor que el de judíos, eterno (Is., LVI, 5).

Que los judíos deberán quedarse sin profeta (Amós), sin rey, sin príncipes, sin sacrificio, sin ídolo.

Que los judíos subsistirán, sin embargo, siempre como un pueblo (Jer., XXXI, 36).

613. PERPETUIDAD. -Siempre ha existido sobre la tierra esa religión que consiste en creer que el hombre ha caído de un estado de gloria y de comunicación con Dios, a un estado de tristeza, de penitencia y de alejamiento de Dios, pero que después de esta vida nos veremos restablecidos por un Mesías que debía venir. Todas las cosas han pasado y ha subsistido ésta por la cual son todas las cosas.

En la primera edad del mundo, los hombres se vieron

arrastrados a toda suerte de desórdenes, y había, sin embargo, santos, como Enoch, Lamec y otros, que esperaban con paciencia al Cristo prometido desde el comienzo del mundo. Noé vio la malicia de los hombres en su más alto grado; mereció salvar el mundo en su persona por la esperanza del Mesías en quien él fue figura. Abrahán estuvo rodeado de idólatras cuando Dios le hizo conocer el misterio del Mesías, que saludó de lejos. En tiempos de Isaac y de Jacob, la abominación estaba extendida sobre toda la tierra; pero estos santos vivían en la fe; y Jacob, moribundo y bendiciendo a sus hijos, exclama, por un transporte que le hace interrumpir su discurso: «Espero, Dios mío, el Salvador que me habéis prometido»: «Salutare tuum exspectabo, Domine.»

Los egipcios estaban infectados de idolatría y de magia; el pueblo mismo de Dios se vio arrastrado por sus ejemplos; pero, sin embargo, Moisés y otros creían en aquel a quien no veían, y le adoraban considerando los dones eternos que les preparaba.

Los griegos y los latinos después hicieron reinar a falsas deidades; los poetas fabricaron cien diversas teologías; los filósofos se separaron en mil sectas diferentes; y, sin embargo, había siempre en el corazón de Judá hombres elegidos que predecían el advenimiento de este Mesías, que sólo ellos conocían.

Llegó finalmente en la consumación de los tiempos; y después, se han visto nacer tantos cismas y herejías, el derrumbamiento de tantos Estados, tantos cambios en todas las cosas, y esta Iglesia que adora a Aquel que ha sido siempre adorado, ha subsistido sin interrupción. Y lo admirable, lo incomparable y completamente divino es que esta religión, que ha durado siempre, ha sido siempre combatida. Mil veces estuvo en vísperas de una destrucción universal; y cuantas veces se ha hallado en este estado, Dios la ha levantado por impulsos extraordinarios de su poder. Esto es lo asombroso, y el que se haya mantenido sin doblegarse ni plegarse a la voluntad de los tiranos. Porque no es extraño que un Estado subsista, porque se hace a veces que sus leyes cedan a la necesidad.

617. PERPETUIDAD. -Considérese que desde el comienzo del mundo la expectativa o la adoración del Mesías subsiste sin interrupción; que se encuentran hombres que han dicho que Dios les había revelado que había de nacer un Redentor que salvaría a su pueblo; que Abrahán vino después diciendo que había tenido una revelación de que nacería de él por un hijo que iba a tener; que Jacob declaró que de sus doce hijos nacería de Judá; que Moisés y los profetas vinieron después a declarar el tiempo y la manera de su venida; que dijeron que la ley que tenían no era sino para esperar la del Mesías; que, hasta que llegara ésta, aquélla será perpetua, pero que la otra duraría eternamente; y que así su ley, o la del Mesías, de la cual era promesa, estaría siempre sobre la tierra; que, en efecto, ha durado siempre; que finalmente vino Jesucristo, con todas las circunstancias predichas. Esto es admirable.

618. Esto es efectivo. Mientras todos los filósofos se separan en sectas diferentes, resulta que hay en un rincón del mundo gentes que son las más antiguas del mundo, que declaran que todo el mundo está en el error, que Dios les ha revelado la verdad, que ésta existirá siempre sobre la tierra. En efecto, todas las demás sectas cesan, pero ésta dura siempre y desde hace cuatro mil años.

Declaran que saben por sus antepasados que el hombre es un ser despojado de la comunicación con Dios, en un completo alejamiento de Dios, pero a quien Dios ha prometido rescatar; que esta doctrina existe siempre sobre la tierra; que su ley tiene un doble sentido; que durante mil seiscientos años han tenido gentes que han creído como profetas, que han predicho el tiempo y la manera; que cuatrocientos años después han estado esparcidos por todas partes, porque Jesucristo tenía que ser anunciado por todas partes; que Jesucristo vino a la manera y en el tiempo predichos; que después los judíos se han dispersado por todas partes, en maldición, pero subsistiendo, sin embargo.

619. Veo la religión cristiana fundada sobre una religión precedente, y he aquí lo que encuentro de efectivo.

No hablo aquí de los milagros de Moisés, de Jesucristo y de los Apóstoles, porque no parecen a primera vista convincentes, y porque no pretendo aquí sino poner en evidencia todos los fundamentos de esta religión cristiana que son indudables, y que no pueden ser puestos en duda absolutamente por nadie. Es cierto que vemos en muchos parajes del mundo, un pueblo especial, separado de todos los demás pueblos del mundo, que se llama el pueblo judío.

Veo, pues, una gran copia de religiones en muchos lugares del mundo y en todos los tiempos. Pero no tienen ni la moral que puede agradarme, ni pruebas que puedan detenerme. Y así yo hubiera rechazado igualmente la religión de Mahoma, y la de China, y la de los antiguos romanos, y la de los egipcios, por la sencilla razón de que como ninguna tiene más notas de verdad que otra, ni nada que me determine necesariamente, la razón no puede inclinarse hacia una con preferencia a las otras.

Pero, considerando así esta inconstante y abigarrada variedad de costumbres y creencias en los diversos tiempos, he encontrado, sin embargo, en un rincón del mundo un pueblo especial, separado de todos los demás pueblos de la tierra, el más antiguo de todos y cuyas historias preceden de varios siglos a las más antiguas que poseemos. Encuentro, pues, este pueblo grande y numeroso, salido de un solo hombre, que adora a un solo Dios, y que se conduce por una ley que dice haber recibido de su mano. Sostienen que han sido los únicos en el mundo a los que Dios ha revelado sus misterios; que todos los hombres están corrompidos y en desgracia de Dios; que están todos abandonados a sus opiniones, y a su propio espíritu; y que de aquí proceden los extraños descarríos y los cambios continuos que acontecen entre ellos en religión y en costumbres; en lugar de permanecer incommovibles en su conducta; pero que Dios no dejará eternamente a los demás pueblos en estas tinieblas; que vendrá un liberador para todos; que están en el mundo para anunciarlo a los hombres; que han sido formados expresamente para ser los precursores y los heraldos de este gran acontecimiento, y para llamar a todos los pueblos a unirse a ellos en la expectativa de este liberador.

El encuentro con este pueblo me asombra y me parece digno de atención. Me paro a considerar esta ley que alardean haber recibido de Dios, y la encuentro admirable. Es la primera de todas, y de tal suerte, que incluso antes de que la palabra «ley» fuera usual entre los griegos, hacía cerca de mil años que la habían recibido y observado sin interrupción. Así encuentro extraño que la primera ley del mundo resulte ser también la más perfecta, de suerte que los más grandes legisladores han sacado las suyas de aquélla, según parece ser para la ley de las Doce Tablas de Atenas, que fue después tomada por los romanos como sería fácil mostrarlo si Josefo y otros no hubieran tratado suficientemente esta materia.

620. VENTAJAS DEL PUEBLO JUDÍO. -En esta búsqueda el pueblo judío llama primeramente mi atención por la cantidad de cosas admirables y singulares que aparecen en él.

Veo en primer lugar que es un pueblo compuesto todo él de hermanos; y mientras todos los demás pueblos se hallan constituidos por la reunión de una infinidad de familias, éste, aunque tan extrañamente abundante, ha salido todo él de un solo hombre; y siendo así todos de una misma carne, y miembros los unos de los otros, componen un poderoso Estado, de una sola familia. Esto es único.

Esta familia o este pueblo es el más antiguo de que tienen conocimiento los hombres: lo cual me parece que reclama una veneración particular, principalmente en la investigación que llevamos a cabo; porque si Dios se ha comunicado en todo tiempo a los hombres, es a éstos a quienes habrá que recurrir para conocer esta tradición.

Este pueblo no es considerable tan sólo por su antigüedad; pero es también singular en su duración, que ha continuado siempre desde su origen hasta ahora; porque mientras los pueblos de Italia y de Grecia, de Lacedemonia, de Atenas, de Roma, y los demás que han venido tanto tiempo después, han perecido hace tanto, éstos subsisten todavía, y, a pesar de las empresas de tantos poderosos reyes que han

tratado cien veces de hacerles perecer, como atestiguan sus historiadores, y como es fácil juzgar por el orden natural de las cosas, durante tan largo espacio de años, sin embargo, se han conservado siempre (y esta conservación ha sido predicha); y extendiéndose desde los primeros tiempos hasta los últimos, su historia encierra en su duración la de todas nuestras historias (a las que precede en mucho).

La ley por la que este pueblo se gobierna es un conjunto la más antigua ley del mundo, la más perfecta, y la única que haya sido guardada siempre sin interrupción en un Estado. Es lo que Josefo muestra admirablemente contra Apión y Filón el Judío, en diversos lugares, en los que hace ver que esta ley es tan antigua que el nombre mismo de «ley» no fue conocido por los más antiguos sino mil años después; de suerte que Homero, que escribió la historia de tantos Estados, jamás se sirvió de él. Y es fácil juzgar de su perfección por una simple lectura, por la que se ve que ha provisto a todo con tanta sabiduría, tanta equidad, tanto juicio, que los más antiguos legisladores griegos y romanos, habiendo tenido alguna luz, tomaron de ella sus principales leyes; lo que se ve en las que llaman de las Doce Tablas y por las demás pruebas que Josefo alega. Pero esta ley es, al mismo tiempo, la más severa y la más rigurosa de todas por lo que respecta al culto de su religión, imponiendo a este pueblo, para retenerle en su deber, mil observaciones particulares y penosas bajo pena de muerte. De suerte que es cosa muy sorprendente el que haya sido conservada siempre tan constantemente durante tantos siglos por un pueblo rebelde e impaciente como éste, mientras todos los demás Estados han cambiado de tiempo en tiempo sus leyes, a pesar de ser mucho más fáciles.

El libro que contiene esta ley, la primera de todas, es, a su vez, el más antiguo libro del mundo, mientras que los de Homero, Hesíodo y los demás datan de seiscientos o setecientos años después.

637. PROFECÍAS. -El cetro no quedó interrumpido por la cautividad de Babilonia, a causa de que el retorno estaba prometido y predicho.

638. PRUEBAS DE JESUCRISTO. -No es haber estado cautivo el haberlo estado con la seguridad de que se será liberado en setenta años. Pero ahora lo son sin esperanza alguna.

Dios les prometió que, aunque los dispersara hacia los confines del mundo, sin embargo, si permanecían fieles a su ley, los reuniría. Son muy fieles a ella y permanecen oprimidos.

639. Cuando Nabucodonosor se llevó consigo al pueblo, de miedo de que se creyera que el cetro fue arrebatado a Judá, le fue dicho a aquel pueblo de antemano que estaría poco tiempo así, y que volvería a restablecerse. Estuvieron siempre consolados por los profetas: sus reyes continuaron. Pero la segunda destrucción es sin promesa de restablecimiento, sin profetas, sin reyes, sin consolación, sin esperanza, porque se les quitó el cetro para siempre.

640. Es cosa sorprendente y digna de una extraña atención ver a este pueblo judío subsistir después de tantos años, y verlo siempre miserable: porque es necesario para la prueba de Jesucristo el que subsista para probarlo, y el que sea miserable, puesto que lo ha crucificado; y aunque sean cosas contrarias el ser miserable y el subsistir, subsiste, sin embargo, siempre, a pesar de su miseria.

641. Es visiblemente un pueblo hecho expresamente para servir de testigos al Mesías (Is., XLIII, 9; XLIV, 8). Lleva los libros y los ama, y no los entiende. Y todo ello está predicho: que los juicios de Dios les están confiados, pero como un libro sellado.

Sección IX

643. Isaías, LI: El mar Rojo imagen de la redención. «Ut sicatis quod filius hominis habet potestatem remittendi

peccata, tibi dico: surge.» Dios, queriendo hacer ver que podía formar un pueblo santo de una santidad invisible y llenarlo de gloria eterna, ha hecho cosas visibles. Como la naturaleza es una imagen de la gracia, ha hecho en los bienes de la naturaleza lo que debía hacer en los de la gracia, a fin de que se juzgue que puede hacer lo invisible, puesto que hace lo visible.

Salvó así a este pueblo del diluvio; hizo nacer a Abrahán, lo rescató de sus enemigos y lo dejó en calma.

El objeto de Dios no era salvar del diluvio y hacer nacer todo un pueblo de Abrahán para no introducirlo sino en una tierra fértil.

Y la gracia misma no es sino la figura de la gloria, porque no es un fin último. Ha estado prefigurada en la ley, y prefigura a su vez a la gloria: es figura de ella y principio o causa suya.

La vida ordinaria de los hombres es semejante a la de los santos. Buscan todos su satisfacción, que no difiere más que por el objeto en que la colocan, llamando enemigos suyos a quienes les estorban. Dios ha mostrado, pues, el poder que tiene de dar bienes invisibles por aquel que ha mostrado tener sobre los visibles.

644. FIGURAS. -Dios, queriendo formar un pueblo Santo, que había de separar de todas las demás naciones, al que había de librar de sus enemigos, instalarlo en un paraje reposado, prometió hacerlo y predijo por sus profetas el tiempo y la manera de su advenimiento. Y, sin embargo, para afianzar la esperanza de sus elegidos, les hizo ver su imagen en todos los tiempos, sin destituirlos jamás de pruebas seguras de su poder y de su voluntad de salvarlos. Porque, en la creación del hombre, Adán era el testigo y el depositario de la promesa del Salvador, que debía nacer de mujer, hallándose todavía los hombres tan próximos a la creación, que no podían haber olvidado ni su creación ni su caída. Cuando aquellos que habían visto a Adán no estaban

ya en el mundo, Dios envió a Noé, y lo salvó, e inundó toda la tierra, por un milagro que denotaba suficientemente que tenía poder para salvar al mundo, y voluntad de hacerlo y de hacer nacer de semilla de mujer a Aquel que había prometido. Este milagro bastaba para afianzar la esperanza de los hombres.

Cuando el recuerdo del diluvio estaba todavía fresco entre los hombres, todavía en vida de Noé, Dios hizo promesas a Abrahán, y cuando vivía aún Sem, Dios envió a Moisés, etc.

648. Dos errores: 1º. Tomarlo todo literalmente. 2º. Tomarlo todo espiritualmente.

650. Hay figuras claras y demostrativas, pero hay otras que parecen un poco traídas por los pelos, y que no demuestran sino a aquellos que ya están persuadidos. Éstas son parecidas a las apocalípticas, pero la diferencia está en que no hay ninguna indudable; de tal modo que no hay injusticia mayor que la que cometen al mostrar que las suyas están tan bien fundadas como algunas de las nuestras; porque no tienen pruebas demostrativas como algunas de las nuestras. La partida no es, pues, igual. Es menester no igualar y confundir estas cosas, por el hecho de que se parezcan por un cabo, siendo tan diferentes por el otro; son las claridades, cuando son divinas, las que merecen el que se reverencien las oscuridades.

(Es como entre aquellos que usan cierto lenguaje oscuro: quienes no lo comprendieran, no verían en todo sino insensateces.)

658. Las figuras del Evangelio, para el estado del alma enferma, son cuerpos enfermos; pero como un cuerpo no puede estar lo bastante enfermo para expresarlo bien, han hecho falta varios. Hay así el sordo, el mudo, el ciego, el paralítico, Lázaro muerto, los posesos. Todo esto junto se encuentra en el alma enferma.

659. FIGURAS. -Para mostrar que el Antiguo Testamento no es sino figurativo, y que los profetas con los bienes temporales daban a entender otros bienes:

Primeramente, es que esto sería indigno de Dios.

En segundo lugar, que sus discursos expresan muy claramente la promesa de los bienes temporales, y que dice, sin embargo, que sus discursos son oscuros, y que su discurso no será entendido. Por donde se echa de ver que este secreto sentido no era el que expresaban al descubierto, y que, por consiguiente, entendían hablar de otros sacrificios, de otro liberador, etc. Y dicen que no se entendería esto hasta el fin de los tiempos (Jer., XXX).

La tercera prueba es que sus discursos son contrarios y se destruyen, de suerte que si se piensa que si por las palabras ley y sacrificio no hay otra cosa sino los de Moisés, hay contradicción manifiesta, y de bulto. Entendían, pues, otra cosa, contradiciéndose a veces en un mismo capítulo.

Ahora bien: para entender el sentido de un autor...

660. La concupiscencia ha llegado a sernos natural, y ha constituido nuestra segunda naturaleza. Hay así dos naturalezas en nosotros: una buena, otra mala. ¿Dónde está Dios? Donde no estáis vosotros, y el reino de Dios está en vosotros. Rabinos.

662. Los judíos carnales no entendían ni la grandeza ni el rebajamiento del Mesías predicho en sus profecías. Le desconocieron su grandeza predicha, como cuando dice que el Mesías será señor de David, aunque sea hijo suyo, y que precedió a Abrahán, a quien vio; no lo creyeron tan grande que fuese eterno, y lo desconocieron igualmente en su rebajamiento y en su muerte: «El Mesías -decían- permanece eternamente, y éste dice que morirá.» No le creían, pues,

ni mortal ni eterno: no buscaban en Él sino una grandeza carnal.

663. FIGURATIVO. -Nada es tan semejante a la caridad como la codicia; nada tan contrario a ella. Así, los judíos, llenos de bienes que halagaban su codicia, eran muy conformes y muy contrarios a los cristianos. Y por este medio tenían las dos cualidades que fue menester que tuvieran: la de ser muy conformes al Mesías para prefigurarlo, y muy contrarios a Él para no ser testigos sospechosos.

668. Nadie se aleja sino alejándose de la caridad.

Nuestras oraciones y nuestras virtudes son abominables ante Dios si no son las oraciones y las virtudes de Jesucristo. Y nuestros pecados jamás serán objeto de misericordia, sino de la justicia de Dios, si no son de Jesucristo. Ha adoptado nuestros pecados y nos ha admitido a su alianza; porque las virtudes le son propias, y los pecados extraños; y las virtudes nos son extrañas y nuestros pecados nos son propios.

Cambiamos la regla que hemos tomado hasta aquí para juzgar de lo que es bueno. Teníamos como regla nuestra voluntad; tomemos ahora la voluntad de Dios: todo lo que quiere es bueno y justo para nosotros; todo lo que no quiere, malo.

Todo lo que Dios no quiere está prohibido. Los pecados están prohibidos por la declaración general que Dios ha hecho de que no los quiere. Las demás cosas que ha dejado sin prohibición general, y que por esta razón se llaman permitidas, no son, sin embargo, siempre permitidas. Porque cuando Dios aleja de nosotros alguna de ellas, y por este hecho, que es una manifestación de la voluntad de Dios, parece que Dios no quiere que tengamos una cosa, ésta nos está prohibida entonces, como un pecado, puesto que la voluntad de Dios, es que no tengamos una más que otra. La única diferencia entre estas dos cosas está en que es seguro que Dios jamás querrá el pecado, mientras que no lo

es que jamás querrá lo otro. Pero, en tanto que Dios no la quiere, debemos mirarla como un pecado; en tanto que la ausencia de la voluntad de Dios, única que es toda la bondad y toda la justicia, la hace injusta y mala.

670. FIGURAS. -Los judíos envejecieron con estos pensamientos terrestres de que Dios amaba a su padre Abrahán, a su carne y a lo que de ella salía; que para esto los multiplicó y distinguió de todos los demás pueblos, sin permitir que se mezclasen con ellos; que cuando languidecían en Egipto les sacó de allí con todos estos grandes signos en su favor; que les nutrió con el maná en el desierto; que les condujo a una tierra sumamente fértil, que les dio reyes y un templo bien construido para ofrendarle animales, siendo purificados por medio de la efusión de su sangre, y que, finalmente, tenía que enviarles el Mesías para hacerles dueños de todo el mundo, y predijo el tiempo de su advenimiento.

Como el mundo envejeció con estos errores carnales, Jesucristo vino en el momento predicho, pero no con la pompa esperada; y de esta suerte no pensaron que fuera Él. Después de su muerte, San Pablo vino a enseñar a los hombres que todas estas cosas habían acontecido en figura, que el reino de Dios no consistía en la carne, sino en el espíritu; que los enemigos de los hombres no eran los babilonios, sino las pasiones; que Dios no se complacía en templos construidos con la mano, sino en un corazón puro y humillado; que la circuncisión del cuerpo era inútil, pero que la que hacía falta era la del corazón; que Moisés no les había dado el pan del cielo, etc.

Pero Dios, no queriendo descubrir estas cosas a este pueblo, indigno de ello, y queriendo, sin embargo, predecirlas a fin de que fueran creídas, predijo su tiempo claramente, y las expresó a veces claramente, pero abundantemente, en figuras, a fin de que los que se complacían en las cosas figurantes se detuvieran en ellas, y que los que se complacían en las figuradas las viesan en aquéllas.

Todo lo que no va a la caridad es figura.

El único objeto de la Escritura es la caridad.

Todo lo que no va al fin único es figura suya. Porque, como no hay más que un fin, todo lo que no va a él con palabras propias es figurado.

Dios diversifica así este único precepto de caridad, para satisfacer nuestra curiosidad que busca la diversidad, por esta diversidad que nos lleva siempre a nuestro único necesario. Porque una sola cosa es necesaria, y nos gusta la diversidad; y Dios satisface lo uno y lo otro por medio de estas diversidades que conducen a lo único necesario.

Los judíos gustaban tanto de las cosas figurantes, y las esperaron tanto, que no reconocieron la realidad cuando llegó en el tiempo y en la manera predichos.

Los rabinos toman como figuras las mamas de la Esposa, y todo lo que no expresa el único fin que tienen, los bienes temporales.

Y los cristianos toman hasta la Eucaristía misma por figura de la gloria a la que tienden.

673. «Fac secundum exemplar quod tibo ostensum est in monte.»

La religión de los judíos estuvo, pues, formada conforme a la semejanza de la verdad del Mesías; y la verdad del Mesías fue reconocida por la religión de los judíos, que era figura suya.

En los judíos, la verdad no estaba sino figurada; en el cielo está al descubierto.

En la Iglesia está cubierta, y se reconoce por relación a la figura.

La figura ha sido construida sobre la verdad, y la verdad ha sido reconocida sobre la figura.

San Pablo mismo dice que habrá gentes que prohibirán los casamientos, y él mismo habla de ello a los corintios, de una manera que es una ratonera. Porque si un profeta hubiera dicho una cosa y San Pablo hubiera dicho después otra, se le habría acusado.

675. ... Y, sin embargo, este Testamento, hecho para cegar e iluminar a los otros, denotaba, en aquellos mismos que cegaba, la verdad que debía ser conocida de los demás. Porque los bienes visibles que recibían de Dios eran tan grandes y tan divinos, que parecía, en efecto, ser capaz de darle los invisibles, y ser un Mesías.

Porque la naturaleza es una imagen de la gracia y los milagros visibles son imágenes de los invisibles. «Ut sciatis... tibi dico: surge.»

Isaías dijo que la redención será como el paso del mar Rojo. Dios mostró, pues, en la salida de Egipto, del mar, en la derrota de los reyes, en el maná, en toda la genealogía de Abrahán, que era capaz de salvar, de hacer descender el pan del cielo, etc.; de suerte que el pueblo enemigo es la figura y la representación del Mesías mismo que ellos ignoran, etc.

Nos han enseñado finalmente que todas estas cosas no eran sino figuras, y lo que es ser «verdaderamente libre», «verdaderamente israelita», «verdadera circuncisión»,

«verdadero pan del cielo».

En estas promesas, cada cual encuentra lo que tiene en el fondo de su corazón, los bienes temporales, o los bienes espirituales, Dios o las criaturas; mas con la diferencia de que quienes buscan a las criaturas las encuentran, pero con muchas contradicciones, con la prohibición de amarlas, con la orden de no adorar sino a Dios, y de no amar nada sino a Él; lo que es lo mismo, y que, finalmente, el Mesías no ha venido para ellos; mientras que los que buscan a Dios lo encuentran y sin contradicción ninguna, con el mandato de no amar nada sino a Él, y que ha venido el Mesías en el momento predicho para darles los bienes que imploran.

Los judíos tenían asimiladas profecías que veían realizarse; y la doctrina de su ley era no adorar ni amar sino a un solo Dios; era también perpetua. Tenía así todas las notas de la verdadera religión; y lo era. Pero hay que distinguir la doctrina de los judíos y la doctrina de la ley de los judíos. Ahora bien: la doctrina de los judíos no era verdadera, aunque tuvo milagros, profecías y perpetuidad, porque carecía de este otro punto: de no adorar y de no amar sino a Dios.

678. FIGURAS. -Un retrato nos trae ausencia y presencia, placer y desagrado. La realidad excluye ausencia y desagrado.

Para saber si la ley y los sacrificios son realidad o figura, hay que ver si los profetas, al hablar de estas cosas, detuvieron en ellas su mirada y su pensamiento, en tal forma que no hubieran visto sino esta antigua alianza, o bien si vieron en ella algo tan distinto de que fueron pintura; porque en un retrato se ve la cosa figurada. Para eso basta con examinar lo que dicen.

Cuando dicen que será eterna, ¿se refieren a la alianza, de la que dicen que será cambiada; y lo mismo respecto de los sacrificios, etc.?

La cifra tiene dos sentidos cuando se sorprende una carta importante en la que se encuentra un sentido claro y en la que se dice, sin embargo, que su sentido está velado u oscurecido, que está escondido, de suerte que se verá esta carta sin verla y se entenderá sin entenderla; ¿qué deberemos pensar sino que es una cifra de doble sentido, y tanto más si se encuentran en ella contrariedades manifiestas en el sentido literal? Los profetas han dicho claramente que Dios amaría siempre a Israel, y que la ley sería eterna, y han dicho que no se entendería su sentido, y que éste estaba velado.

Cuánto no deberemos estimar, pues, a los que nos descifran la cifra y nos enseñan a conocer el sentido escondido, y, principalmente, cuando los principios en que se apoyan son absolutamente principales y claros. Es lo que hicieron Jesucristo y los apóstoles. Han levantado el sello, han roto el velo y han descubierto el espíritu. Nos han enseñado con ello que los enemigos del hombre son sus pasiones; que el Redentor sería espiritual, y su reino espiritual; que tendría dos advenimientos: uno de miseria para rebajar al hombre soberbio, otro de gloria para exaltar al hombre humillado; que Jesucristo sería Dios y hombre.

679. FIGURAS. -Jesucristo les abrió el espíritu para entender las Escrituras.

He aquí dos grandes aperturas: 1º. Todas las cosas les acontecieron en figura: «vere israelitae, vere liberi», verdadero pan del cielo. 2º. Un Dios humillado hasta la cruz: ha hecho falta que Cristo haya sufrido para entrar en su gloria: «Que vencería a la muerte por su muerte.»

684. CONTRADICCIÓN. -No puede hacerse una buena fisonomía sino reuniendo todas nuestras contrariedades, y no basta conseguir una sucesión de cualidades concordantes sin concordar a los contrarios. Para entender el sentido de un autor, es preciso poner de acuerdo todos los pasajes contrarios.

Así, para entender la Escritura, hay que descubrir un sentido en el cual concuerden todos los pasajes contrarios. No basta con tener uno que convenga a varios pasajes concordantes, sino que hace falta uno que ponga de acuerdo incluso a los pasajes contrarios.

Todo autor tiene un sentido con el que concuerdan todos los pasajes contrarios o, si no, es que no tiene sentido ninguno. No puede decirse esto de la Escritura y de los profetas; tenían, seguramente, demasiado buen sentido. Es menester encontrar, pues, uno que ponga de acuerdo a todas las contrariedades. El verdadero sentido no es, pues, el de los judíos; pero en Jesucristo concuerdan todas las contradicciones.

Los judíos serían incapaces de poner de acuerdo la cesación de la realeza y del principado, predichas por Oseas, con la profecía de Jacob.

Si se toman la ley, los sacrificios y el reino por realidades, no se pueden poner de acuerdo todos los pasajes. Por tanto, es necesario que no sean sino figuras. Incluso no pueden ponerse de acuerdo los pasajes de un mismo autor, ni de un mismo libro, ni a veces de un mismo capítulo, lo que indica suficientemente cuál era el sentido del autor; como cuando Ezequiel (cap. XX) dice que se vivirá en los mandamientos de Dios y que no se vivirá en ellos.

687. FIGURAS. -Cuando la palabra de Dios, que es verdadera, es literalmente falsa, ¿es verdadera espiritualmente? «Sede a dextris meis», esto es falso literalmente, luego es verdad espiritualmente.

En estas expresiones se habla de Dios a la manera de los hombres; y esto no significa otra cosa sino que la intención que los hombres tienen a hacer sentar a su derecha la tendrá también Dios; es, pues, una nota de la

intención de Dios, no de su manera de ejecutarla.

Así, cuando dice: «Dios ha aceptado el aroma de vuestros perfumes, y os dará en recompensa una tierra fértil»; es decir, la misma intención que tendría un hombre que, al recibir complacido vuestros perfumes, os diera en recompensa una tierra fértil, la tendrá también Dios para con vosotros, porque habéis tenido para Él la misma intención que tiene un hombre respecto de aquel que le da perfumes. Así, «iratus est», «Dios celoso», etc. Porque, siendo inexpresables las cosas de Dios, no pueden ser dichas de otras maneras, y la Iglesia usa todavía las mismas locuciones: «quia confortavit seras», etc.

No es lícito atribuir a la Escritura sentidos que ella misma no nos ha revelado poseer. Así, decir que el mem cerrado de Isaías significa 600 es cosa que no está revelada. Pudo haber dicho que los tsade finales y los he deficientes significarían misterios. No es, pues, lícito decirlo, y menos todavía decir que es a modo de piedra filosofal. Nosotros decimos, en cambio, que el sentido literal no es el verdadero, porque los profetas mismos lo han dicho.

692. Hay quienes ven perfectamente que no hay más enemigo del hombre que la concupiscencia que le desvía de Dios, y no Dios; ni más bien que Dios, y no una tierra fértil. Los que creen que el bien del hombre se halla en la carne, y el mal en lo que le desvía de los placeres de los sentidos, que se embriaguen con ellos y que mueran en ellos. Pero los que buscan a Dios con todo su corazón, los que no tienen más desplacer que verse privados de su vista, que no tienen más deseo sino poseerle, ni más enemigos que los que le desvían de Él; que se afligen al verse dominados y desviados por tales enemigos, consuélense; yo les anuncio una feliz nueva: hay para ellos un liberador, yo se lo haré ver, les mostraré que hay un Dios para ellos; no les mostraré a los demás. Haré ver que fue prometido un Mesías que libraría de los enemigos; y que vino uno para librar de las iniquidades, pero no de los enemigos.

Cuando David predice que el Mesías liberará a su pueblo de sus enemigos, puede creerse carnalmente que será de los egipcios, y entonces yo no puedo mostrar que la profecía se haya cumplido. Pero puede pensarse también que será de las iniquidades, porque, en verdad, los egipcios no son enemigos, pero las iniquidades lo son. Esta palabra «enemigo» es, pues, equívoca. Pero si dijera en otros sitios, como de hecho lo dice, que se liberará a su pueblo de sus pecados, así como Isaías y los demás, desaparece el equívoco, y queda reducido el doble sentido de los enemigos al de las simples iniquidades. Porque si en el espíritu existen pecados, pudo perfectamente denominarlos enemigos; pero si pensara en los enemigos, no podía designarlos con iniquidades.

Ahora bien: Moisés, David e Isaías usaban los mismos términos. ¿Quién dirá, pues, que no tenían un mismo sentido, y que el sentido de David, que manifiestamente se refiere a las iniquidades cuando habla de enemigos, no sea el mismo que el de Moisés al hablar de enemigos?

Daniel (cap. IX) ruega por la liberación del pueblo de la cautividad de sus enemigos, pero pensaba en los pecados, y para mostrarlo dice que Gabriel vino a decirle que había sido escuchado, y que no había que esperar más de setenta semanas, después de las cuales el pueblo sería librado de la iniquidad, el pecado terminaría, y el liberador, el santo de los santos, traería la justicia «eterna», no la legal, sino la eterna.

Sección X

693. Al ver la obcecación y la miseria del hombre, al contemplar al universo entero enmudecido y al hombre sin luz, abandonado a sí mismo, y como descarriado en este rincón del universo, sin saber quién le ha colocado en él, qué es lo que ha venido a hacer, lo que será de él cuando muera, incapaz de todo conocimiento, me espanto como un hombre a quien se hubiese transportado dormido a una isla

desierta y espantosa, y se despertara sin conocer dónde está, y sin remedio de salir de allí. Y me admiro cómo no se cae en la desesperación por un estado tan miserable. Veo junto a mí otras personas de naturaleza semejante: les pregunto si están mejor informadas que yo, y me dicen que no; y para colmo, estos miserables descarriados, mirando en torno de sí, y viendo algunos objetos agradables, se han entregado y pegado a ellos. Por lo que a mí hace, no he podido apegarme a ellos, y considerando que, según todas las apariencias, hay algo distinto de lo que veo, he inquirido si este Dios no habrá dejado alguna señal de mí mismo.

Veo varias religiones contrarias, y, sin embargo, todas falsas menos una. Todas pretenden ser creídas por su propia autoridad y amenazan a los incrédulos. Por tanto, no creo en ellas sobre este punto. Todas pueden decir esto, todo el mundo puede llamarse profeta. Pero veo la cristiana donde se encuentran profecías, y esto es lo que no todo el mundo puede hacer.

698. No se entienden las profecías sino cuando se ve que las cosas han sucedido: así, las pruebas del retiro, y de la discreción, del silencio, etc., no se prueban sino para aquellos que las conocen y creen en ellas.

José, tan interior en una ley completamente exterior.

Las penitencias exteriores disponen a la interior, como las humillaciones a la humildad. Así las...

702. Celo del pueblo judío por su ley, y principalmente desde que ya no hay profetas.

703. Mientras hubo profetas que mantuvieron la ley, el pueblo fue negligente; pero desde que ya no hay profetas ha sucedido el celo.

706. La mayor de las pruebas de Jesucristo son las profecías. Es también aquello de que Dios más ha provisto; porque el suceso que las ha realizado es un milagro subsistente desde el nacimiento de la Iglesia hasta el final. Así, Dios suscitó profetas durante mil seiscientos años; y durante cuatrocientos años después dispersó todas estas profecías, con todos los judíos que las llevaban a todos los lugares del mundo. He aquí cuál fue la preparación al nacimiento de Jesucristo, cuyo Evangelio, habiendo de ser creído por todo el mundo, hizo falta, no solamente que hubiera profecías que hicieran creer en él, sino también que estas profecías estuvieran por todo el mundo, para hacer que todo el mundo lo abrazara.

707. Pero no fue suficiente que hubiera profecías; hacía falta que estuvieran distribuidas por todos los lugares, y conservadas en todos los tiempos. Y a fin de que no se tomara este concierto como un efecto del azar, hacía falta que ello fuera predicho.

Es mucho más glorioso para el Mesías que ellos (los judíos) sean espectadores y hasta instrumentos de su gloria aparte de la que Dios les había reservado.

710. PROFECÍAS. -Si un solo hombre hubiera compuesto un libro de predicciones de Jesucristo, acerca del tiempo y de la manera, y si Jesucristo hubiera venido conforme con estas profecías, ello tendría una fuerza infinita.

Pero hay aquí mucho más: una sucesión de hombres durante cuatro mil años que, constantemente y sin variación, vienen, los unos después de los otros, prediciendo este mismo advenimiento. Es todo un pueblo quien lo anuncia, y que subsiste desde hace cuatro mil años, para dar testimonio corporal de sus seguridades acerca de ello, y de las que no pueden ser separados, cualesquiera que sean las amenazas y persecuciones de que se les haga objeto. Esto es mucho más considerable.

711. PREDICCIONES DE COSAS PARTICULARES. - Eran extranjeros

en Egipto sin propiedad alguna, ni en este país, ni en otro alguno. No había allí la menor apariencia ni de la realeza que existió durante tanto tiempo después, ni de aquel consejo soberano de los setenta jueces que llamaron al Sanedrín, que, habiendo sido instituidos por Moisés, duró hasta los tiempos de Jesucristo; todas estas cosas se hallaban lo más alejadas de su estado presente, cuando al morir Jacob y bendecir a sus doce hijos les declara que serán poseedores de una gran tierra, y predice particularmente a la familia de Judá que los reyes que algún día habrían de gobernarles serían de su raza, y que todos sus hermanos serían súbditos suyos, y que hasta el Mesías, que había de ser la expectación de las naciones, nacería de él, y que la realeza no sería ya arrebatada a Judá, ni el gobernante ni el legislador a sus descendientes, hasta que el Mesías esperado viniera en su familia.

Este mismo Jacob, disponiendo de esta tierra futura como si hubiera sido dueño de ella, dio a José una parcela más que a los otros: «Os doy -dijo- una parte más que a vuestros hermanos.» Y bendiciendo a sus dos hijos, Efraín y Manasés, que José le había presentado, el primogénito Manasés a su derecha y el joven Efraín a su izquierda, abre sus brazos en cruz, y posando su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, y la izquierda sobre Manasés, les bendice de esta suerte; y al darle a entender José que prefiere al más joven, le responde con una firmeza admirable: «Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé; pero Efraín crecerá mucho más que Manasés.» Lo cual resultó ser efectivamente tan verdadero después, que, siendo él solo casi tan abundante como dos ramas enteras que componían todo un reino, fueron ordinariamente designadas con el solo nombre de Efraín.

Este mismo José, al morir, recomienda a sus hijos que se lleven sus huesos consigo cuando vayan a esta tierra, en la que no estuvieron sino doscientos años después.

Moisés, que escribió todo esto tanto tiempo antes de que hubiera acontecido, hizo él mismo el reparto de esta tierra para cada familia, como si hubiera sido dueño de ella, y declara, finalmente, que Dios había de suscitar de su nación y de su raza un profeta de quien había sido figura,

y les predice exactamente todo lo que habrá de acontecerles en la tierra en que iban a entrar después de su muerte, las victorias que Dios les concederá, su ingratitud para con Dios, los castigos que recibirán, y el resto de sus aventuras. Les da los árbitros que realizarán el reparto, les prescribe la forma toda de gobierno político que habrán de observar, las ciudades de refugio que construirán, y...

712. Las profecías mezcladas con cosas particulares, y con las del Mesías, a fin de que las profecías del Mesías no carecieran de pruebas, y de que las profecías particulares no carecieran de fruto.

713. CAUTIVIDAD DE LOS JUDÍOS SIN RETORNO. -Jeremías, XI, 11: «Haré caer sobre Judá males de que no podrán ser liberados.»

FIGURAS. -Isaías, V, 2: «El Señor tuvo una viña de la que esperó uvas y no produjo sino agraz. Por tanto, la haré desaparecer y la destruiré; la tierra no producirá en ella más que espinas, y prohibiré al cielo que llueva sobre ella. La viña del Señor es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su deleitable germen. Esperé que realizaran acciones de justicia, y no producen sino iniquidades.»

Isaías, VIII: «Santificad al Señor con temor y temblor; no temáis sino a Él, y será para vosotros santificación; pero será piedra de escándalo y de choque para las dos casas de Israel. Será emboscada y ruina para el pueblo de Jerusalén; y en gran número de entre ellos chocarán contra esta piedra, caerán sobre ella y se romperán, y caerán en esta emboscada y perecerán en ella. Velad mis palabras y cubrid mi ley para mis discípulos.

»Aguardaré, pues, paciente al Señor que se vela y se esconde en la casa de Jacob.»

Isaías, XIX: «Confundíos y sorprendeos, pueblo de Israel;

vacilad, tropezad y embriagaos, pero no con una embriaguez de vino; tropezad, pero no por embriaguez, porque Dios os ha preparado el espíritu de embotamiento: os velará los ojos, obcecará a vuestros príncipes y a vuestros profetas que tienen visiones.» Daniel, XII: «Los malos no lo entenderán, pero los que estén bien instruidos lo entenderán.» Oseas, último capítulo, último versículo, después de muchas bendiciones temporales, dice: «¿Dónde está el sabio? Y entenderá estas cosas», etc. Y las visiones de todos los profetas estarán ante vuestra mirada como un libro sellado, tal que si se entrega a un hombre sabio, y que pueda leerlo, responderá: no puedo leerlo, porque está sellado, y cuando se lo entregue a aquellos que no saben leer, dirán: no conozco las letras.

Y el Señor me ha dicho: porque este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí (he aquí la razón y la causa; porque si adoraran a Dios de corazón, entenderían las profecías), y no me han servido más que por caminos humanos: por esta razón añadiré a todo lo demás el acarrear sobre este pueblo una sorprendente maravilla y un prodigio grande y terrible; a saber: que la sabiduría de sus sabios perecerá y su inteligencia quedará oscurecida.

PROFECÍAS. PRUEBAS DE DIVINIDAD. -Isaías, XLI: «Si sois dioses, acercaos, anunciadnos las cosas futuras, e inclinaremos nuestro corazón ante vuestras palabras. Enseñadnos las cosas que fueron al comienzo y profetizadnos las que han de suceder.

»Por ello sabremos que sois dioses. Hacedlo bien o mal, si lo podéis. Veamos, pues, y razonemos juntos. Pero no sois nada, no sois sino abominación, etc. ¿Quién de entre vosotros nos instruye (por autores contemporáneos) de las cosas sucedidas desde los comienzos y los orígenes, a fin de que le digamos: vos sois el justo? No hay nadie que nos lo diga ni que prediga el porvenir.»

Isaías, XLII: «Yo, que soy el Señor, no comunico mi gloria a otros. Soy yo quien ha hecho predecir las cosas que han acontecido, y que predigo aun las que van a suceder. Cantad

un cántico nuevo a Dios por toda la tierra.

»Traed aquí a este pueblo que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y es sordo. Reúnanse todas las naciones. ¿Quién de entre ellas -y de sus dioses- os instruirá acerca de las cosas pasadas y futuras? Aduzcan sus testigos para justificación suya; o, si no, que me escuchen y confiesen que la verdad está aquí.

»Vosotros sois mis testigos, dice el Señor; vosotros y mi servidor que he elegido, a fin de que me conozcáis y de que me creáis que soy yo quien soy.

»He predicho, he salvado, he realizado por mí mismo estas maravillas ante vuestros ojos; vosotros sois los testigos de mi divinidad, dice el Señor.

»Soy yo quien por amor vuestro he roto las fuerzas de los babilonios; soy yo quien os ha santificado y quien os ha creado.

»Soy yo quien os hizo pasar por medio de las aguas y del mar y de los torrentes, y quien sumergió y destruyó para siempre jamás a los poderosos enemigos que os opusieron resistencia.

»Pero dejad la memoria de estos antiguos beneficios, y no dirijáis ya los ojos hacia las cosas pasadas.

»He aquí que preparo cosas nuevas que van a aparecer muy pronto, y las conoceréis vosotros: haré los desiertos habitables y deliciosos.

»Yo me he formado este pueblo, lo he establecido para anunciar mis alabanzas, etc.

»Pero por mí mismo borraré vuestros pecados y olvidaré vuestros crímenes: porque, en cuanto a vosotros, repasad con la memoria vuestras ingratitudes, para ver si tenéis con qué justificaros. Vuestro primer padre pecó, y vuestros doctores todos han sido prevaricadores.»

Isaías, XLIV: «Yo soy el primero y el último, dice el Señor; quien quiera igualarse conmigo, que cuente el orden de las cosas desde que he formado los primeros pueblos, y que anuncie las cosas que han de suceder. No temáis nada; ¿es que no os he dado a entender todas estas cosas? Vosotros sois mis testigos.»

PREDICCIÓN DE CIRO. -Isaías, XLIV, 4: «A causa de Jacob, a quien he elegido, te he llamado por tu nombre.»

Isaías, XLV, 21: «Venid y discutamos juntos: ¿Quién es el que ha hecho entender las cosas desde el comienzo? ¿Quién ha predicho las cosas desde entonces? ¿No soy yo el Señor?»

Isaías, XLVI: «Recapitulad los primeros siglos, y reconoced que no hay nada semejante a mí, que anuncio desde el comienzo las cosas que han de suceder al fin, diciendo el origen del mundo. Mis decretos subsistirán, y todas mis voluntades se realizarán.»

Isaías, XLVII: «Las primeras cosas acontecieron tal como habían sido predichas y he aquí que ahora predigo nuevas cosas y os las anuncio antes de que hayan sucedido.»

Isaías, XLVIII, 3: «Yo hice predecir las primeras, y las he realizado después; y han sucedido a la manera como yo dije, porque sé que sois duros, que vuestro espíritu es rebelde y vuestra frente impúdica; por esto he querido anunciarlas antes de que advengan, a fin de que no podáis decir que fue la obra de vuestros dioses y el efecto de sus órdenes.

»¿Veis que ha sucedido lo que he predicho y no lo contrario? Ahora yo os anuncio cosas nuevas, que conservo en mi poder, y que no habéis visto todavía. Sólo ahora las preparo y no desde hace tiempo: os las he mantenido escondidas de miedo a que os vanagloriarais de haberlas previsto por vosotros mismos.

»Porque no tenéis conocimiento ninguno de ellas y nadie os ha hablado de ellas y vuestros oídos nada han oído de ellas; porque yo os conozco y sé que estáis llenos de prevaricación, os he dado el nombre de prevaricadores desde los primeros tiempos de vuestro origen.»

REPROBACIÓN DE LOS JUDÍOS Y CONVERSIÓN DE LOS GENTILES.
-Isaías, XLV: «Me han buscado quienes no me consultaban. Me han encontrado los que no me buscaban; yo he dicho: ¡Heme aquí!, ¡heme aquí!, al pueblo que no invocaba mi nombre.

»Yo he tenido tendidas mis manos durante todo el día al pueblo incrédulo que sigue sus deseos y que anda en malos caminos, a este pueblo que me provoca sin cesar por los crímenes que comete en mi presencia, y que ha llegado a sacrificar a los ídolos, etc.

»Serán disipados como humo en el día de mi furor, etc.

»Reuniré las iniquidades vuestras y las de vuestros padres y os pagaré a todos según vuestras obras.

»El Señor dice así: Por amor a mis servidores, no perderé a todo Israel, sino que me reservaré a algunos, como se reserva un grano que queda en un racimo, del que se dice: no lo arranquéis, porque es bendición y esperanza de fruto.

»Así tomaré de Jacob y de Judá, para poseerlas, mis

montañas, que mis elegidos y mis servidores tenían en herencia, y mis campiñas fértiles y admirablemente abundantes; pero exterminaré todas las demás, porque habéis olvidado a vuestro Dios para servir a dioses extranjeros. Yo os he llamado y no habéis respondido; he hablado y no habéis oído y habéis elegido las cosas que yo prohibí.

»Por esto es por lo que el Señor dice estas cosas: He aquí que mis servidores serán hartos y que vosotros languideceréis de hambre; mis servidores estarán en alegría y vosotros en confusión, mis servidores cantarán cánticos de abundancia de alegría de su corazón, y vosotros lanzaréis gritos y aullidos en la aflicción de vuestro espíritu.

»Y dejaréis a mis elegidos vuestro nombre en abominación. El Señor os exterminará y llamará a sus servidores con un nombre distinto, en el cual aquel que sea bendito en la tierra será también bendito en Dios, etc., porque los primeros dolores han sido dejados en olvido.

»Porque he aquí: yo creo nuevos cielos y una nueva tierra, y las cosas pasadas ya no existirán en la memoria ni vendrán más al pensamiento.

»Pero vosotros os alegraréis por siempre jamás en las cosas nuevas que yo creo, porque yo creo Jerusalén, que no es otra cosa sino alegría, y su pueblo regocijo.

»Y me complaceré en Jerusalén y en mi pueblo, y no se oirán más gritos ni llanto.

»Yo lo escucharé antes de que pida; le oiré apenas comience a hablar. El lobo y el cordero pacerán juntos, el león y el buey comerán la misma paja; la serpiente no comerá más que polvo, y no se cometerán ya ni homicidios ni violencias en toda mi santa montaña.»

Isaías, LXVI, 3: «El señor dice lo siguiente: sed justos y rectos, porque mi salvación está cercana y mi justicia va a ser revelada.

»Bienaventurado el que hace estas cosas y observa mi sábado, y guarda sus manos de la comisión de todo mal.

»Y que los extranjeros que se adhieran a mí no digan: Dios me separará de su pueblo. Porque el Señor dice lo siguiente: A todo el que guardare mi sábado y lo eligiere el cumplir mis voluntades y guardare mi alianza, le haré lugar en mi casa, y le daré un nombre mejor que aquel que he dado a mis propios hijos: será un nombre eterno que no perecerá jamás.»

Isaías, LIX, 9: «Por nuestros crímenes es por lo que la justicia se ha alejado de nosotros. Esperamos la luz, y no encontramos sino tinieblas; hemos esperado la claridad, y andamos en la oscuridad; hemos palpado la muralla como ciegos, y hemos tropezado en pleno mediodía como si fuera en medio de una noche, y como muertos en lugares tenebrosos.

»Rugiremos todos como osos y gemiremos como palomas; hemos esperado la justicia, y no llega; hemos esperado la salvación, y se aleja de nosotros.»

Isaías, LXVI, 18: «Pero yo visitaré sus obras y sus pensamientos cuando venga para reunirlos con todas las naciones y pueblos, y verán mi gloria.

»Y les impondré un signo, y de entre los que se hayan salvado enviaré algunos a las naciones de África, de Lidia, de Italia y de Grecia, y a los pueblos que no han oído hablar de mí, y que no han visto mi gloria. Y os traerán a vuestros hermanos.»

REPROBACIÓN DEL TEMPLO. -Jeremías, VII: «Id a Siló, donde

había establecido mi nombre al principio, y ved lo que hice allí a causa de los pecados de mi pueblo. Y ahora, dice el Señor, puesto que habéis cometido los mismos crímenes, haré con este templo en que se invoca mi nombre, y en el que os confiáis, y que yo mismo he dado a vuestros sacerdotes, lo mismo que he hecho de Siló. (Porque lo he rechazado, y me he construido un templo en otra parte.)

»Y os arrojaré lejos de mí, de la misma manera que he arrojado a vuestros hermanos los hijos de Efraín. (Rechazados sin vuelta.) No oréis, pues, ya por este pueblo.»

Jeremías, VII, 22: «¿Para qué os sirve añadir sacrificios a los sacrificios? Cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les hablé de sacrificios y de holocaustos, no les di ninguna orden concerniente a ellos, y el precepto que les he dado fue de esta suerte: sed obedientes y fieles a mis mandamientos y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. (Solamente después que hubieron sacrificado al becerro de oro hice que se me ofrecieran sacrificios, para orientar hacia el bien una mala costumbre.)»

Jeremías, VII, 4: «No confiéis en las palabras de mentira de los que os dicen: el templo del Señor, el templo del Señor, del templo del Señor son.»

722. Daniel, II: «Ninguno de vuestros adivinos y de vuestros sabios puede descubrir el misterio que pedís. Y hay un Dios en el cielo que lo puede, y que os ha revelado en vuestro sueño las cosas que han de acontecer en los últimos tiempos. (Era preciso que este sueño le llegara bien al corazón.)

»No es por mi propia ciencia por lo que he tenido conocimiento de este secreto, sino por la revelación de este mismo Dios que me lo ha descubierto para hacerla manifiesta en presencia vuestra.

»Vuestro sueño era, pues, como sigue: Habéis visto una estatua grande, alta y terrible, que se erguía ante vos. Su cabeza era de oro; el pecho y los brazos eran de plata; el vientre y los muslos eran de latón; las piernas eran de hierro, pero los pies eran de una mezcla de hierro y de tierra (arcilla). La estabais contemplando de esta suerte, hasta que la piedra tallada sin manos chocó contra la estatua por los pies mezclados de hierro y de tierra y los aplastó.

»Y entonces quedaron reducidos a polvo, y el hierro, y la tierra, y el latón, y la plata, y el oro se disiparon en el aire; pero esta piedra que chocó con la estatua creció hasta convertirse en una gran montaña y llenó toda la tierra. He aquí cuál ha sido vuestro sueño, y ahora voy a daros su interpretación.

»Vos que sois el más grande de los reyes, y a quien Dios ha dado un poder tan vasto que sois temido por todos los pueblos, estáis representado por la cabeza de oro de la estatua que habéis visto. Pero otro imperio sucederá al vuestro que no será tan poderoso; y después vendrá otro de latón que se extenderá por todo el mundo.

»Pero el cuarto será fuerte como el hierro; y así como el hierro rompe y perfora todas las cosas, así también este imperio romperá y lo aplastará todo.

»Y lo que habéis visto, los pies y las extremidades de los pies compuestas en parte de tierra y en parte de hierro, denota que este imperio será dividido y tendrá en parte la solidez del hierro y en parte la fragilidad de la tierra.

»Pero así como el hierro no puede aliarse sólidamente con la tierra, así tampoco los que están representados por el hierro y por la tierra podrán establecer entre sí una alianza durable, aunque se unan por matrimonio.

»Y en el tiempo de estos monarcas, Dios suscitará un reino que jamás será destruido ni transportado jamás a otro pueblo. Disipará y terminará con todos estos imperios, pero él subsistirá eternamente, según lo que os ha sido revelado en esta piedra, la cual, no estando tallada con manos, cayó de la montaña y quebró el hierro, la tierra, la plata y el oro. He aquí lo que Dios os ha descubierto de las cosas que han de suceder en la serie de los tiempos. Este sueño es verdadero y su interpretación es fiel.

»Entonces Nabucodonosor se prosternó con el rostro contra la tierra», etc.

Daniel, VIII, 8: «Habiendo visto David el combate entre el jabalí y el macho cabrío que le venció, que dominó sobre la tierra, del cual, habiendo caído el cuerno principal, surgieron otros cuatro hacia los cuatro vientos del cielo; de uno de los cuales salió un pequeño cuerno que se agrandó hacia el Mediodía, hacia el Oriente y hacia la tierra de Israel, y se elevó contra el ejército del cielo, derrotó las estrellas, las pisoteó, y, finalmente, derribó al príncipe, e hizo cesar el sacrificio perpetuo y puso en desolación al santuario.

»He aquí lo que vio Daniel. Pidió una explicación de ello, y una voz gritó de esta suerte: «Gabriel, hazle entender la visión que ha tenido», y Gabriel le dijo:

»El jabalí que habéis visto es el rey de los medos y de los persas, y el macho cabrío es el rey de los griegos, y el gran cuerno que tenía entre sus ojos es el primer rey de esta monarquía.

»Y el que este cuerno, una vez roto, haya sido reemplazado por otros cuatro, es que cuatro reyes de esta nación le sucederán, pero no con el mismo poder.

»Ahora bien: al declinar de estos reinos, habiendo crecido

las iniquidades, se alzar  un rey insolente y fuerte, pero con un poder de prestado, por el cual todas las cosas sucederán a su antojo; y podrá en desolación al pueblo santo, y obteniendo éxitos en sus empresas, con un espíritu doble y engañoso, matar  a muchos, y se levantará finalmente contra el príncipe de los príncipes, pero perecerá desgraciadamente, y, sin embargo, no por una mano violenta.»

Daniel, IX, 20: «Como rogara a Dios de todo corazón y, confesando mi pecado, y el de todo mi pueblo, me hallara prosternado ante mi Dios, he aquí que Gabriel, a quien desde el principio había visto yo en visión, vino a mí y me tocó a la hora del sacrificio de la tarde, y dándome inteligencia me dijo: «Daniel, he venido para abriros el conocimiento de las cosas. Desde el comienzo de vuestras oraciones he venido para descubrirros lo que dese is, porque sois el hombre de deseos; escuchad, pues, la palabra y entrad en la inteligencia de la visión. Sesenta semanas han sido prescritas y determinadas sobre vuestro pueblo y sobre vuestra santa ciudad para expiar los crímenes, poner fin a los pecados, abolir la iniquidad, y para introducir la justicia eterna, para realizar las visiones y las profecías y para ungir el santo de los santos. (Después de lo cual este pueblo no será ya vuestro pueblo, ni esta ciudad la ciudad santa. El tiempo de cólera habrá pasado, los años de gracia vendrán para siempre jams.)

»Sabed, pues, y entended. Desde que salga la palabra para restablecer y reedificar Jerusalén, hasta el príncipe Mesías, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. (Los hebreos tenían costumbre de dividir los números y poner primero el menor. Estas siete y sesenta y dos hacen en realidad sesenta y nueve: de las setenta quedará, pues, la septuagésima, es decir, los siete últimos años de que va a hablar en seguida.)

»Después que la plaza y los muros hayan sido edificados en un tiempo de inquietud y de aflicción, y después de estas sesenta y dos semanas (que habrán seguido a las siete primeras. Cristo será, pues, muerto después de sesenta y nueve semanas; es decir, en la última), el Cristo será muerto, y vendrá un príncipe, que destruir  la ciudad y el

santuario, y lo inundará todo; el fin de esta guerra consumará la desolación.

»Y una semana (que es la septuagésima que falta), establecerá la alianza con muchos; y ya en la mitad de la semana (es decir, los últimos tres años y medio) abolirá el sacrificio y la hostia, y hará sorprendentemente la extensión de la abominación, que se extenderá y durará sobre aquellos mismos que se asombren de ella hasta la consumación.»

Daniel, XI, 3: «El ángel dijo a Daniel: Habrá aún (después de Ciro, bajo el cual acontece esto todavía) tres reyes de Persia (Cambises, Esmerdis, Darío), y el cuarto que vendrá después (Jerjes) será más poderoso en riqueza y en fuerza y alzaré todos sus pueblos contra los griegos.

»Pero surgirá un rey poderoso (Alejandro), cuyo imperio tendrá una extensión extrema, y que logrará éxitos en todas sus empresas según sus deseos. Pero cuando se establezca su monarquía, perecerá y será dividida en cuatro partes hacia los cuatro vientos del cielo (como se dijo antes, VI, 6; VIII, 8), pero no a personas de su raza; y sus sucesores no le igualarán en poder, porque hasta su reino será dispersado a otros distintos de ellos (estos cuatro principales sucesores).

»Y aquel de sus sucesores que reinará hacia el Mediodía (Egipto, Tolomeo, hijo de Lago) se hará poderoso, pero otro le sobrepasará y su estado será un gran estado (Seleuco, rey de Siria. Apiano dice que es el más poderoso de los sucesores de Alejandro).

»Y en el transcurso de los años se aliarán; y la hija del rey del Mediodía (Berenice, hija de Tolomeo Filadelfo, hijo del otro Tolomeo) vendrá al rey de Aquilón (a Antioco Teos, rey de Siria y de Asia, sobrino de Seleuco Lágida) para establecer la paz entre estos príncipes.

»Pero ni ella ni sus descendientes tendrán una larga autoridad; porque ella y los que la habían enviado, y sus hijos y sus amigos serán entregados a la muerte (Berenice y sus hijos fueron asesinados por Seleuco Calínico).

»Pero se levantará un brote de sus raíces (Tolomeo Evergetes nacerá del mismo padre que Berenice), que vendrá con un poderoso ejército a las tierras del rey del Aquilón, donde lo someterá todo a sí y transportará a Egipto sus dioses, sus príncipes, su oro, su plata y todos sus más preciosos despojos (si por razones domésticas no hubiera sido llamado a Egipto, habría despojado completamente a Seleuco, dice Justino); y haber algunos años sin que el rey de Aquilón pueda nada contra él.

»Y así volverá a su reino; pero los hijos del otro, irritados, reunirán grandes fuerzas (Seleuco Cerauno, Antioco Magno). Y su ejército vendrá y lo desolará todo. Pero el rey del Mediodía, irritado, formará también un gran cuerpo de ejército, y librará batalla (Tolomeo Filopátor contra Antioco Magno, en Rafia), y vencerá; y sus tropas se harán insolentes, y su corazón se hinchará (este Tolomeo profanó el templo: Josefo), vencerá a millares de hombres, pero su victoria no será firme. Porque el rey de Aquilón (Antioco Magno) volverá con fuerzas todavía mayores que las de la primera vez, y entonces un gran número de enemigos se levantará también contra el rey del Mediodía (reinando el joven Tolomeo Epífanos) y hasta hombres apóstatas, violentos, de tu pueblo, se alzarán a fin de que las visiones se cumplan y perecerán (los que habían abandonado su religión para agradar a Evergetes cuando envió sus tropas a Escopas, porque Antioco reconquistará Escopas y les vencerá). Y el rey del Aquilón destruirá los muros, y tomará las ciudades mejor fortificadas, y la fuerza entera del Mediodía no podrá resistirle, y todo cederá a su voluntad; se detendrá en la tierra de Israel, que cederá ante él. Y así pensará en hacerse dueño de todo el imperio de Egipto (despreciando la juventud de Epífanos, dice Justino). Y para esto se aliará con él y le dará su hija (Cleopatra), para que traicione a su marido; respecto de lo cual dice Apiano que, desconfiando de poder hacerse dueño de Egipto por la fuerza, a causa de la protección de los romanos, quiso atentar por fineza. Querrá corromperla, pero no podrá seguir sus intenciones; y entonces se lanzará a

otros designios y pensará en hacerse dueño de algunas islas (es decir, lugares marítimos) y conquistará algunas (como dice Apiano).

»Pero un gran jefe se opondrá a sus conquistas (Escipión el Africano, que detuvo los progresos de Antioco Magno porque ofendía a los romanos en la persona de sus aliados) y detendrá la vergüenza que había de sobrevenirle. Volverá así a su reino y perecerá en él (fue muerto por los suyos) y no será más.

»Y el que le sucederá (Seleuco Filopátor, o Sóter, hijo de Antioco Magno) será un tirano, que afligirá con impuestos la gloria del reino (que es el pueblo); pero al poco tiempo morirá, mas no por sedición ni por guerra. Y le sucederá en su lugar un hombre despreciable e indigno de los honores de la realeza, que se introducirá en ella sagazmente y con caricias. Todos los ejércitos se doblegarán ante él, los vencerá, y hasta al príncipe con quien había hecho alianza porque, habiendo renovado la alianza con él, le engañará, y viniendo con pocas tropas a sus provincias tranquilas y sin miedo, tomará las mejores plazas y hará más de lo que jamás hicieron sus padres, y asolándolo todo por doquier formará grandes designios durante su tiempo.»

726. PROFECÍAS. -En Egipto, Pug. p. 659, Talmud: «Es tradición entre nosotros que, cuando llegue el Mesías, la casa de Dios, destinada a dispensar su palabra, estará llena de basura y de impurezas, y que la sabiduría de los escribas estará corrompida y putrefacta. Los que teman pecar se verán reprobados por el pueblo y tratados de locos e insensatos.»

Isaías, XLIX: «Escuchad, pueblos lejanos, y vosotros, habitantes de las islas del mar: El Señor me llamó por mi nombre desde el vientre de mi madre, y me protege con la sombra de su mano, y ha puesto mis palabras como una espada aguda, y me ha dicho: tú eres mi servidor; por ti haré aparecer mi gloria. Y yo dije: Señor, ¿he trabajado en vano? ¿Es que he consumido inútilmente toda mi fuerza? Juzgadlo vos, Señor; mi trabajo está ante vos. Entonces, el

Señor, que me formó Él mismo desde el vientre de mi madre para ser todo para Él, a fin de atraer a Jacob y a Israel, me dijo: tú serás glorioso en mi presencia y yo mismo seré tu fuerza; es poco que tú conviertas a las tribus de Jacob; yo te he suscitado para ser la luz de los gentiles y para ser mi salvación hasta las extremidades de la tierra. Éstas son las cosas que el Señor dijo a aquel que humilló su alma, que fue desprecio y abominación para los gentiles, y que se ha sometido a los poderosos de la tierra. Los príncipes y los reyes te adorarán, porque el Señor que te ha elegido es fiel.

»El Señor me dijo todavía: Te he escuchado en los días de salvación y de misericordia, y te he establecido para ser la alianza del pueblo, y ponerte en posesión de las naciones más abandonadas; a fin que digas a los que se hallan en cadenas: salid en libertad; y a los que están en las tinieblas: venid a la luz y poseed tierras abundantes y fértiles. Y no se verán ya más trabajados ni por el hambre ni por la sed ni por el ardor del sol, porque aquel que tuvo compasión de aquéllos será su conductor: les conducirá a las fuentes vivas de las aguas y allanará ante ellos las montañas. He aquí que los pueblos vendrán de todas partes: de Oriente, de Occidente, del Aquilón y del Mediodía. Que el cielo dé con ello gloria a Dios; que la tierra se regocije porque plugo al Señor consolar a su pueblo y tendrá finalmente piedad de los pobres que esperan en Él.

»Y, sin embargo, Sión osó decir: El Señor me ha abandonado y no tiene ya recuerdo de mí. ¿Puede una madre dejar en olvido a su niño y puede perder la ternura hacia aquel que ha llevado en su seno? Pero, aunque fuera capaz de ello, yo, sin embargo, no te olvidaré jamás. Sión: yo te llevo siempre entre mis manos y tus murallas están siempre ante mis ojos. Los que han de restablecerse concurren, y tus destructores serán alejados, levanta los ojos de todas partes, y considera toda esta multitud que se ha reunido para venir a ti. Yo juro que todos estos pueblos te serán dados como un ornamento de que estarás para siempre jamás revestida: tus desiertos y tus soldados y todas las tierras que ahora están desoladas serán demasiado angostas para el gran número de tus habitantes, y los niños que te nazcan en los años de tu esterilidad te dirán: el sitio es demasiado pequeño, ensancha las fronteras y haznos sitio para

habitar. Entonces dirás tú en ti mismo: ¿Quién es el que me ha dado esta abundancia de hijos, yo que no concebía ya, que era estéril, transportada y cautiva? ¿Y quién es el que me los ha alimentado a mí, que estaba abandonada sin socorro? ¿De dónde han venido, pues, todos éstos? Y el Señor te dirá: He aquí que he hecho aparecer mi poder sobre los gentiles y he levantado mi estandarte sobre los pueblos, te traerán niños en sus brazos y en sus senos, los reyes y las reinas serán tus nodrizas, te adorarán con el rostro contra la tierra y besarán el polvo de tus pies; y tú conocerás que yo soy el Señor y que los que esperan en mí jamás serán confundidos; porque ¿quién puede arrebatarse la presa al que es fuerte y poderoso? Pero, incluso aunque se la pudiera arrebatarse, nada podrá impedir que yo salve a tus hijos, y que no pierda a tus enemigos, y todo el mundo reconocerá que yo soy el Señor tu salvador y el poderoso redentor de Jacob.

»El señor dijo estas cosas: ¿Cuál es ese libelo del divorcio según el cual he repudiado a la Sinagoga? ¿Y por qué la he abandonado entre las manos de vuestros enemigos? ¿Y no es por sus impiedades y por sus crímenes por lo que la he repudiado?

»Porque he venido, y nadie me ha recibido; he llamado, y nadie me ha escuchado. ¿Es que mi brazo se ha acortado y que ya no tengo el poder de salvar?

»Por esto es por lo que haré aparecer las señales de mi cólera; cubriré los cielos con tinieblas y los esconderé con velos.

»El Señor me ha dado una lengua bien instruida, a fin de que sepa consolar con mis palabras a aquel que está en la tristeza. Me ha hecho atento a sus discursos y le he escuchado como a un maestro.

»El Señor me ha revelado sus voluntades y no he sido rebelde a ellas.

»He ofrecido mi cuerpo a los golpes y mis carrillos a los ultrajes; he abandonado mi rostro a las ignominias y a los escupitajos; pero el Señor me ha sostenido y por esto no he sido confundido.

»El que me justifica está conmigo. ¿Quién osará acusarme? ¿Quién se levantará para disputar contra mí y para acusarme de pecado, siendo Dios mismo mi protector?

»Todos los hombres pasarán y serán consumidos por el tiempo; los que temen a Dios escuchen, pues, las palabras de su servidor: quien languidece en las tinieblas ponga su confianza en el Señor. Pero, por lo que hace a vosotros, no hacéis sino abrasar la cólera de Dios sobre vosotros, andáis sobre brasas y entre las llamas que vosotros mismos habéis encendido. Es mi mano quien ha hecho venir estos males sobre vosotros; pereceréis en los dolores.

»Escuchadme a mí, vosotros que seguís la justicia y que buscáis al Señor. Mirad a la piedra de que habéis sido tallados y a la cisterna de que habéis sido extraídos. Mirad a Abrahán, vuestro padre, y a Sara, que os ha concebido. Ved cómo estaba solo y sin hijos cuando le llamé, y le di una posteridad tan abundante; ved cuántas bendiciones he repartido sobre Sión y con cuántas gracias y consolaciones le he colmado.

»Considerad, pueblo mío, todas estas cosas, y haceos atentos a mis planes, porque una ley saldrá de mí y un juicio que será la luz de los gentiles.»

Amós, XIII: «Habiendo hecho una enumeración de los pecados de Israel, el profeta dice que Dios juró vengarse de ellos.»

Dice así: «En este día, dice el Señor, haré que el sol se ponga al mediodía y cubriré la tierra con tinieblas en el día de luz; cambiaré vuestras fiestas solemnes en lloros, y

todos vuestros cánticos en llanto.

»Os veréis todos en tristeza y en sufrimiento, y pondré a esta nación en una desolación parecida a la de la muerte de un hijo único; y estos últimos tiempos serán de amargura. Porque he aquí que los días vienen, dice el Señor, en que enviaré sobre esta tierra el hambre, no el hambre y la sed de pan y de agua, sino el hambre y la sed de oír las palabras de parte del Señor. Irán errantes de un mar hasta el otro, y marcharán desde el Aquilón hasta el Oriente; se revolverán por todas partes buscando quien les anuncie la palabra del Señor, y no lo encontrarán.

»Y sus vírgenes y sus jóvenes perecerán con esta sed, ellos, que siguieron a los ídolos de Samaria, que juraron por el dios adorado en Dan y que siguieron el culto de Bersabé, caerán y no se levantarán jamás de su caída.»

Amós, III, 2: «De entre todas las naciones de la tierra no he reconocido sino a vosotros para ser mi pueblo.»

Daniel, XII, 7: «Habiendo descrito toda la extensión del reino del Mesías, dice: «Todas estas cosas se cumplirán cuando se cumpla la dispersión del pueblo de Israel.»

Ageo, II, 4: «Vosotros, que al comparar esta segunda casa con la gloria de la primera, la despreciáis, animaos, dice el Señor; a vos, Zorobabel, y a vos, Jesús, gran sacerdote, y a vosotros, a todo el pueblo de la tierra, y no ceséis de trabajar en ello. Porque yo estoy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos; porque subsiste la promesa que hice cuando os saqué de Egipto; mi espíritu está en medio de vosotros. No perdáis la esperanza, porque el Señor de los ejércitos dice así: todavía un poco de tiempo y conmoveré el cielo y la tierra, y el mar y la tierra firme (manera de hablar para indicar un cambio grande y extraordinario); y conmoveré a todas las naciones. Entonces vendrá el deseado por todos los gentiles, y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor.

»El oro y la plata son míos, dice el Señor (es decir, no es con esto con lo que quiero ser honrado; como se dice en otro sitio: todos los animales del campo son míos; ¿de qué sirve ofrecérmelos en sacrificio?); la gloria de este nuevo templo será mucho mayor que la gloria del primero, dice el Señor de los ejércitos, y yo estableceré mi casa en este lugar, dice el Señor.

»En Horeb, en el día en que os reunisteis, y que dijisteis: Que el Señor no nos hable Él mismo, y que no veamos más este fuego, de miedo de que muramos. Y el Señor me dijo: Su oración es justa; yo les suscitaré un profeta tal como vosotros, de en medio de vuestros hermanos, en cuya boca colocaré mis palabras; y él les dirá todas las cosas que yo le hubiese ordenado; y sucederá que quienquiera que desobedezca las palabras que llevará en mi nombre será juzgado por mí mismo.»

Génesis, XLIX: «Vos, Judá, seréis alabado por vuestros hermanos, y vencedor de vuestros enemigos; los hijos de vuestro padre os adorarán. Judá, estáis acostado como un león y como una leona que se despertará.

»No será arrebatado el cetro a Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Silo; y las naciones se agruparán junto a él para obedecerle.»

729. PREDICCIONES. -Está predicho que, en el tiempo del Mesías, vendría Éste a establecer una alianza nueva, que haría olvidar la salida de Egipto (Jer., XXIII, 5; Is., XLIII, 16); que colocaría su ley, no en el exterior, sino en los corazones; que colocaría su temor, que no había existido sino en el exterior, en medio del corazón. ¿Quién no verá la ley cristiana en esto?

730. ... Que entonces la ideología sería derrocada; que este Mesías derribaría todos los ídolos y haría que los hombres entraran en el culto del verdadero Dios.

Que serían derribados los templos de los ídolos, y que entre todas las naciones y en todos los lugares del mundo le sería ofrecida una hostia pura, y no animales.

Que sería rey de los judíos y de los gentiles. Y he aquí este rey de los judíos y de los gentiles oprimido por los unos y por los otros, que conspiran para su muerte, dominador de los unos y de los otros, y destruyendo tanto el culto de Moisés en Jerusalén, que era su centro, del cual hizo su primera iglesia, como el culto de los ídolos en Roma, que era su centro, y del que hizo su principal iglesia.

732. ... Que entonces no se enseñará ya a su prójimo diciendo: He aquí al Señor, «porque Dios se hará sentir a todos».

VUESTROS HIJOS PROFETIZARÁN. -«Pondré mi espíritu y mi temor en vuestro corazón.»

Todo esto es lo mismo. Profetizar es hablar de Dios, no por pruebas de fuera, sino por sentimiento interior «e inmediato».

Sección XI

737. ... Por lo cual rehúso todas las demás religiones. Con ello encuentro la respuesta a todas las objeciones. Es justo que un Dios tan puro no se descubra sino a aquellos cuyo corazón está purificado. Por esto, esta religión me es amable; y la encuentro suficientemente autorizada por una moral tan divina; pero yo encuentro algo más.

Encuentro, efectivamente, que desde que la memoria de los hombres dura hay un pueblo que subsiste con antigüedad mayor a la de otro ninguno; que se anuncia constantemente a los hombres que se hallan en una corrupción universal, pero que vendrá un reparador; un pueblo entero lo predice antes de su venida, un pueblo entero lo adora después de su venida; que no es un hombre quien lo dice, sino una infinidad de hombres, y un pueblo entero que profetiza expresamente durante cuatro mil años. Sus libros dispersados duran cuatrocientos años.

Cuanto más los examino, más verdades encuentro en ellos; y lo que ha precedido y lo que ha seguido; finalmente, sin ídolos ni reyes, y esta Sinagoga predicha y esos miserables que la siguen, y que al ser nuestros enemigos son admirables testigos de la verdad de estas profecías en que se hallan predichas su miseria y su misma obcecación.

Encuentro este encadenamiento, esta religión, completamente divina en su autoridad, en su duración, en su perpetuidad, en su moral, en su conducta, en su doctrina, en sus efectos; las tinieblas de los judíos, espantosas y predichas: «eris palpans in meridie. Dabitur liber scienti litteras, et dicet»: «Non possum legere»; hallándose todavía el cetro en manos del primer usurpador extranjero, el ruido de la venida de Jesucristo.

Tiendo así los brazos a mi «Libertador», que, habiendo estado predicho durante cuatro mil años, vino a sufrir y a morir por mí sobre la tierra en los tiempos y en todas las circunstancias que fueron predichas; y por su gracia, aguardo la muerte en paz, con la esperanza de estarle eternamente unido; vivo, sin embargo, con alegría, sea en los bienes que le place concederme, sea en los males que me envía para mi bien, y que me ha enseñado a sufrir con su ejemplo.

739. Los profetas han predicho y no han sido predichos; los santos han sido después predichos y no predicentes. Jesucristo, predicho y predicente.

740. Jesucristo, a quien los dos Testamentos miran: el Antiguo, con su expectación; el Nuevo, como su modelo; ambos, como su centro.

745. Los que tienen dificultades para creer buscan un motivo en el hecho de que los judíos no creen. «Si esto fuera tan claro -se dice-, ¿por qué no creen?» Y casi quisieran que creyesen, para no verse detenidos por el ejemplo de su negación. Pero esta negación misma es el fundamento de nuestra creencia. Nos encontraríamos mucho menos dispuestos si fueran de los nuestros. Tendríamos entonces un pretexto mucho más amplio. Es admirable el haber hecho a los judíos grandes aficionados a las cosas predichas y grandes enemigos de su realización.

746. Los judíos estaban acostumbrados a los grandes y brillantes milagros, y así, habiendo tenido las grandes intervenciones del mar Rojo y de la tierra de Canaán como un compendio de las grandes cosas de su Mesías, esperaban otras aún más brillantes, de las cuales las de Moisés no eran sino muestras.

751. ¿Qué dicen los profetas de Jesucristo? ¿Que será evidentemente Dios? No; sino que es un Dios verdaderamente escondido; que será desconocido; que no se pensará que es Él; que será una piedra de choque contra la que chocarán muchos, etc. No se nos eche en cara, pues, la falta de claridad, puesto que hacemos profesión de ella.

Pero, se dice, hay oscuridades. Y sin ello no se hubiera tropezado con Jesucristo, y es uno de los designios formales de los profetas: «excaeca»...

757. Está predicho el tiempo del primer advenimiento; el tiempo del segundo no lo está, porque el primero debía ser callado; el segundo debe ser brillante y de tal manera manifiesto, que sus mismos enemigos habrán de reconocerlo. Pero como no debía venir sino oscuramente y solamente para ser conocido de los que sondearan las Escrituras...

758. Para hacer el Mesías cognoscible a los buenos e incognoscible a los malos, Dios lo ha predicho de esta suerte. Si la manera del Mesías hubiera sido predicha claramente, no habría habido oscuridad, ni tan siquiera para los malos. Si el tiempo hubiera estado predicho oscuramente, habría habido oscuridad hasta para los buenos; porque la bondad de su corazón no les hubiera hecho entender, por ejemplo, que el mes cerrado significa seiscientos años. Pero el tiempo ha sido predicho claramente, y la manera en figuras.

Gracias a este medio, los malos, tomando los bienes prometidos por materiales, se descarrían a pesar del tiempo predicho claramente, y los buenos no se descarrían. Porque la inteligencia de los bienes prometidos depende del corazón, que llama «bien» a aquello que ama; pero la inteligencia del tiempo prometido no depende del corazón. Y así, la predicción clara del tiempo y oscura de los bienes no decepciona sino a los malos.

760. Los judíos le rechazan, pero no todos: los santos le reciben, y no los carnales. Y no solamente no va esto contra su gloria, sino que es el rasgo último que la completa. Como la razón que para ello tienen, y la única que se encuentra en todos sus escritos, en el Talmud y en los rabinos, no es sino que Jesucristo no ha dominado a las naciones con mano armada, «gladium tuum potentissime». (¿Es esto todo lo que tienen que decir? Jesucristo fue muerto, dicen; ha sucumbido; no ha dominado a los paganos por su fuerza; no nos ha dado sus despojos; no da riquezas. ¿Es esto todo lo que tienen que decir? Porque es esto lo que me lo hace amable. No quisiera aquel que ellos se figuran), es visible que su vida es lo único que les ha impedido recibirle; y por esta negación son testigos sin reproche, y, lo que es más, cumplen con ellos las profecías.

Por medio del hecho de que el pueblo no le ha recibido, ha sucedido la maravilla siguiente: las profecías son los únicos milagros subsistentes que se pueden hacer, pero están sometidas a contradicción.

765. FUENTE DE CONTRARIEDADES. -Un Dios humillado y hasta la muerte en la cruz; un Mesías triunfante de la muerte por su muerte. Dos naturalezas en Jesucristo, dos advenimientos, dos estados de la naturaleza y del hombre.

766. FIGURAS. -Salvador, padre, sacrificador, hostia, alimento, rey, sabio, legislador, afligido, pobre, debiendo producir un pueblo que Él mismo tenía que conducir y alimentar e introducir en su tierra...

JESUCRISTO. OFICIOS. -Tenía que producir por sí solo un gran pueblo elegido santo y selecto; conducirlo, nutrirlo, introducirlo en el lugar de reposo y de santidad; hacerlo santo para Dios; hacer de él el templo de Dios, y reconciliarlo con Dios, salvarlo de la cólera de Dios, librarlo de la servidumbre del pecado, que reina visiblemente en el hombre; dar leyes a este pueblo, grabar estas leyes en su corazón; ofrecerse a Dios por ellos, sacrificarse por ellos, ser una hostia sin mancha, y ser Él mismo sacrificador, habiendo de ofrecerse a Sí mismo su cuerpo y su sangre, y ofrecer, sin embargo, pan y vino a Dios...

«Ingrediens mundum.»

«Piedra sobre piedra.»

Lo que ha precedido y lo que ha seguido. Todos los judíos subsistentes y vagabundos.

772. SANTIDAD. «EFFUNDAM SPIRITUM MEUM». -Todos los pueblos estaban en la infidelidad y en la concupiscencia, toda la tierra ardió en caridad; los príncipes abandonan sus grandezas, las vírgenes sufren el martirio. ¿De dónde viene esta fuerza? Es que el Mesías ha llegado; he aquí el efecto y las señales de su venida.

775. Hay herejía en explicar siempre el omnes como «todos», y herejía en no explicarlo algunas veces como «todos». «Bibite ex hoc omnes»: los hugonotes, herejes, al explicarlo como «todos». «In quo omnes peccaverunt»: los hugonotes, herejes, al exceptuar los hijos de los fieles. Hay que seguir, pues, a los padres y a la tradición para saber cuándo, pues, hay que temer herejía de una y otra parte.

777. LOS EFECTOS, «IN COMMUNI ET IN PARTICULARI». -Los semipelagianos yerran al decir de «in communi» lo que no es verdad sino «in particulari»; y los calvinistas diciendo «in particulari» lo que es verdad «in communi» (según me parece).

780. Jesucristo jamás condenó sin oír. A Judas: «Amice, ad qui venisti?» Lo mismo a aquel que no tenía la vestidura nupcial.

781. Las figuras de la totalidad de la redención, tales como la de que el sol alumbra a todos, no denotan sino una tonalidad; pero las figuras de las exclusiones, como las de los judíos elegidos con exclusión de los gentiles, denotan la exclusión.

«Jesucristo, redentor de todos.» Sí, porque ha ofrecido, como un hombre que ha rescatado a todos los que quieran venir a Él. Los que mueran en el camino es por desdicha suya; pero, en cuanto a Él, les ofreció redención. Esto es válido en este ejemplo, en que el que rescata y el que impide morir son dos, pero no en Jesucristo, que hace lo uno y lo otro. No, porque Jesucristo, en calidad de redentor, no es tal vez dueño de todo; y así, en lo que de Él depende, es redentor de todos.

Cuando se dice que Jesucristo no ha muerto por todos, abusáis de un vicio de los hombres que se aplican inmediatamente esta excepción, lo cual es favorecer la

desesperación; en lugar de desviarles de ella para favorecer la esperanza. Porque se acostumbra así a las virtudes interiores con estos hábitos interiores.

783. ... Entonces Jesucristo vino a decir a los hombres que no tienen más enemigos que ellos mismos, que son sus pasiones las que los separan de Dios, que viene a destruirlas y a darles gracia, a fin de hacer de todos ellos una Iglesia santa, que viene a recoger en esta Iglesia, a los paganos y a los judíos, que viene a destruir los ídolos de los unos y las supersticiones de los otros. A esto se oponen todos los hombres, no solamente por la oposición natural de la concupiscencia, sino que, por encima de todos, los reyes de la tierra se unen para abolir a esta religión naciente, según había sido predicho. (Profecía: «Quare fremuerunt dentes..., reges terrae, adversus Christum».)

Todo cuanto hay de grande en la tierra se une: los intelectuales, los sabios, los reyes. Los unos escriben, los otros condenan, los otros matan. Y, no obstante todas estas oposiciones, estas gentes simples y sin fuerza resisten a todas estas potencias y someten incluso a estos reyes, a estos intelectuales, a estos sabios, y arrancan la idolatría de toda la tierra. Y todo esto acontece por la fuerza que lo había predicho.

784. Jesucristo no ha querido el testimonio de los demonios ni de los que no tenían vocación, sino de Dios y de Juan Bautista

786. Jesucristo es una oscuridad (según lo que el mundo llama oscuridad) tal, que los historiadores, que no escriben sino las cosas importantes de los Estados, apenas se han dado cuenta de ello.

789. Como Jesucristo permaneció desconocido entre los hombres, así también su verdad permanece desconocida entre las opiniones comunes, sin diferencia en el exterior. Así la Eucaristía entre el pan común.

792. ¿Qué hombre tuvo jamás más brillo? El pueblo judío entero lo predijo antes de su advenimiento. El pueblo gentil le adora después de su advenimiento. Los dos pueblos, gentil y judío, le consideran como centro suyo.

Y sin embargo, ¿qué hombre ha gozado jamás menos de este brillo? De treinta y tres años, vivió treinta sin aparecer. Durante tres años pasa por un impostor; los sacerdotes y los principales lo rechazan; sus amigos y sus más próximos le desprecian. Finalmente, muere entregado por uno de los suyos, renegado por el otro y abandonado por todos.

¿Qué parte tiene, pues, Él en este brillo? Jamás hubo hombre de tanto brillo, jamás uno con más ignominia. Todo este brillo no ha servido sino para nosotros, para hacérselo reconocible; y no guardó nada de Él para sí.

793. La distancia infinita entre los cuerpos y los espíritus figura la distancia infinitamente más finita de los espíritus y la caridad, porque es sobrenatural.

Todo el brillo de las grandezas no tiene lustre para las gentes que se hallan en las investigaciones del espíritu.

La grandeza de las gentes de espíritu es invisible para los reyes, para los ricos, para los capitanes, para todos estos grandes de la carne.

La grandeza de la sabiduría, que es nula si no es de Dios, es invisible para los carnales y para las gentes de espíritu. Son tres órdenes que difieren en género.

Los grandes genios tienen su imperio, su brillo, su grandeza, su victoria, su lustre, y no tienen necesidad ninguna de las grandezas carnales, con las que no tienen

ninguna relación. Los ven, no los ojos, sino los espíritus, y es bastante.

Los santos tienen su imperio, su brillo, su victoria, su lustre, y no tienen necesidad ninguna de las grandezas carnales o espirituales, con las que no tienen ninguna relación, porque ni quitan ni ponen. Los ven Dios y los ángeles, y no los cuerpos ni los espíritus curiosos: Dios les basta.

Arquímedes, sin brillo, gozaría de idéntica veneración. No dio batallas para los ojos, pero suministró sus invenciones a todos los espíritus. ¡Oh, cómo brilló ante los espíritus!

Jesucristo, sin bienes y sin producción ninguna con aspecto de ciencia, está en su orden de santidad, no ha dado invención ninguna, no ha reinado; pero ha sido humilde, paciente, santo, santo para Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh, con qué gran pompa y prodigiosa magnificencia ha venido para los ojos del corazón que ven la sabiduría!

Hubiera sido inútil para Arquímedes hacer de príncipe en sus libros de geometría, aunque lo hubiera sido.

Hubiera sido inútil a Nuestro Señor Jesucristo venir en rey, para brillar en su reino de santidad; pero vino perfectamente con el brillo de su orden.

Es perfectamente ridículo escandalizarse de la bajeza de Jesucristo, como si esta bajeza fuera del mismo orden que la magnitud que venía a hacer desaparecer. Considérese esta grandeza en su vida, en su pasión, en su oscuridad, en su muerte, en la elección de los suyos, en su abandono, en su secreta resurrección, y en el resto, y se la descubrirá tan grande que no habrá motivo de escandalizarse por una bajeza que no existe.

Pero hay gentes que no pueden admirar sino las grandezas carnales, como si no existieran las espirituales; y otras que no admiran sino las espirituales, como si no existieran otras infinitamente más elevadas en la sabiduría.

Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus ríos, no valen lo que el menor de los espíritus; porque éste conoce todo aquello y se conoce a sí mismo, y los cuerpos, nada.

Todos los cuerpos juntos, y todos los espíritus juntos, y todas sus producciones no valen lo que el menor movimiento de caridad; esto es de un orden infinitamente más elevado.

Con todos los cuerpos juntos no se puede lograr hacer un pequeño pensamiento: es imposible y de otro orden. Con todos los cuerpos y los espíritus no es posible obtener un movimiento de verdadera caridad; es imposible, y de otro orden, sobrenatural.

795. Si Jesucristo no hubiese venido sino para santificar, toda la Escritura y todas las cosas tenderían a ello, y sería bien fácil convencer a los infieles. Si Jesucristo no hubiese venido sino para cegar, toda su conducta sería confusa, y no tendríamos ningún modo de convencer a los infieles. Pero como vino «in sanctificationem et in scandalum», como dice Isaías, no podemos convencer a los infieles, y ellos tampoco pueden convencernos, pero, por lo mismo, les convencemos, porque decimos que no hay convicción en toda su conducta ni por una parte ni por la otra.

797. PRUEBAS DE JESUCRISTO. -Jesucristo ha dicho las cosas grandes tan simplemente, que parece que no las ha pensado, y, sin embargo, con tanta claridad, que se ve perfectamente lo que pensaba de ellas. Esta claridad unida a esta ingenuidad es admirable.

798. El estilo del Evangelio es admirable en tantas maneras, y entre otras al no tener jamás invectiva ninguna contra los verdugos y los enemigos de Jesucristo. Porque no hay ninguna de los historiadores contra Judas, Pilato, ni ninguno de los judíos.

Si esta modestia de los historiadores evangélicos hubiese sido afectada, así como tantos otros rasgos de un carácter tan hermoso, y si no la hubiesen aceptado sino para hacerla notoria, si no hubiesen osado notarlo por sí mismos, no habrían dejado de buscar amigos que hubiesen hecho estas observaciones en favor suyo. Pero como han obrado de esta suerte, sin aceptación, y por un movimiento absolutamente desinteresado, no han hecho que nadie lo haga observar; y creo que muchas de estas cosas no han sido observadas hasta aquí, y esto es lo que testimonia la frialdad con que la cosa fue hecha.

800. ¿Quién ha enseñado a los evangelistas las cualidades de un alma perfectamente heroica para pintarla tan perfectamente en Jesucristo? ¿Por qué le hacen débil en su agonía? ¿No saben pintar una muerte constante? Sí, porque el mismo San Lucas pinta la de San Esteban más fuerte que la de Jesucristo.

Le hacen, pues, capaz de miedo, antes de que haya llegado la necesidad de morir, y después lleno de fortaleza.

Pero cuando lo hacen tan turbado es cuando se turba a sí mismo; y cuando los hombres le turban es absolutamente entero.

Sección XII

803. COMIENZO. -Los milagros disciernen la doctrina, y la doctrina discierne los milagros.

Los hay verdaderos y falsos; de otro modo serían inútiles. Ahora bien: no son inútiles, y son, por el contrario, fundamento. Ahora bien: es menester que la regla que nos dé sea tal que no destruya la prueba de la verdad que dan los verdaderos milagros, la cual es el fin principal de éstos.

Moisés dio dos: que la predicción no sucede (Deut., XVIII), y que no lleven a la idolatría (Deut., XIII); y Jesucristo una.

Si la doctrina regula los milagros, los milagros son inútiles para la doctrina.

Si los milagros regulan...

OBJECCIÓN A LA REGLA. -El discernimiento de los tiempos. Otra regla durante Moisés, otra regla en el presente.

804. MILAGRO. -Es un efecto que excede a la fuerza natural de los medios que se emplean para producirlo; y no-milagro es un efecto que no excede a la fuerza natural de los medios empleados. Así, los que curan por una invocación al diablo no realizan un milagro; porque no excede esto a la fuerza natural del diablo. Pero...

806. Los milagros y la verdad son necesarios, porque hay que convencer al hombre entero, en cuerpo y en alma.

808. Jesucristo ha verificado que era el Mesías, jamás verificando sus doctrinas sobre la Escritura y las profecías, y siempre por sus milagros.

Prueba que remite los pecados por un milagro.

No os regocijéis por vuestros milagros, dice Jesucristo, sino porque vuestros nombres están escritos en los cielos.

Si no creen a Moisés, tampoco creerán a un resucitado.

Nicodemo reconoce, por sus milagros, que su doctrina es de Dios: «Scimus quia venisti a Deo magister nemo enim potest haec signa facere quae tu facis nisi Deus fuerit cum eo.» No juzga de los milagros por la doctrina, sino de la doctrina por los milagros.

Los judíos tenían una doctrina de Dios, como tenemos nosotros una de Jesucristo y confirmada por milagros; y prohibición de creer a todos los fautores de milagros, y además orden de recurrir al gran sacerdote, y de atenerse a él.

Y así todas las razones que tenemos para negarnos a creer en los fautores de milagros las tenían ellos respecto de sus profetas.

Y, sin embargo, eran muy culpables de negar a los profetas a causa de sus milagros, y a Jesucristo; y no habrían sido culpables si no hubieran visto los milagros, «nisi fecissem...; peccatum non haberent». Por tanto, toda la creencia está basada en los milagros.

La profecía no se llama milagro: así, San Juan habla del primer milagro en Caná, y después lo que Jesucristo dice a la samaritana, que descubre toda su vida escondida, y después cura al hijo de un sargento, y San Juan llama a esto «el segundo signo».

811. No se hubiera pecado no creyendo en Jesucristo sin los milagros.

812. Yo no sería cristiano sin los milagros, dice San Agustín.

818. Habiendo considerado de dónde procede el que haya tantos falsos milagros, falsas revelaciones, sortilegios, etc., me pareció que la verdadera causa está en que los hay verdaderos; porque no sería posible que hubiese tantos falsos milagros si no los hubiera verdaderos, ni tantas falsas revelaciones si no las hubiera verdaderas, ni tantas falsas religiones si no hubiera una verdadera. Porque si jamás hubiera existido nada de esto, es como imposible que los hombres se lo hubiesen imaginado, y más imposible todavía que tantos otros los hubiesen creído. Pero como ha habido muy grandes cosas verdaderas, y que han sido creídas por grandes hombres, esta impresión ha sido causa de que casi todo el mundo se haya hecho capaz de creer también en las falsas, y así, en lugar de concluir que no hay verdaderos milagros, puesto que hay tantos falsos, hay que decir, por el contrario, que hay verdaderos milagros porque hay tantos falsos y que no hay milagros falsos sino por la razón de que hay verdaderos, y que no hay análogamente falsas religiones sino porque hay una verdadera. La objeción a esto: que los salvajes tienen una religión; pero es que han oído hablar de la verdadera, según parece por la cruz de San Andrés, el diluvio, la circuncisión, etc. Esto proviene de que el espíritu del hombre, encontrándose plegado por este lado por la verdad, se hace susceptible por ello de todas las falsedades de ésta...

820. Si el diablo favoreciera la doctrina que le destruye, resultaría dividido, como decía Jesucristo. Si Dios favoreciera la doctrina que destruye la Iglesia, resultaría dividido: «omne regnum divisum». Porque Jesucristo obraba contra el diablo y destruía su imperio sobre los corazones, cuya figura es el exorcismo, para establecer el reino de Dios. Y así añade: «in digito Dei..., regnum Dei ad vos».

821. Hay mucha diferencia entre tentar e inducir a error. Dios tienta, pero no induce a error. Tentar es procurar las ocasiones en que, sin imponer necesidad, se haría una cierta cosa si no se amara a Dios. Inducir a error es

colocar al hombre en la necesidad de concluir y seguir una falsedad.

823. Si no hubiese falsos milagros, habría certeza. Si no hubiese regla para discernirlos, los milagros serían inútiles, no habría razón para creer.

829. Jesucristo dice que las Escrituras dan testimonio de él, pero no muestra en que, ni los profetas podían probar a Jesucristo durante su vida; y así no se habría sido culpable de no creer en Él antes de su muerte, si los milagros no hubiesen bastado sin la doctrina. Ahora bien: los que no creían en Él mientras vivía eran pecadores, como Él mismo decía, y sin excusa. Por tanto, hacía falta que tuvieran una demostración, a la que resistieron. Ahora bien: no tenían la nuestra, sino solamente los milagros; por tanto, bastan cuando la doctrina no es contraria, y se debe creer en ellos.

Juan VII, 40. DISCUSIÓN ENTRE LOS JUDÍOS, COMO ENTRE LOS CRISTIANOS DE HOY. -Los unos creían en Jesucristo; los otros no creían en Él, a causa de las profecías que decían que había de nacer en Belén. Debieron atender tanto más a ello si no hubiera sido así. Porque, siendo convincentes sus milagros, debían estar bien seguros de estas presuntas contradicciones entre su doctrina y la Escritura, y esta oscuridad no les excusaba, pero les cegaba. Así, los que se niegan a creer en los milagros de hoy, por una presunta contradicción quimérica, no tienen excusa.

Al pueblo que creía en Él por sus milagros le decían los fariseos: «Ese pueblo maldito que no sabe la ley, ¿pero hay algún príncipe o algún fariseo que haya creído en Él? Porque sabemos que ningún profeta sale de Galilea.» Nicodemo respondió: «¿Es que nuestra ley juzga de un hombre antes de haberle oído, y sobre todo a un hombre tal que hace milagros?»

830. Las profecías eran equívocas: hoy ya no lo son.

832. Los milagros no son ya necesarios, porque ya los tenemos. Pero cuando no se escucha ya la tradición, cuando ya no se propone sino al papa, cuando se le ha sorprendido, habiendo excluido así la verdadera fuente de la verdad, que es la tradición, y cuando se ha amonestado al papa, que es su depositario y la verdad ya no tiene libertad de aparecer, entonces los hombres no hablan ya de la verdad, la verdad misma debe hablar a los hombres. Es lo que aconteció en tiempo de Arrio (milagros bajo Diocleciano y bajo Arrio).

835. En el Antiguo Testamento, cuando se os separe de Dios. En el Nuevo, cuando se os separe de Jesucristo. He aquí señaladas las ocasiones de exclusión en la fe de los milagros. No hay que dar otras exclusiones.

¿Se sigue de aquí que debieron haber excluido todos los profetas que les fueron enviados? No. Hubieran pecado no excluyendo a los que negaban a Dios, y hubieran pecado excluyendo a los que no negaban a Dios.

Por tanto, cuando se ve un milagro es menester, ante todo, o bien someterse, o bien tener extraños indicios de lo contrario. Hay que ver si niega a Dios, o a Jesucristo, o a la Iglesia.

836. Hay mucha diferencia entre no estar por Jesucristo y decirlo, o no estar por Jesucristo y aparentar estarlo. Los unos pueden hacer milagros, pero no los otros; porque es claro que los unos están contra la verdad, no los otros; así los milagros son más claros.

838. Jesucristo ha realizado milagros, y los apóstoles después, y los primeros santos en gran número; porque no estando todavía cumplidas las profecías, y cumpliéndose por ellos, nada daba testimonio sino los milagros. Estaba predicho que el Mesías convertiría a las naciones. ¿Cómo se cumplió esta profecía sin la conversión de las naciones? ¿Y

cómo las naciones se habrían convertido al Mesías no viendo este último efecto de las profecías que lo prueban? Por tanto, antes de que hubiera muerto, resucitado y convertido a las naciones, no estaba todo cumplido; y así hicieron falta milagros durante todo este tiempo. Ahora ya no hacen falta más contra los judíos, porque las profecías realizadas son un milagro subsistente.

839. «Si no creéis en mí, creed por lo menos en los milagros.» Remite a ello como al argumento más fuerte.

Se había dicho a los judíos, así como a los cristianos, que no creyeran siempre en los profetas; pero, sin embargo, los fariseos y los escribas hacen ostentación de los milagros, y tratan de mostrar que son falsos o están hechos por el diablo; siendo necesario que se convenzan, si reconocieran que son de Dios.

Hoy no tenemos necesidad de hacer este discernimiento. Sin embargo, es muy fácil de hacer: los que no niegan ni a Dios ni a Jesucristo no hacen milagros que no sean seguros. «Nemo facit virtutem in nomine meum, et cito possit de me male loqui.» Pero nosotros no tenemos necesidad de hacer este discernimiento. He aquí una reliquia sagrada. He aquí una espina de la corona del Salvador del mundo, sobre quien el príncipe de este mundo no tiene poder, que hace milagros por el propio poder de esta sangre vertida por nosotros. He aquí que Dios mismo elige esta casa para hacer brillar en ella su poder.

No son hombres quienes hacen estos milagros por una virtud desconocida y dudosa que nos obliga a un difícil discernimiento. Es Dios mismo; es el instrumento de la Pasión de su Hijo único, que, estando en muchos sitios eligió éste, y hace venir de todas partes a los hombres para recibir de Él estos alivios milagrosos en sus enfermedades.

La Iglesia tiene tres clases de enemigos: los judíos, que jamás han estado en su cuerpo; los herejes, que se

retiraron de él, y los malos cristianos, que la desgarran por dentro. Estas tres clases de diferentes adversarios la combaten de ordinario diversamente. Pero aquí la combaten de una misma manera. Como todos están sin milagros, y la Iglesia ha tenido siempre milagros contra ellos, han tenido todos el mismo interés en eludirlos, y se han servido todos de esta defección: que no hay que juzgar de la doctrina por los milagros, sino de los milagros por la doctrina. Había dos partidos entre los que escuchaban a Jesucristo: los unos, que seguían su doctrina por sus milagros; los otros, que decían... Había dos partidos en tiempo de Calvino...

841. Los milagros discernen las cosas dudosas: los pueblos judío y pagano; judío y cristiano; católico y hereje; calumniados y calumniadores; las dos cruces.

Pero para los herejes los milagros serían inútiles; porque la Iglesia, autorizada por los milagros que han preocupado la creencia, nos dice que no tienen la verdadera fe. No hay duda que no están en ella, puesto que los primeros milagros de la Iglesia excluyen la fe en los suyos. Hay así milagro contra milagro, y primeros y más grandes del lado de la Iglesia.

Estas vírgenes, asombradas de lo que se dice, de que se hallan en vía de la perdición; que sus confesores las lleven a Ginebra; que les sugieran que Jesucristo no está en la Eucaristía ni a la diestra del Padre; ellas saben que todo esto es falso y se ofrecen a Dios en este estado: «Vide si via iniquitatis in me est.» ¿Qué pasa con esto? De este lugar, que se dice ser el templo del diablo, hace Dios su templo. Se dice que hay que sacar a los niños de aquí: Dios les cura en él. Se dice que es el arsenal del infierno: Dios hace de él el santuario de sus gracias. Se les amenaza, en fin, con todos los furores y todas las venganzas del cielo; y Dios les colma de favores. Haría falta haber perdido el sentido para concluir de ello que están en el camino de la perdición.

(Se tienen, sin duda, las mismas notas que San Atanasio.)

843. No está aquí sino el reino de la verdad, y ésta yerra desconocida entre los hombres. Dios la ha cubierto con un velo que hace que no se dé a conocer a quienes no escuchen su voz. Queda lugar abierto para la blasfemia, y hasta acerca de verdades del Evangelio, se publican las contrarias, y se oscurecen las cuestiones de suerte que el pueblo no puede discernir. Y se pregunta: «¿Qué tenéis para haceros creer más que las demás? ¿Qué signos producís? No tenéis sino palabras, y nosotros también. Si tuvierais milagros, bueno.» Esto es una verdad, la de que la doctrina tiene que ser sostenida por los milagros, de la cual se abusa para blasfemar contra la doctrina. Y si llegan los milagros, se dice que los milagros no bastan sin la doctrina; y es otra verdad de la que se abusa para blasfemar contra los milagros.

Jesucristo curó al ciego de nacimiento y realizó numerosos milagros en sábado. Con lo cual ofuscaba a los fariseos, que decían que había de juzgar por los milagros de la doctrina.

«Nosotros tenemos a Moisés: pero éste no sabemos de dónde es.» Lo admirable es que no sabéis de dónde es; y, sin embargo, realiza tales milagros.

Jesucristo no hablaba ni contra Dios ni contra Moisés.

El Anticristo y los falsos profetas, predichos por uno y otro Testamento, hablarán claramente contra Dios y contra Jesucristo. Que no está escondido... que si fuese enemigo encubierto, Dios no permitiría que hiciera milagros abiertamente.

Jamás en una disputa pública en que los dos partidos se dicen de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, están los milagros del lado de los falsos cristianos, y el otro lado sin milagros.

«Tiene el diablo» (Juan, X, 21). Y los otros decían: «¿Puede el diablo abrir los ojos de los ciegos?»

Las pruebas que Jesucristo y los Apóstoles sacan de la Escritura no son demostrativas; porque dicen solamente que Moisés ha dicho que vendría un profeta, pero no prueban con ello que sea éste, y ésta es la cuestión. Estos pasajes no sirven sino para mostrar que no se es contrario a la Escritura, y que no hay en ello repugnancia, pero no que haya conformidad. Ahora bien: esto basta, exclusión de repugnancia con milagros.

Hay un deber recíproco entre Dios y los hombres, para hacer y para dar. «Venite. Quid debui?» «Acusadme», dice Dios en Isaías.

Dios tiene que cumplir sus promesas, etc.

Los hombres deben a Dios el recibir la religión que les envía. Dios debe a los hombres el no inducirles a error. Ahora bien: serían inducidos a error si los fautores de milagros anunciaran una doctrina que no apareció visiblemente falsa para las luces del sentido común, y si un mayor fautor de milagros no hubiese advertido ya que no se les crea.

Así, si hubiera división en la Iglesia, y los arrianos, por ejemplo, que decían fundarse en la Escritura como los católicos, hubiesen realizado milagros y no los católicos, se habría estado inducido a error.

Porque, como un hombre que nos anuncia los secretos de Dios no es digno de ser creído por su autoridad privada, y por esto los impíos dudan de él, así también a un hombre que, como señal de la comunicación que tiene con Dios, resucita a los muertos, predice el porvenir, transporta los mares, cura los enfermos, no hay impío que no se le rinda, y la incredulidad de Faraón y de los fariseos es el efecto de un

endurecimiento sobrenatural.

Cuando se ven, pues, de un lado los milagros de la doctrina juntos y sin sospechas, no hay dificultad. Pero cuando se ven los milagros y la doctrina sospechosa de un mismo lado, entonces hay que ver quién es más claro. Jesucristo era sospechoso.

Barjesús cegado. La fuerza de Dios supera a la de sus enemigos.

Los exorcistas judíos derrotados por los diablos, diciendo: «Conozco a Jesús y a Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?»

Los milagros son para la doctrina, y no la doctrina para los milagros.

Si los milagros son verdaderos, ¿podrán servir de prueba para cualquier doctrina? No, porque esto no sucederá. «Si Angelus...»

Regla: Hay que juzgar de la doctrina y de los milagros por la doctrina. Todo esto es verdad, pero no se contradice.

Porque hay que distinguir los tiempos.

¡Qué duchos sois en conocer las reglas generales, pensando con ello sembrar el desasosiego y hacerlo todo inútil! No se os dejará, padre: la verdad es una y firme.

Es imposible, por deber de Dios, que un hombre, ocultando su mala doctrina y aparentando una buena, y diciéndose conforme con Dios y con la Iglesia, haga milagros para deslizar insensiblemente una doctrina falsa y sutil: esto

no puede ser.

Y menos todavía que Dios, que conoce los corazones, haga milagros a favor de semejante hombre.

859. La historia del ciego de nacimiento.

¿Qué dice San Pablo? ¿Alude constantemente a las profecías? No, pero a su milagro. ¿Qué dice Jesucristo? ¿Alude a las profecías? No: su muerte no las había cumplido; sino que dice: «si non facissem». Creed en las obras.

Dos fundamentos sobrenaturales de nuestra religión sobrenatural: uno visible, otro invisible. Milagros con la gracia, milagros sin la gracia.

La Sinagoga, que ha sido tratada con amor como figura de la Iglesia; próxima a sucumbir, cuando estaba bien con Dios; y así figura.

Los milagros prueban el poder que Dios tiene sobre los corazones mediante el poder que ejerce sobre los cuerpos.

Jamás ha aprobado la Iglesia un milagro entre los herejes.

Los milagros, apoyo de la religión, han discernido a los judíos, a los cristianos, a los santos, a los inocentes, a los verdaderos creyentes.

Un milagro entre los cismáticos no es cosa tan temible; porque el cisma, que es más visible que el milagro, denota visiblemente su error. Pero cuando no hay cisma y el error se disputa, el milagro discierne.

«Si non fecissem quae alius non fecit.» -Estos desgraciados que nos han obligado a hablar de los milagros.

Abrahán, Gedeón: confirmar la fe con milagros.

Judit. Finalmente, Dios habla en las últimas opresiones.

Si el enfriamiento de la caridad deja a la Iglesia casi sin verdaderos adoradores, los milagros los suscitarán. Es uno de los últimos efectos de la gracia...

Cuando el milagro engaña la expectación de aquellos en cuya presencia sucede, y cuando hay desproporción entre el estado de su fe y el instrumento del milagro, entonces debe inducirles a cambiar. Pero vosotros, de otra manera. Habría igual razón en decir que si la Eucaristía resucitara a un muerto, haría falta hacerse calvinista mejor que seguir siendo católico. Pero cuando corona la expectación, y aquellos que han esperado que Dios bendeciría los remedios se ven curados sin remedios...

IMPÍOS. -Jamás ha habido signo por parte del diablo, sin un signo más fuerte por parte de Dios, por lo menos sin que hubiese estado predicho que esto aconteciera.

Sección XIII

851. La historia de la Iglesia debe ser propiamente llamada la historia de la verdad.

858. Da gusto hallarse en un navío azotado por la tempestad, cuando se está seguro de que no va a perecer. Las persecuciones que minan a la Iglesia son de esta

naturaleza.

860. Además de tantas notas de piedad, tienen todavía la persecución, que es la mejor de las notas de la piedad.

861. Magnífica situación de la Iglesia, cuando no está sostenida sino por Dios.

862. La Iglesia se ha visto combatida siempre por errores contrarios, pero quizá nunca a un mismo tiempo como en el presente. Y si bien sufre más, a causa de la multiplicidad de errores, recibe de ellos el beneficio de que se destruyen mutuamente.

Se queja de los dos, pero mucho más de los calvinistas, a causa del cisma.

Es cierto que muchos de los dos contrarios se han engañado: hay que desengañarlos.

La fe abraza varias verdades que parecen contradecirse. «Tiempo de reír, de llorar, etc. Responde. Ne respondeas.»

La fuente de ello está en la unión de dos naturalezas en Jesucristo; y también los dos mundos: la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra; nueva vida, nueva muerte; todas las cosas, duplicadas y conservando los mismos nombres; y finalmente, los dos hombres que existen en los justos porque son los dos mundos y un miembro e imagen de Jesucristo. (Y así les convienen todos los nombres de justos, pecadores; muerto, vivo; vivo, muerto; elegido, réprobo, etcétera.)

Hay, pues, un gran número de verdades de fe y de moral que parecen repugnantes y que subsisten todas en un orden

admirable. La fuente de todas las herejías es la exclusión de alguna de estas verdades; y la fuente de todas las objeciones que nos hacen los herejes es la ignorancia de algunas de nuestras verdades. Y sucede de ordinario que, no pudiendo concebir la relación de dos verdades opuestas y creyendo que la concesión de una encierra la exclusión de la otra, se apegan a la una, excluyen la otra y piensan de nosotros lo contrario. Ahora bien: la exclusión es la causa de su herejía; y la ignorancia de que nosotros admitimos también la otra causa sus objeciones.

Primer ejemplo: Jesucristo es Dios y hombre. Los arrianos, no pudiendo aliar estas cosas, que creen incompatibles, dicen que es hombre: en esto son católicos. Pero niegan que sea Dios: en esto son herejes. Pretenden que nosotros negamos su humanidad: en esto son ignorantes.

Segundo ejemplo: Sobre el tema del sacramento de la Eucaristía: nosotros creemos que cambiándose la sustancia del pan, y transustancialmente, en la del cuerpo de Nuestro Señor, Jesucristo está realmente presente en ella. He aquí una de las verdades. Otra es que este sacramento es también una figura de la cruz y de la gloria y una conmemoración de ambos. He aquí la fe católica, que comprende estas dos verdades que parecen opuestas.

La herejía de hoy, no concibiendo que este sacramento contenga a la vez la presencia de Jesucristo y su figura y que sea sacrificio y conmemoración de sacrificio, cree que no se puede admitir una de estas verdades sin excluir la otra por esta razón. Se agarran a este único punto, a saber, que este sacramento es figurativo; y en esto no son herejes. Piensan que nosotros excluimos esta verdad; de aquí procede el que nos hagan tantas objeciones sobre los pasajes de los Padres que lo dicen. Niegan finalmente la presencia; y son en esto herejes.

Tercero: Las indulgencias.

Por esto, el camino más corto para evitar las herejías es

instruirse de todas las verdades; y el medio más seguro de refutarlas es declararlas todas. Porque ¿qué dirán los herejes?

Para saber si un sentimiento es de un Padre...

864. La verdad está tan obnubilada en este tiempo y la mentira tan sentada que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla.

868. Lo que nos echa a perder al comparar lo que sucedió en otro tiempo a la Iglesia con lo que se ve ahora en ella es que ordinariamente se considera a San Atanasio, Santa Teresa y los demás como coronados de gloria y... como dioses. Ahora que el tiempo ha aclarado las cosas, éstas se ven así. Pero en el tiempo en que se les perseguía, este gran santo era un hombre que se llamaba Atanasio, y Santa Teresa, una joven. «Elías era un hombre como nosotros y sujeto a las mismas pasiones que nosotros», dice Santiago, para desengañar a los cristianos de esta falsa idea que nos hace repudiar el efecto de los santos como desproporcionado a nuestro estado. «Eran santos -decimos-; no son como nosotros.» Pero ¿qué acontecía entonces? San Atanasio era un hombre llamado Atanasio, acusado de varios crímenes, condenado en tal o cual concilio por tal o cual crimen; todos los obispos consentían en ello y finalmente el papa. ¿Qué se dice a los que se resisten, que turban la paz, que producen cisma, etc.?

Celo, luz. Cuatro clases de personas; celo sin ciencia; ciencia sin celo; ni ciencia ni celo; celo y ciencia. Los tres primeros le condenan y los últimos le absuelven, y son excomulgados por la Iglesia, y, sin embargo, salvan la Iglesia.

879. INJUSTICIA. -La jurisdicción no se confiere para el jurisdicente, sino para el justiciado. Es peligroso decirlo al pueblo: pero el pueblo tiene demasiada fe en vosotros; esto no le perjudicará, y puede servirlos. Por tanto, hay que publicarlo. «Pasce oves meas, non tuas.» Me debéis

pasto.

880. Gusta la seguridad. Gusta que el papa sea infalible en la fe y que los doctores graves lo sean en las costumbres, a fin de tener sus seguridades.

881. La Iglesia enseña y Dios inspira, y lo uno y lo otro infaliblemente. La operación de la Iglesia no sirve sino para preparar a la gracia o a la condenación. Lo que hace basta para condenar, no para inspirar.

886. HEREJES. -Ezequiel: Todos los paganos hablan mal de Israel y también el profeta: tan lejos estaban los israelitas de tener derecho a decirlo: «habláis como los paganos», que su gran fuerte consiste en decir que los paganos hablan como él.

906. Las condiciones más cómodas para vivir según el mundo son las más difíciles para vivir según Dios; y, por el contrario, nada es tan difícil según el mundo como la vida religiosa; nada es más fácil que vivirla según Dios. Nada más fácil que estar en un gran cargo y en grandes bienes, según el mundo; nada más difícil que vivir en él, según Dios, y sin participar ni tener gusto en aquél.

923. No es absolución sola lo que remite los pecados en el sacramento de la Penitencia, sino la contrición, que no es verdadera si no busca el sacramento.

